

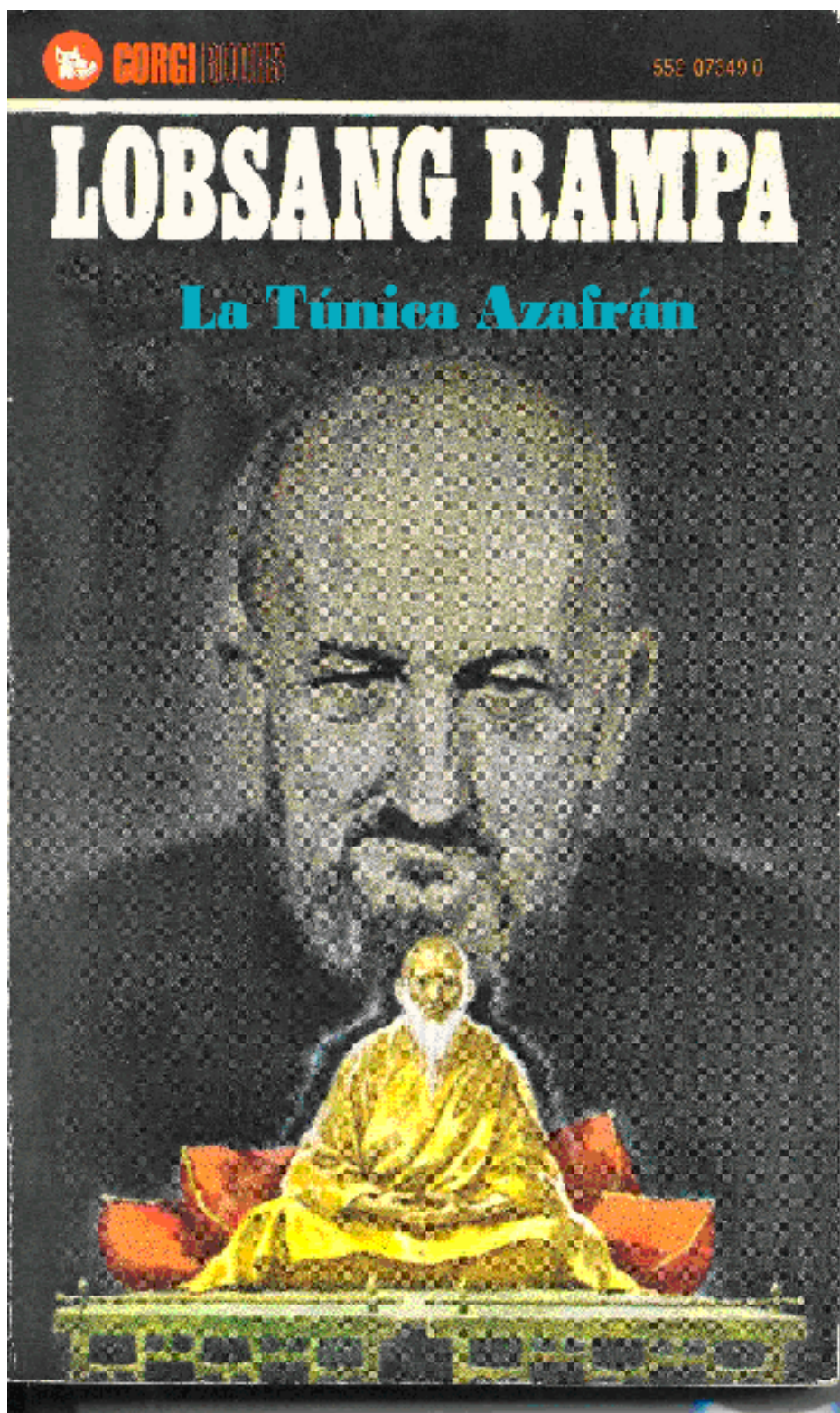


CORGI BOULEVARD

55€ 07349 0

LOBSANG RAMPA

La Túnica Azafrán



Capítulo uno

Extrañas sombras se rizaban ante mi distraída mirada ondulando en mi visión como polícromos fantasmas de un mundo remoto y agradable. El agua moteada de sol estaba tranquila muy cerca de mi rostro.

Suavemente metí un brazo debajo de la superficie y contemplé las perezosas olitas que causó ese movimiento. Esforzando los ojos, miré las profundidades. Sí, aquella piedra grande y vieja, allí era donde él vivía... ¡y salía para saludarme! Perezosamente, pasé los dedos por los lados del pez ya inmóvil excepto por el ágil movimiento de las aletas, mientras se quedaba quieto junto a mi mano.

Él y yo éramos viejos amigos y con frecuencia iba a echarle comida al agua antes de acariciarle el cuerpo. Habíamos llegado a la completa comprensión que sólo logran los que no se temen. ¡Por entonces ni siquiera sabía yo que los peces eran comestibles! Los budistas no les quitan la vida a los otros ni les hacen sufrir.

Aspiré profundamente y metí la cara bajo la superficie, deseoso de mirar más de cerca aquel otro mundo. Allí me sentía como un dios contemplando una forma de vida muy diferente. En alguna corriente invisible ondulaban levemente altas frondas, y fuertes plantas acuáticas se erguían como los árboles gigantescos de un bosque. Un reguero arenoso serpenteaba bordeado por plantas verde-pálidas que semejabán mucho un césped bien atendido.

Pececillos multicolores de grandes cabezas pasaban raudos y se lanzaban por entre las plantas en su continua búsqueda de alimento y diversión. Un enorme caracol de agua descendía trabajosamente por una gran roca gris para realizar su tarea de limpiar la arena.

Pero estaban a punto de estallarme los pulmones; el cálido sol de mediodía me abrazaba el cuello por detrás y las ásperas piedras de la orilla me arañaban la carne. Lanzando una última mirada a mi alrededor me arrodillé y agradecidamente respiré hondo el fragante aire. Aquí, en MI mundo, las cosas eran muy diferentes que en el plácido mundo que yo había estado estudiando. Aquí dentro había remolinos; mucha inquietud. Doliéndome un poco de la herida, que se me iba cicatrizando en mi pierna izquierda, me puse en pie, apoyé la espalda contra un viejo árbol favorito mío y miré a mi alrededor.

El Norbu Linga era como una llamarada de color; el verde intenso de los sauces, el escarlata y oro del Templo de la Isla y el denso, densísimo azul del cielo realzado por el blanco puro de las deshilachadas nubes que llegaban veloces sobre las montañas de la India. Las tranquilas aguas del lago reflejaban y exageraban los colores y creaban un aire irreal cuando una brisa vagabunda rizaba el agua y hacía que el cuadro se emborronase al moverse las figuras. Todo esto era pacífico y, sin embargo, más allá del muro, como yo podía ver, las condiciones eran muy diferentes.

Monjes con hábitos rojizos pasaban llevando pilas de ropa para lavar. Otros estaban sentados junto al reluciente arroyo y retorcían las prendas para que se empaaran bien. Las cabezas afeitadas brillaban al sol y, a medida que avanzaba el día, se iban enrojeciendo. Pequeños acólitos, recién llegados a la lamasería, saltaban en un frenesí de excitación mientras golpeaban sus túnicas con grandes y suaves piedras para que pareciesen más viejas, más gastadas, y dando así la impresión de que quien la llevaba hacía más tiempo que había sido acólito.

De vez en cuando el sol reflejaba la luz en las doradas vestimentas de algunos augustos lamas que viajaban entre

el Potala y el Pargo Kaling. La mayoría de ellos eran hombres de venerable aspecto, que se habían hecho viejos al servicio del Templo. Otros, poquísimos, eran jóvenes y algunos de ellos Encarnaciones Reconocidas, mientras que otros habían progresado por sus propios medios.

De un lado a otro, pareciendo muy alertas y feroces, iban los vigilantes, corpulentos hombres de la provincia de Kham, encargados de la tarea de mantener la disciplina. Erguidos y voluminosos, llevaban enormes trancas como señal de su cargo. No eran intelectuales sino hombres íntegros de gran musculatura, elegidos sólo por ellos. Uno se me acercó y me miró con irritada curiosidad. Aunque tarde, me reconoció y se marchó en busca de culpables que merecieran su atención.

Detrás de mí la imponente masa del Potala —«el Hogar del Dios»—, una de las más gloriosas obras humanas, se elevaba hacia el cielo. La roca de múltiples matices relucía suavemente y enviaba muy diversos reflejos a las plácidas aguas. Por un efectismo de la mudable luz, las talladas y coloridas figuras de la base parecían dotadas de vida y que se movían como un grupo de personas en animada discusión. Grandes ramalazos de luz amarilla reflejados por las Tumbas Doradas en el tejado del Potala se movían rápidos y formaban animadas manchas en los rincones montañosos más oscuros.

Un súbito «zank» y el crujido de una rama me hizo prestar atención a esa nueva fuente de atracción. Un antiguo pájaro, más viejo que el mayor de los acólitos, se había posado en el árbol que estaba detrás de mí. Mirándome con ojos notablemente redondeados, dijo «¡cruaak!» y de pronto se volvió para atrás. Extendió toda la longitud de su cuerpo y violentamente agitó sus alas mientras lanzaba hacia mí, con extraordinarias fuerza y precisión, un «regalo» que yo no quería, aunque dando un desesperado salto a un lado, pude escapar de ser el blanco. El pájaro

se dio de nuevo la vuelta para mirarme otra vez, y dijo «¡cruaak! ¡cruaak!» antes de dejar de prestarme atención atraído por algo que le interesaba más en otra parte.

En la suave brisa llegaron los primeros débiles sonidos de un grupo, que se aproximaba, de mercaderes de la India. Los yaks protestaban de los intentos de sus conductores por darles prisa. Los asmáticos crujidos y chirridos de los viejos arreos de cuero, el arrastrar de muchos pies y el musical tintineo de los guijarros lanzados a los lados por el paso de la caravana. Pronto pude ver las pesadas bestias muy cargadas con exóticos bultos. Con grandes cuernos sobre sus peludas cejas los enormes animales caminaban levantándose y descendiendo con su lento e incansable paso. Los mercaderes, algunos de ellos con turbantes, otros con viejos gorros de piel y algunos con gastado tocado de fieltro.

—¡Limosnas, limosnas por amor de Dios! —gritaban los mendigos—. ¡Ah! —exclamaban mientras los comerciantes avanzaban insensibles—. ¡Vuestra madre es una vaca que se juntó con un jabalí, vuestra semilla es la de Sheitan, vuestras hermanas las venden en el mercado!

Raros olores me cosquilleaban en la nariz haciéndome respirar profundamente y luego estornudar con fuerza. Perfumes del corazón de la India, paquetes de té chino, polvo antiguo que se desprendía de los bultos que transportaban los yaks, todo ello traía su olor hacia mí. A lo lejos, se perdían el sonido de las campanillas de los yaks, las altas voces de los mercaderes y las imprecaciones de los mendigos. Pronto tendrían las damas de Lhasa acaudalados visitantes en sus puertas. Pronto los tenderos regatearían los precios que pedían los mercaderes; levantarían las cejas y elevarían la voz ante los precios inexplicablemente aumentados. Pronto tendría yo que volver al Potala.

Se me escapaba la atención. Ociosamente, contemplaba las abluciones de los monjes, dos de ellos a punto de pegarse porque uno había amenazado con lanzarle agua al otro. Actuaron rápidos los vigilantes y se llevaron a los dos monjes revoltosos, cada uno de ellos bien sujeto por uno de los «Guardianes de la Paz».

Pero, ¿qué era aquello? Mi mirada recorrió los matorrales. Dos diminutos y brillantes ojos me miraban inquietos casi a nivel del suelo. Dos orejitas grises se inclinaban hacia mí. Un cuerpo pequeñito estaba agazapado y dispuesto a lanzarse si yo hacía algún movimiento falso. Un ratoncito gris se preguntaba si le sería posible pasar entre mí y el lago a su regreso. Mientras yo lo miraba, se lanzó hacia delante sin dejar de mirarme. No debía de haberse preocupado; sin mirar por dónde iba tropezó de cabeza contra una rama caída y, con un agudo chillido de dolor, saltó con una patita en el aire. Había sido un salto lateral excesivo, pues cuando cayó perdió pie y fue a parar al lago. El pobrecillo no podía salir y estaba en peligro de que lo atrapara un pez cuando yo me metí hasta las rodillas en el agua y lo saqué.

Secándolo cuidadosamente con el extremo de mi túnica, volví a la orilla y dejé el tembloroso paquetito en el suelo. No tardó en desaparecer por la pequeña madriguera, sin duda agradecido de haber podido escapar. Por encima de mí el antiguo pájaro lanzó un burlón «¡cruaak!» y voló ruidosamente en dirección a Lhasa.

¿En dirección a Lhasa? ¡Eso me recordó que debía dirigirme al Potala! Sobre el muro del Norbu Linga los monjes se inclinaban observando la ropa puesta a secar sobre el suelo. Todo tenía que ser cuidadosamente vigilado antes de recogerlo; un Hermanito Escarabajo podía estar paseando por la ropa y recoger las prendas significaría aplastar al Hermanito, un acto que haría temblar y palidecer a un sacerdote budista. Quizás un Gusanito se hubiera refugiado del sol bajo la ropa de un alto lama,

y el Gusanito tendría que ser puesto a salvo para que su destino no fuese alterado por el hombre. Los monjes se agachaban, miraban y suspiraban con alivio cuando una criaturita tras otra quedaba salvada de la muerte segura.

Paulatinamente, las pilas de ropa lavada crecían a medida que las preparaban para llevarlas al Potala. Los pequeños acólitos vacilaban cargados con grandes montones de ropa ya seca; algunos no podían ver pues les tapaba la vista el montón de ropa. Entonces surgía una súbita exclamación cuando alguno tropezaba y enviaba todo el montón al polvoriento suelo o incluso al barro de la orilla del río.

Desde lo alto del tejado llegaba el palpitante y el zumbido de las caracolas y de las grandes trompetas. Sonidos que producían ecos en las distantes montañas, así que, a veces, si las condiciones eran adecuadas, le rodeaban a uno vibraciones y los sonidos rebotaban en el pecho durante minutos. Entonces, de pronto, todo se quedaba tranquilo, tan tranquilo que se podían oír los latidos del corazón.

Salí de la sombra del árbol amigo y penetré por un hueco que había en la valla. Me temblaban las piernas; hacía algún tiempo había sufrido una grave quemadura en la pierna izquierda —no se me curó bien— y luego se me partieron las dos piernas cuando una fuerte racha de viento me arrancó del tejado del Potala y me arrojó rodando por la falda de la montaña. Así que cojeaba y durante algún tiempo me dispensaron de hacer mis trabajos caseros. Pero mi alegría por esa inactividad la estropearon haciéndome estudiar más «para que la deuda fuera saldada», según me informaron. Hoy, que era día de lavado, me dieron permiso para no trabajar y quedarme descansando en el Norbu Linga.

No podía regresar por la entrada principal, pues todos los altos lamas y abades estarían por allí. Ni podría utilizar los durísimos escalones que yo solía contar, «noventa y

junto a la carretera mientras pasaban por ella lamas, monjes y peregrinos. Luego hubo algún tiempo de calma y crucé la carretera, cojeando, para meterme entre los matorrales, subiendo a lo largo del precipicio en la falda de la montaña hasta dejar abajo el pueblo de Sh5 y tomé por el camino lateral entre los tribunales de Justicia y el Potala.

El camino era áspero pero hermoso con su profusión de pequeñas plantas entre rocas. El aire refrescaba y mis piernas empezaban a dolerme intolerablemente. Me recogí mi andrajosa túnica vieja y me senté sobre una roca conveniente para recuperar energía y aliento. En dirección a Lhasa podía ver pequeñas fogatas, pues los mercaderes acampaban al aire libre como solían hacer los indios en vez de quedarse en una de las hosterías. Más allá, hacia la derecha, veía el reluciente río que partía en su inmenso viaje hacia la bahía de Bengala.

—¡Ur-rorr, ur-rorr! —dijo una profunda voz de bajo, y una peluda cabeza tropezó contra mis rodillas—. ¡Ur-rorr, ur-rorr! —respondí amablemente. Tras un confuso movimiento un gran gato negro se plantó sobre mis piernas y acercó su cara a la mía—. ¡Honorable Puss Puss! —dije a través de la densa pelambrera—. Me estás ahogando con tus atenciones —le puse suavemente las manos sobre sus lomos y lo eché hacia atrás un poco para poderlo mirar bien. Unos grandes ojos azules, levemente bizcos, me miraban. Sus dientes eran tan blancos como las nubes que teníamos encima, y sus orejas, muy grandes, estaban alertas al menor sonido.

El Honorable Puss Puss era un viejo y valioso amigo. Con frecuencia nos reuníamos bajo algún arbusto protector y nos contábamos nuestros miedos, nuestras decepciones y todas las dificultades de nuestra penosa vida. Ahora me mostraba su afecto «amasando» sobre mí, abriendo y cerrando sus grandes pezuñas mientras ronroneaba cada vez más alto. Estuvimos allí juntos un rato y

luego, a la vez, decidimos que ya era hora de marcharse.

Mientras yo seguía esforzándome en la subida, haciéndome tropezar mis pobres piernas, el Honorable Puss Puss iba delante con el rabo muy tieso. De vez en cuando se metía entre las matas y cuando yo llegaba a donde él estaba, saltaba y se acercaba juguetón a mi túnica que hacía flamear el viento. —¡Vamos, vamos! —exclamé en una de esas ocasiones—. asta no es manera de comportarse el jefe de la Guardia de los Gatos. —Como contestación echaba hacia atrás sus orejas y subiéndose por delante de mi túnica llegaba a un hombro mío y desde allí se arrojaba de lado a unas matas.

Me divertían nuestros gatos. Los utilizábamos como guardias, pues un gato siamés adecuadamente entrenado es más feroz que cualquier perro. Reposaban, aparentemente dormidos, junto a los Objetos Sagrados. Si los peregrinos intentaban tocarlos o robarlos, esos gatos —siempre en parejas— los inmovilizaban amenazándoles la garganta. Eran FEROCES, y sin embargo yo podía hacer lo que quisiera con ellos y, como eran telepáticos, podíamos conversar sin dificultad.

Llegué a la entrada natural. El Honorable Puss Puss había llegado ya y enérgicamente arrancaba grandes astillas del poste de madera que había junto a la puerta. Cuando levanté el picaporte el gato empujó la puerta con su fuerte cabeza y desapareció en la humeante penumbra. Yo iba mucho más despacio.

Aquél era mi hogar temporal. Debido a las heridas de mi pierna me habían enviado de Chakpori al Potala. Ahora, al entrar en el corredor, me llegaban los familiares olores «a casa». El omnipresente aroma del incienso, los diferentes perfumes según el tiempo y la finalidad para los que ardían. El acre, rancio y punzante olor de la manteca de yak que empleábamos en nuestra lámpara, o para calentar pequeños cacharros como cazos,

y que utilizábamos para hacer escultura durante los días fríos. Era insistente. Por muy fuerte que frotásemos (¡y no frotábamos demasiado!), aquel aroma estaba siempre allí calándolo todo. Un olor mucho menos agradable era el de la porquería de yak que, cuando se secaba, usábamos para calentar las habitaciones de los ancianos y enfermos. Pero ahora avanzaba yo inseguro por el corredor dejando atrás las vacilantes lámparas de manteca que hacían aún más tétricos los muy sombríos corredores.

Otro «perfume» que siempre estaba presente en todas las lamaserías, un «perfume» tan familiar que no lo notaba uno, a menos que el hambre hubiera agudizado nuestras percepciones, era la «tsampa». Olor a cebada tostada, olor a té chino, olor a manteca caliente. Mezclándolos resulta la inevitable y eterna tsampa. Algunos tibetanos nunca han probado más alimento que la tsampa; desde que nacieron están habituados a ese sabor y es el último alimento que prueban. Es su comida, su bebida y su consuelo. Los mantiene durante los más duros trabajos manuales y les proporciona energía cerebral. Pero siempre he creído que suprime el interés sexual, de modo que el Tibet no tiene dificultad para ser un Estado de célibes, una tierra de monjes y con un nivel de nacimientos en constante disminución.

El hambre había agudizado MIS percepciones y así pude apreciar el aroma de la cebada tostada, la manteca caliente y el té chino prensado. Anduve cansadamente por el corredor y me volví hacia la izquierda cuando me llegó más fuerte el aroma. Allí, en grandes calderas de cobre, los monjes cocineros metían la cebada tostada en té hirviendo. Uno introducía varias libras de manteca de yak y la disolvía y otro echaba la sal que habían traído los de una tribu de los lagos de las tierras altas. Un cuarto monje, con un cucharón de diez pies de longitud, removía la mezcla. La caldera hervía, salían a la super-

ficie ramitas del té prensado y las quitaba el monje que manejaba el cucharón. Las boñigas de yak quemándose bajo la caldera soltaban un olor acre y nubes de humo negro. Todo aquel sitio estaba envuelto en humo y las negras y sudorosas caras de los monjes cocineros podían haber sido las de unos seres de algún profundo infierno. Con frecuencia el monje de la pala sacaba la manteca que flotaba en la caldera y la tiraba al fuego. Se producía un chirrido, una llamarada ¡y un nuevo mal olor!

—¡Ah, Lobsang! —gritó un monje sobre el estruendo allí reinante—. ¿Vienes otra vez en busca de comida? ¡Pues sírvete, chiquillo, sírvete! —Saqué del interior de mi túnica la bolsita de cuero en la que nosotros los monjes guardábamos la provisión de cebada para un día. Sacudiéndole el polvo, la llené hasta el borde con nueva cebada recién tostada. De la delantera de mi túnica saqué mi cuenco y lo miré con gran atención. Estaba un poco estropeado. Del gran recipiente que había contra la pared del fondo saqué un puñado de arena muy fina y froté mi cuenco. ¡A la vez me sirvió aquello para limpiarme las manos! Por fin me quedé satisfecho de su estado de limpieza. Pero tenía que hacer otra cosa: mi bolsa de té estaba vacía, o más bien, sólo contenía unos palitos, un poco de arena y otras suciedades que siempre se encuentran en el té. Esta vez le di por completo la vuelta a la bolsa para vaciarla de todos los restos. Poniéndola otra vez al derecho, cogí un martillo y separé del té prensado que tenía más cerca un buen pedazo.

Me había tocado mi turno; una vez más saqué mi escudilla, la recién limpiada, y la tendí. Un monje me sirvió tsampa hasta el borde. Afortunadamente pude retirarme a un rincón y sentarme sobre un saco, comiendo allí a gusto. Mientras comía miraba a mi alrededor. La cocina estaba llena de los habituales mirones, gente ociosa que se complacía contando los últimos chismes y amplificando los rumores que habían oído. «Sí, el lama Ten-

ching va a la Valla de las Rosas. Se dice que se peleó con el señor abad. Mi amigo lo oyó todo y dice...» La gente tiene ideas muy extrañas sobre las lamaserías o los monasterios. Con frecuencia se cree que los monjes se pasan todo el día rezando, en la contemplación o en la meditación, «pareciendo buenos y diciendo sólo cosas buenas». Una lamasería es un lugar donde, oficialmente, hombres de vocación religiosa se congregan con el propósito de adorar y de la contemplación para que el Espíritu se purifique. ¡Oficialmente! Pero extraoficialmente el hábito no hace al monje. En una comunidad de varios miles hay quienes se ocupan de deberes caseros y de la reparación y el mantenimiento del edificio. Otros cuidan de las cuentas, de la vigilancia de los inferiores, de enseñar y predicar... ¡ya basta con eso! Una lamasería puede ser una gran ciudad con una población exclusivamente masculina. Los trabajadores serán los monjes de clase más inferior y no tendrán interés en el aspecto «religioso» de la vida, al que sólo prestarán una atención superficial. ¡Algunos monjes sólo han estado en un Templo cuando han tenido que limpiar el suelo! Una gran lamasería tendrá un lugar de culto, escuelas, enfermería, almacenes, cocinas, hostales, prisiones y casi todo lo que se halla en una ciudad «laica». La principal diferencia es que en una lamasería todo es masculino y —por lo menos en la superficie— todos se dedican a «la instrucción y acción religiosa». Las lamaserías tienen sus trabajadores serios y sus bienintencionados zánganos que zumban mucho. Las mayores lamaserías son ciudades con muchos edificios y parques extendidos en una amplia área y a veces toda la comunidad está cercada por un alto muro. Otras lamaserías son pequeñas, sólo poseen un centenar de monjes, todos ellos en un edificio. En algunas zonas remotas, una lamasería puede no tener más que diez miembros. Así las hay desde diez a diez mil, altos y bajos, gruesos o delgados, buenos y malos, pere-

zosos o enérgicos. Lo mismo que en algunas comunidades exteriores, no son peores que en ellas y muchas veces no mucho mejores, a no ser que la DISCIPLINA lamástica pueda ser casi militar; todo depende del abad. Puede ser un hombre amable y considerado o, en cambio, convertirse en un tirano.

Contuve un bostezo y seguí por el corredor. Me llamó la atención un rumor procedente de uno de los depósitos; pude ver una cola negra que desaparecía entre sacos de cuero que contenían grano. Los gatos «guardaban» el grano y al mismo tiempo se buscaban su cena cazando ratones. En lo alto de uno de los sacos vi a un gato de aire satisfecho que se limpiaba sus patas y que casi SONREÍA de satisfacción.

Sonaron las trompetas reverberando en los corredores con sus ecos y luego volvieron a sonar. Me volví, dirigiéndome al Templo Interior al oír el ruido de muchas sandalias que se arrastraban hacia allí y de pasos de pies descalzos.

Dentro se hacía más densa la oscuridad de la tarde con las sombras moradas que se deslizaban sobre el suelo y que bordeaban de ébano a las columnas. Los lados de las ventanas los doraban los dedos del sol, que daban una última caricia a nuestro hogar. Pasaban nubes de incienso y, al atravesarlas un rayo de sol, mostraban ser infinitas motas de polvo de vivos colores y casi dotadas de vida.

Los monjes, los lamas y los humildes acólitos pasaban y se acomodaban en el suelo, añadiendo cada uno una nota de color que se reflejaba en el aire vibrante: las túnicas doradas de los lamas del Potala, las de color azafrán o rojo de otros, las marrones oscuras de los monjes y las descoloridas por el sol de los que solían trabajar fuera. Todos ellos se sentaban en filas en la posición aprobada. Yo —a causa de mis graves heridas de la pierna que me impedían sentarme de la manera man-

dada— quedé relegado a una posición al fondo, donde estuve oculto por una columna envuelta en humo para que no «destruyera la pauta». Miré en torno mío viendo a todos los chicos, a los hombres mayores y a los viejísimos sabios, cada uno de los cuales atendía a sus devociones según su comprensión. Pensé en mi madre, la madre que ni siquiera me había dicho «adiós» cuando me marché de casa —¡cuánto tiempo parecía hacer de eso!— para ingresar en la lamasería de Chakpori. Hombres, todos hombres. Sólo sabía de hombres. ¿Cómo eran las MUJERES? Yo sabía que en algunas partes del Tíbet había monasterios donde los monjes y las monjas vivían juntos, casados, y tenían hijos.

El incienso subía girando, el servicio religioso zumbaba, y el crepúsculo se hizo oscuridad sólo aliviada luego por las vacilantes lámparas de manteca y el suave y brillante incienso. ¡Hombres! ¿Acaso estaba bien que vivieran solos los hombres, sin relación alguna con las mujeres? ¿Y cómo eran las mujeres? ¿Acaso pensaban lo mismo que nosotros? Por lo que yo sabía, sólo se ocupaban de modas, peinados y tonterías por el estilo. Además, parecían máscaras con todo lo que se ponían en su rostro.

Cuando terminó el servicio religioso me puse difícilmente en pie temblándome las piernas y apoyé la espalda en la columna para que no me atropellaran los que salían. Luego me dirigí por el corredor al dormitorio.

Un viento muy frío soplaba por las ventanas abiertas. Venía directamente del Himalaya. Las estrellas relucían muy frías en el claro aire de la noche. Por una ventana de abajo me llegaba una temblona voz que recitaba:

«Ésta es la Noble Verdad del origen del sufrimiento. Es la insaciable sed que causa la renovación de los retornos...»

Mañana, me dije, y seguramente durante varios días,

nos daría conferencias especiales sobre budismo uno de los grandes Maestros indios. Nuestro budismo —lamaísmo— se había separado de la estricta ortodoxia del «Budismo indio», de modo muy parecido a como la creencia cristiana tenía varias formas, por ejemplo, la cuáquera y la católica. Pero la noche había avanzado mucho y me aparté de la escarchada ventana.

Alrededor de mí dormían los acólitos. Algunos roncaban y unos cuantos se movían inquietos, seguramente pensando en el «hogar», como también yo había pensado en él recientemente. Los había que trataban de mantener la correcta postura lamaísta de dormir: la posición del Loto. Por supuesto, no teníamos camas ni colchones. El suelo era nuestra mesa y nuestra cama.

Me quité la túnica y temblé con el aire tan frío de la noche cuando me quedé desnudo. En seguida me envolví en la manta que todos los monjes tibetanos llevan al hombro y sujeta en la cintura. Cuidadosamente me dejé caer hasta el suelo para que no me fallaran mis traicioneras piernas. Hice un rollo con mi túnica para utilizarla como almohada y me dispuse a dormir.

Capítulo dos

«¡Tú, chico, tú; siéntate como está mandado!» La voz era como un trueno y en seguida dos manazas me golpearon en las orejas, a la izquierda y a la derecha. Por un momento creí que todos los gongs del Templo sonaban a la vez; vi más estrellas de las que solían estar visibles incluso en la noche más clara. Una mano agarró el cuello de mi túnica, me hizo ponerme en pie y me zarandeó como si estuviera sacudiendo el trapo del polvo en la ventana.

—¡CONTÉSTAME, muchacho, CONTÉSTAME! —gritaba la irritada voz. Pero no me dejó la oportunidad de responder pues no cesaba de sacudirme, hasta que me rechinaron los dientes y se me cayó rodando por el suelo mi cuenco. Se me cayó el saquito de cebada. Se soltó la correa que lo cerraba y el grano se esparció por el suelo. Satisfecho por fin, el Hombre Feroz me echó a un lado como a un muñeco de trapo.

Siguió un súbito silencio y se notaba un tenso aire de expectación. Cautamente me toqué la túnica por detrás de mi pierna izquierda; se me había abierto una herida y de ella me salía un hilillo de sangre. Miré en busca de la explicación del silencio. Un abad estaba a la entrada mirando al Hombre Feroz. «Ese chico —dijo— ha sido gravemente herido y tiene permiso especial del Recóndito para sentarse como le sea más cómodo. Está autorizado a responder a las preguntas sin levantarse.» Entonces el abad se me acercó, miró mis dedos manchados de sangre y dijo: --Pronto dejarán de sangrarte. Si no, visita al Enfermero. —Se despidió del Hombre Feroz con un movimiento de cabeza y salió de la habitación.

—Yo —dijo el Hombre Fernz— he venido especial-

mente de la Madre India para deciros la Verdad del Budismo. En este país habéis prescindido de nuestros preceptos formando una rama que llamáis «lamaísmo». He venido para explicar las Verdades Originales. —Me miró como si yo fuera su enemigo mortal y luego le dijo a un muchacho que me diera mi taza y mi saco de cebada ya vacío. Durante los momentos en que el chico recogía del suelo esas cosas y mientras barrían la cebada derramada, aquel hombre recorría la habitación como en busca de otra víctima. Era alto y delgado, muy moreno y con la nariz muy ganchuda. Llevaba el hábito de una antigua orden india y nos miraba como si nos despreciara.

El Maestro indio llegó al final de la habitación y subió a la pequeña plataforma. Con cuidado ajustó el atril a su altura. Metiendo la mano en una bolsa de cuero tiesa y con bordes cuadrados, sacó de ella unas notables hojas de papel. Era un papel fino y ancho, no como las largas y gruesas hojas que utilizábamos nosotros. Las suyas eran finas, translúcidas y casi tan plegables como tela. Aquella rara bolsa de cuero me fascinaba. Era muy brillante y en el centro de uno de sus estrechos lados tenía una brillante pieza de metal que se abría cuando se presionaba un botón. Un pedazo de cuero formaba un asa muy conveniente y decidí que algún día tendría yo una bolsa como aquella.

El indio manejó sus papeles, nos miró severamente y nos contó lo que ya sabíamos desde hacía mucho tiempo. Observé con gran interés cómo se le movía la punta de la nariz cuando hablaba y cómo se le formaba un borde saliente en la frente al mirar las páginas. *¿Que cuál era la historia que nos contó? Pues la de siempre.*

—Hace dos mil quinientos años el pueblo de la India estaba desilusionado con su religión; los sacerdotes hindúes se habían degenerado y sólo pensaban en los pla-

ceres terrenales y en sus ganancias personales. Los que ellos debían haber ayudado, se alejaban de sus antiguas creencias y se volvían hacia lo que pudiera ofrecerles alguna esperanza. Los profetas y adivinos recorrían aquella tierra prediciendo torturas y maldiciones. Los que domaban a los animales decidieron que éstos eran mejores que los seres humanos, de modo que adoraron a los animales como a dioses.

»Los indios más cultos, los hombres de profundo pensamiento que temían por la suerte de su país, se apartaban de la religión de sus antepasados y meditaban mucho sobre la triste situación del alma del hombre. Uno de aquéllos era un rajá hindú, un rey guerrero enormemente rico. Se preocupaba angustiadamente por el futuro de su hijo único, Gautama, que había nacido hacía muy poco en un mundo trastornado.

»El padre y la familia tenían grandes deseos de que Gautama fuese un príncipe guerrero y heredase más tarde el reino de su padre. Un viejo adivino, al que se llamó para que dijese su profecía, había asegurado que el joven sería un profeta de gran renombre. Al angustiado padre le pareció aquello «un destino peor que la muerte». Le rodeaban muchos ejemplos de jóvenes de clase alta que renunciaron a una vida de comodidades y que se marcharon como peregrinos, descalzos y vestidos de andrajos, en busca de una nueva vida espiritual. El padre decidió hacer cuanto pudiera para contrarrestar la profecía del adivino; preparó sus planes...

»Gautama era un joven refinado y sensible, con una inteligencia aguda y alerta capaz de penetrar por entre los subterfugios hasta el corazón de la materia. Aunque autócrata, tanto por nacimiento como por educación, tenía consideración a quienes eran inferiores a él. Fue cuidadosamente atendido y protegido y sólo se le permitía tratar a quienes eran criados personales suyos o iguales a él en casta.

»Cuando el adivino dijo su profecía el padre había dado las órdenes más severas para que su hijo estuviese siempre protegido de los males y penas que aquejaban a quienes vivían más allá de los límites de palacio. Al muchacho no se le permitía salir solo; sus viajes eran supervisados y no se consentía que se encontrase con quienes padecían pobreza o sufrimientos. El lujo, y sólo el lujo, había de ser su ambiente. Cuanto el dinero pudiera comprar era suyo. Quedaba implacablemente excluido todo lo desagradable.

»Pero su vida no podía continuar así. Gautama era un joven espiritual y con mucha decisión. Un día, sin saberlo sus padres ni sus tutores, salió de palacio con un criado bien elegido. Por primera vez vio cómo vivían otras castas. Cuatro incidentes causaron en él los pensamientos más profundos, y así cambió el curso de la historia religiosa.

»Al comienzo de su viaje vio a un hombre viejísimo, al que hacían temblar la edad y la enfermedad, apoyado pesadamente sobre dos bastones mientras se arrastraba con gran dificultad. Sin dientes, cegado por las cataratas e impedido por los años, el anciano volvió la cara inexpresivamente hacia el joven príncipe. Por primera vez en su vida comprendió Gautama que la vejez puede llegarles a todos y que con el creciente paso de los años uno ya no está activo y ágil.

»Muy impresionado, el joven príncipe continuó su excursión lleno de extraños pensamientos. Pero aún había de recibir una nueva y fuerte impresión: cuando los caballos disminuyeron su velocidad en un recodo, la horrorizada mirada de Gautama se posó sobre una miserable figura que, meciéndose y gimiendo, estaba sentada a un lado del camino. Un hombre cubierto de pústulas, extremadamente delgado y lleno de enfermedades, se lamentaba mientras se quitaba del cuerpo costras amarillentas.

»El joven Gautama se impresionó mucho. Muy afectado (quizá también físicamente enfermo por lo que había visto) se hizo estas preguntas mientras su criado le hacía proseguir el camino: ¿DEBE uno sufrir? ¿Es el sufrimiento para todos? ¿Es inevitable sufrir? Miró a su criado y se preguntó el joven príncipe por qué estaba aquél tan tranquilo y despreocupado como si ese espectáculo fuera corriente en el mundo. Entonces, pensó, por eso le había protegido su padre.

»Siguieron su excursión y Gautama estaba demasiado impresionado para ordenar otra cosa. Pero el Destino no había terminado su labor. A una exclamación de Gautama, los caballos disminuyeron la marcha hasta detenerse. Junto al camino había un cadáver desnudo, grotesco e hinchado por el terrible calor del sol. A un latigazo del conductor se elevó en compacta masa una densa nube de moscas que se alimentaban en el cuerpo del cadáver. Éste, descolorido y maloliente, quedó completamente descubierto a la vista del joven. Mientras él lo miraba, una mosca salió volando de la muerta boca, zumbó y se posó de nuevo.

»Por primera vez en su vida vio Gautama la muerte, supo que HABÍA muerte al fin de la vida. El joven ordenó con un gesto al conductor que volviese y meditó sobre la fugacidad de la vida pensando en la belleza de un cuerpo que ha de deshacerse. ¿Era la belleza tan temporal?, se preguntó.

Las ruedas del vehículo giraban y el polvo se levantaba en nubecillas detrás de él. El joven príncipe, reconcentrado y abstraído, meditaba. Por casualidad o porque lo quiso su sino, miró a tiempo de ver a un monje bien ataviado y de serena expresión, que iba por la carretera. El monje, persona de gran calma, irradiaba un aura de paz interior, de bienestar, de amor a sus semejantes. El pensativo Gautama, alterado ya hasta lo más profundo por lo que llevaba visto, recibió un nuevo choque. ¿Acaso

la paz, el contento, la tranquilidad y todas las virtudes, sólo podían encontrarse si se retiraba uno de la vida mundana y se hacía religioso? ¿Monje? ¿Miembro de alguna Orden mística? Entonces él —decidió— se convertiría en alguien como aquel monje. Se retiraría de la vida en palacio, renunciaría a la única vida que conocía.

»Su padre se enfureció y su madre lloró y suplicó. El criado fue expulsado del reino. Gautama se sentaba solo en su habitación y no dejaba de pensar. Pensaba incessantemente en lo que había visto. Se decía que si en una sola excursión —su ÚNICA excursión— había visto tanto, ¿cuánto más sufrimiento y miseria no habría en el mundo? Rechazaba los alimentos, estaba abatido y languidecía; sólo se preguntaba qué haría, cómo escaparía de palacio y cómo se convertiría en un monje.

»Su padre trataba por todos los medios que sabía de aliviar la pena y la depresión que afligían al joven príncipe. Los mejores músicos tocaban constantemente para que el joven no pudiera pensar. Malabaristas, acróbatas y artistas de toda clase trataban de distraerlo. Se buscó por todo el reino a las jóvenes más hermosas, muchachas muy versadas en las más exóticas artes del amor para que le despertaran a Gautama la pasión y así lo sacaran de su melancolía.

»Los músicos tocaban hasta que caían exhaustos. Las muchachas bailaban y practicaban ejercicios eróticos hasta que también se desmayaban de cansancio. Sólo entonces se fijó Gautama en quienes querían divertirlo. Miró con horror las raras posturas en que habían caído los músicos. Contempló muy impresionado a las desnudas muchachas, pálidas por el desmayo, y resaltándoles los cosméticos intensos y feos al desaparecer sus saludables colores.

»Una vez más meditó sobre la fugacidad de la belleza y lo pasajera que ésta era. ¡Qué triste, qué fea era la Vida! ¡Qué vulgares y artificiales resultaban las mujeres

pintadas cuando su inmediata actividad había terminado! Decidió marcharse, huir de cuanto había conocido y buscar la tranquilidad dondequiera que se hallase. »Su padre, alarmado, duplicó y luego triplicó la guardia de palacio. Su madre chilló y se puso histérica. Su esposa, una pobre mujer, se desmayó, y todas las damas de palacio lloraron a la vez. El bebé de Gautama, demasiado pequeñito para saber lo que pasaba, gritaba a la vez que los demás. Los consejeros de palacio agitaban sus manos sin saber qué hacer y lanzaban torrentes de palabras inútiles.

»Durante varios días estuvo pensando en la manera de marcharse. Los guardias palaciegos lo conocían bien. El pueblo del reino no lo conocía, pues poquísimas veces había salido de los límites de palacio. Por fin, cuando ya estaba casi desesperado, se le ocurrió que sólo tenía que disfrazarse para que no lo reconociera la guardia. De un criado amigo, que fue bien recompensado y que inmediatamente salió del reino, recibió Gautama unas viejas y andrajosas ropas como las que llevaban los mendigos. En un anochecer, antes de que las puertas del palacio se cerraran, se puso Gautama su disfraz, y con el cabello revuelto y las manos y la cara bien cubiertas de sudeidad, se marchó con los mendigos a los que hacían salir de noche.

»Fue al bosque, lejos de los caminos principales y de la gente, temiendo que su desconocimiento de la vida cotidiana le traicionara. Vagó toda la noche esforzándose por llegar a los límites del reino de su padre. No temía a los tigres ni a otros animales salvajes que acechaban de noche; su vida había estado tan protegida que no CONOCÍA el peligro.

»Ya en palacio había sido descubierta su fuga. Fue registrado todo el edificio, y también lo fueron otras construcciones anejas y los parques. El rey iba de un lado a otro gritando órdenes y los soldados armados estaban

alerta. Por fin decidieron acostarse y esperar al alba para organizar bien la búsqueda. En los departamentos de las mujeres hubo mucho llanto y lamentaciones por la furia del rey.

»Gautama recorría el bosque evitando en lo posible hablar con la gente y, cuando no podía evitar que le hicieran preguntas, no contestaba. Comía de los cereales y frutas que encontraba y bebía en los fríos y claros manantiales. Pero noticias del extraño vagabundo, que no se conducía como un vagabundo normal, llegaron a palacio. Los hombres del rey salieron en gran número pero no pudieron encontrar al fugitivo, ya que éste se escondía siempre donde no podían llegar los caballos.

»Por fin decretó el rey que todas las bailarinas fueran llevadas a la selva, que persiguieran allí a Gautama e intentasen atraerle. Durante días bailaron y se contorsionaron por la selva interpretando sus danzas más seductoras cuando Gautama podía verlas. Por fin, cerca de los límites del dominio de su padre, Gautama se presentó y dijo que se iba por el mundo en busca de espiritualidad y que no volvería. Su esposa corrió hacia él con su niño en brazos. Gautama no atendió sus súplicas sino que continuó su viaje.

El Maestro indio, después de relatar lo que sabíamos tan bien como él, dijo: —De la religión hindú, que entonces era decadente, nació una nueva Creencia que traería consuelo y esperanza a muchos. Por esta mañana terminaremos nuestra sesión. Continuaremos esta tarde. ¡Pueden marcharse!— Los otros se levantaron, se inclinaron respetuosamente ante el Maestro y salieron. Yo tenía gran dificultad para eso; mi túnica se me había pegado a mi herida de la pierna con la sangre seca. El Maestro salió sin mirarme. Me quedé sentado pasando mucho dolor y sin saber qué hacer. Entonces entró un viejo monje que hacía la limpieza y me miró sorprendido. —¡Oh! —dijo—. Vi que salía el Maestro y entré para limpiar.—

¿Qué te pasa?— Yo se lo expliqué, enseñándole la gran cicatriz que había vuelto a abrirse con el roce de la túnica, y le dije cómo me había «taponado» la herida con mi túnica. El viejo murmuró «¡Tsk!, ¡Tsk!» y salió lo más pronto que le permitieron sus deformes piernas. No tardó en volver con el enfermero.

Me dolía mucho la herida; me parecía que la carne se me arrancaba de los huesos. —¡Ay, hijo mío!— dijo el enfermero—. ¡Es tan seguro que has nacido para pasarlo mal como que las chispas van hacia arriba! —suspiró y murmuró—: Pero ¿POR QUÉ algunos de estos Grandes Maestros, que debían ser más sensatos, son tan duros e insensibles? ¡Vamos! —dijo mientras me ponía una compresa de hierbas y me ayudaba a levantarme—. Ahora estarás bien, te daré una nueva túnica y destruiremos esta. —Entonces yo exclamé, asustado, mientras me temblaban las rodillas—: ¡Reverendo Maestro, no puedo tener una NUEVA TÚNICA pues todos creerán que soy un nuevo chico recién ingresado. Prefiero seguir con ésta. —El viejo enfermero se rió mucho y dijo—: Ven conmigo, muchacho, ven conmigo y ya veremos juntos lo que podemos hacer en este importante asunto.

Salimos lentamente por el corredor hasta donde estaba la enfermería. Allí dentro, en mesas distantes, había muchas hierbas, algunos minerales en polvo y cosas raras que entonces no podía yo identificar. Los tibetanos sólo buscan ayuda médica en caso de extremada urgencia. Nosotros no utilizábamos los equipos de urgencia tan corrientes en Occidente. ¡Preferíamos atenernos a la naturaleza! Por supuesto, un miembro roto tenía que ser curado y una herida grave cerrada con puntos. Utilizábamos los largos pelos de una cola de caballo para coser las heridas y si se hervían bien eran muy adecuados. Para coser las capas profundas usábamos las largas fibras del bambú. También se empleaba el bambú como tubo para sacar el pus de una herida interna. El musgo de «spha-

grum» bien lavado servía como una esponja muy útil y era utilizado para compresas con o sin ungüentos herbales. El enfermero me llevó a una habitación lateral en la que yo nunca me había fijado. De una pila de túnicas viejas y remendadas sacó una. Estaba limpia y bien cosida, aunque muy descolorida por el sol. Mis ojos se animaron al verla pues una vestidura como aquélla demostraría que yo llevaba en la lamasería muchísimo tiempo. El enfermero me hizo señas de que me quitara la túnica. Así lo hice y me hizo un reconocimiento por si tenía otras heridas. —Jumm!, estás muy delgado y poco desarrollado. Deberías ser más corpulento para tu edad. ¿Cuántos años tienes? —Se lo dije—. ¿Tan sólo eso? Pues yo creía que eras tres años mayor. Bueno, ya eres un hombre, ¿eh? Ahora ponte esta otra túnica. —Hinché el pecho y procuré ponerme lo más derecho posible para parecer más alto y fuerte, pero las piernas no me obedecían. Aquella prenda me venía algo grande y procuré que no se notara. —¡En fin! —dijo el enfermero—, pronto crecerás y la llenarás. Quédate con ella puesta. ¡Adiós!

Ya era hora de comer antes de las clases de la tarde. Había perdido ya mucho tiempo, de modo que fui directamente a la cocina donde expliqué mi caso: —¡Come, come, chico, y que te siente bien! —dijo el amistoso cocinero lleno de hollín, que me atendió generosamente. Por la ventana entraba la luz del sol. Apoyé los codos en el marco mirando hacia afuera mientras comía. De vez en cuando era mucha la tentación y le tiraba un poco de tsampa por el borde del cuenco a algún pobre monje que estaba abajo. —¿Quieres más? —dijo el monje cocinero algo asombrado—. ¿MÁS? Debes de estar hueco —añadió haciéndome un guiño. Seguramente me sonrojé o mi aspecto era de culpable pues el cocinero no dejaba de reírse y dijo—: ¡Entonces mezclemos un poco de hollín con esto!

Pero las bromas no podían durar demasiado. Mi escudilla se había vaciado de nuevo. Abajo, un grupo cada vez mayor de monjes se limpiaban sus vestimentas y miraban suspicazmente en torno a ellos. Uno incluso echó a andar por la senda a toda prisa y yo salí de la cocina lo más inocentemente que pude y me fui por el corredor. Cuando doblé una esquina de éste un monje furioso apareció y, al verme, vaciló. —Déjame ver tu cuenco —gritó—. Con la expresión más inocente que pude se lo di para que lo inspeccionara. —¿Pasa algo malo, señor? Ése es de verdad mi cuenco —proseguí. El monje lo examinó cuidadosamente buscando las huellas del hollín que yo había quitado completamente. Me miró con gran sospecha y al devolverme el recipiente, me dijo—: ¡Ah!, tú eres el herido. No podías haber subido al tejado. Alguien nos ha tirado hollín desde allí. ¡Lo cogeré! —Después de decir eso se marchó a toda prisa hacia arriba. Respiré profundamente.

Detrás de mí sonó una risita y la voz del monje-cocinero dijo: —Bien hecho, chico, deberías ser actor. ¡No te traicionaré, pues, si no, sería yo la próxima víctima! —y se marchó a cumplir alguna misteriosa misión relacionada con las provisiones mientras yo continuaba sin muchas ganas de volver a la clase. Llegué el primero y me acodé en la ventana, pues siempre me fascinaba mirar el paisaje desde aquella altura. La vista de los mendigos en la Pargo Kaling (o Puerta Occidental) y la emoción que nunca me fallaba al ver la eterna espuma de nieve cayendo de los altos picos del Himalaya, podían hacerme pasar allí horas y días enteros contemplando.

En torno al distrito de Lhasa formaban las montañas una gran «U», el poderoso Himalaya que constituía la columna vertebral del Continente. Con tiempo sobrado me entretuve mirando el paisaje. Por debajo de mí los blancos muros del Potala se fundían imperceptiblemente con la roca viva de lo que había sido, hacía muchísimo

tiempo, un volcán. La blanqueada estructura hecha por los hombres destacaba sobre el gris y marrón de la montaña y nadie podía decir ahora dónde terminaba aquélla y dónde empezaba ésta, pues se habían fundido ambas totalmente. Las faldas inferiores de la montaña estaban cubiertas por los pequeños matorrales que nos servían a los chicos de escondite cuando tratábamos de evitar que nos descubrieran. Aún más abajo estaban los edificios del pueblo de Sh6, con los grandes tribunales de Justicia, las oficinas del Gobierno, las imprentas gubernamentales, el registro y la prisión.

Era un paisaje lleno de actividad. Los peregrinos caminaban por la «Ruta de los Peregrinos» esperando adquirir virtud tendiéndose en el suelo. Avanzaban un poco arrastrándose y luego se quedaban otra vez tendidos boca abajo. Desde allí arriba ese espectáculo resultaba muy divertido. Unos monjes caminaban a grandes pasos entre las casas —debían de ser vigilantes tras un malhechor, pensé— y unos ламас iban a caballo. Un abad y su séquito se dirigían hacia la entrada principal por nuestra carretera. Un grupo de adivinos exaltaban las virtudes de sus horóscopos: — ¡Bendecidos por un Señor Abad, fijaos, con toda seguridad les traerán a ustedes suerte!

Me atraía el verde de los sauces más allá del camino y las hojas se movían suavemente por la brisa. Charcos de agua reflejaban las veloces nubes y cambiaban de color según los colores de las ropas de los caminantes. Un adivinador se había instalado al borde de un gran estanque y pretendía «leer el futuro» a sus clientes en «el agua sagrada al pie del Potala». ¡Había por allí mucho comercio!

Pargo Kaling estaba llena de gente. Habían sido instalados pequeños puestos y los comerciantes itinerantes hacían mucho negocio vendiendo comida y dulces a los peregrinos. Muchos amuletos y cajas de encantos estaban envueltos en un puesto, brillando al sol los adornos tur-

quesas y dorados. Indios alegremente enturbanados y con grandes barbas y ojos brillantes paseaban en busca de gangas.

Enfrente se elevaba Chakpori —la Montaña de Hierro— algo más alta que el Potala, pero no tan adornada ni con tantos edificios, sino austera, algo gris y triste. Pero Chakpori era la Casa de la Curación, mientras que el Potala era la Casa de Dios. Más allá de Chakpori el Río Feliz relucía y resonaba mientras se dirigía rápido hacia la bahía de Bengala. Poniéndome las manos de pantalla por encima de mis ojos y esforzándome un poco pude ver al barquero que conducía a sus pasajeros de una a otra orilla del río. Su hinchado bote de piel de yak siempre me fascinaba y empezaba a preguntarme si no estaría mejor de barquero que de pequeño acólito en una gran lamasería. Pero bien sabía que aún no era tiempo de ser un barquero, pues tenía antes que estudiar y ¿quién ha oído que un monje se convierta en barquero?

Muy lejos, a la izquierda, la dorada techumbre del Jo Kang, o catedral de Lhasa, deslumbraba los ojos al reflejar los rayos del sol. Contemplé al Río Feliz, mientras cruzaba la tierra pantanosa, deslumbrante por entre los sauces, y recibía un pequeño afluente bajo el bello Puente Turquesa. Y también lejos vi un brillante hilo de plata que disminuía al alejarse cuando el río seguía hacia las tierras bajas.

Era aquél un día de mucha actividad y, asomado a la ventana —con cierto peligro de caerme desde mucha altura— pude ver más mercaderes que llegaban por el camino de Drepung cruzando los altos desfiladeros montañosos. Pero pasaría mucho tiempo antes de que llegasen lo bastante cerca de mí para verlos con detalle, y la clase empezaría antes.

Las faldas de las montañas estaban salpicadas de lamaserías, grandes unas como si contuvieran una ciudad cada una, y pequeñas otras precariamente sostenidas en las al-

turas de roca en pendiente. Algunas de las más pequeñas y de las situadas en posición más peligrosa, eran ermitas de monjes que habían renunciado al mundo y que se encerraban en sus reducidísimas celdas para pasar allí el resto de sus vidas. ¿Era EN REALIDAD tan bueno separarse tanto del mundo? ¿Ayudaba a alguien que un hombre joven y saludable se encerrase en una pequeña celda para pasarse allí quizá cuarenta años en completa oscuridad y silencio total, mientras meditaba sobre la vida y trataba de liberarse de los vínculos de la carne? Debía de ser muy raro, pensé, no volver a hablar ni andar, y comer sólo un día sí y otro no.

Capítulo tres

Pensé en mi Guía, el lama Mingyar Dondup, que muy repentinamente había tenido que irse a la lejana Pari; pensé en todas las preguntas que fluían en mí y a las que sólo él podía responder. No tenía que preocuparme pues mañana regresaría él y entonces me alegraría de volver a Chakpori. Aquí, en el Potala, había demasiada ceremonia, demasiada burocracia. Sí, me preocupaban muchos problemas y apenas podía esperar las respuestas. Desde hacía unos momentos un ruido creciente ocupaba mi conciencia; su volumen era como el de una manada de yaks en plena carga. Y entraron con gran alboroto en la clase mis compañeros: ¡jugaban a ser una manada de vales! Me situé prudentemente al fondo de la habitación y me senté cerca de la pared para que no me atropellasen los que corrían.

Estuvieron dando vueltas persiguiéndose, con un revoloteo de túnicas y gritando alegremente. De pronto se oyó un resonante «¡UAAMPF!» y un violento ruido de aire expelido. La habitación quedó en un silencio mortal y los chicos quedaron inmóviles como figuras talladas en el Templo. Mi aterrorizada mirada vio al Maestro indio sentado en el suelo. Se le habían puesto bizcos los ojos y no podía fijar la vista de tan impresionado como estaba. Su recipiente de cebada se le había derramado en el suelo, observé con cierta satisfacción. Empezó a moverse lentamente y se puso dificultosamente en pie apoyándose en la pared y mirando en torno suyo. Yo era el único que estaba sentado y evidentemente no había intervenido en la travesura. ¡Qué maravilloso y raro es tener la conciencia completamente limpia! Allí, sentado, me hinchaba la convicción de mi inocencia.

En el suelo, medio inconsciente por el golpe o petrificado

de miedo, se hallaba el muchacho que había ido a chocar de cabeza con el diafragma del Maestro indio. La nariz del chico sangraba pero el indio le dio un puntapié y le chilló: --¡LEVÁNTATE! —Se agachó, agarró al chico por una oreja y lo puso en pie—. ¡Desgraciada y horrorosa porquería tibetana! —gritó golpeándole a aquél en las orejas a las vez que hablaba—: ¡Te enseñaré a comportarte bien con un caballero indio! ¡Te enseñaré yoga para que mortifiques tu carne y liberes tu espíritu! —Tengo que preguntarle a mi Guía, pensé, POR QUÉ algunos de estos Grandes Maestros de otros países son tan salvajes.

El chillón Maestro dejó de golpear al chico y dijo: —Daremos más tiempo de clase para que os convenzáis de que deberíais aprender en vez de tener malos modales. Ahora mismo empezaremos. —Grité—: ¡Oh, Honorable Maestro, no he hecho nada absolutamente y es injusto que deba quedarme!

El indio me miró enfurecido y dijo: —Tú... tú eres el peor de todos. El que estés impedido e inútil no quiere decir que debas escapar del castigo por tus pensamientos. Te quedarás como los demás.

Recogió sus papeles esparcidos y lamenté que la hermosa cartera de cuero con el mango arriba y el brillante botón que servía para abrirla hubiera quedado estropeada por su contacto con nuestro basto suelo de piedra. El indio lo notó y gruñó: —Algunos tendrán que pagar por esto muy caro; exigiré otra al Potala. —Abrió su cartera y removiό sus papeles poniéndolos en orden después de haberlos sacado todos. Satisfecho por fin, dijo—: Esta mañana terminamos diciendo que Gautama renunció a su vida en palacio y que continuaría aquélla en busca de la Verdad. Continuemos ahora.

—Cuando Gautama salió del palacio de su padre el rey, llevaba un torbellino en la mente. Había experimentado una súbita e impresionante experiencia al ver la enfer-

medad, que él no conocía, al ver a la muerte, que nunca había visto, y al conocer la profunda paz, la extremada tranquilidad y el contento. Sus pensamientos eran que quien llevaba una expresión contenta vestía también un hábito de monje, de modo que la satisfacción y la paz interior sólo se encontrarían en el atuendo de un monje, y así buscó su tranquilidad interior y el sentido de la vida.

»Siguió vagando en tierras más allá de donde reinaba su padre, siguiendo los rumores de los monjes cultos y los eruditos ermitaños. Aprendió de los mejores Maestros que pudo encontrar, estudiando dondequiera que había algo que saber. Cuando aprendía de un Maestro cuanto éste podía enseñarle, seguía su camino, siempre tras el conocimiento, siempre en busca de lo más elusivo que puede haber en esta Tierra: la paz mental, la tranquilidad.

»Gautama era un discípulo muy apto. La vida le había favorecido, era de cerebro alerta y de muy despierta atención para todo. Podía recoger toda clase de información y ordenarla en su mente rechazando cuanto le fuese inútil y reteniendo sólo lo que le era de beneficio y valor. Uno de los Grandes Maestros, impresionado por la buena disposición de Gautama y su aguda inteligencia, le pidió que se quedara a enseñar también él y que se convirtiera en compañero suyo para comunicar el conocimiento a otros estudiantes. Pero esto era completamente ajeno a la creencia de Gautama, pues —razonaba él— ¿cómo podía enseñar lo que él no comprendía del todo? ¿Cómo enseñar a los otros cuando él mismo aún andaba buscando la Verdad? Conocía las Escrituras y los comentarios de éstas pero, aunque las Escrituras daban un cierto grado de paz, siempre había cuestiones y problemas que le rompían la tranquilidad que él andaba buscando, así que Gautama siguió vagando.

»Era un hombre obsesionado, un hombre con un apasio-

nado impulso que no le permitía reposar y que siempre le llevaba en busca del conocimiento, en busca de la Verdad. Un ermitaño le hizo creer que sólo la vida ascética le permitiría la tranquilidad y así, a pesar de ser bastante impetuoso, Gautama probó la vida de los ascetas. Desde hacía mucho tiempo había renunciado a todas las cosas materiales, no se concedía placeres materiales y sólo vivía en busca del significado que hay más allá de la vida. Pero luego se esforzó para comer cada vez menos y, según cuentan las viejísimas historias, por fin logró mantenerse con sólo un grano de arroz al día.

»Pasó todo su tiempo en la más profunda meditación permaneciendo inmóvil a la sombra de una higuera de Bengala. Pero por fin su reducida dieta lo traicionó; se desmayó de hambre, de mala nutrición y de falta de todo cuidado. Estuvo mucho tiempo al borde de la muerte

aún no había encontrado el secreto de la tranquilidad. Seguía sin hallar el significado más allá de la vida.

»Ciertos "amigos" se habían reunido en torno a él durante los días de hambre «le pasó Gautama, y veían en él lo extraordinario, el monje que podía vivir con sólo un grano de arroz al día. Creyeron que lograrían grandes ventajas asociándose con un hombre tan sensacional. Pero, como los "amigos" de todo el mundo, también éstos le abandonaron a la hora de su necesidad. A punto de morir Gautama de hambre, sus amigos le dejaron uno tras otro en busca de nuevos sensacionalismos. Gautama se vio de nuevo solo, libre de la distracción de los amigos, libre de seguidores, libre para empezar de nuevo a meditar sobre el significado más allá de la vida. »Este episodio fue el punto decisivo en la carrera de Gautama. Durante años había estado practicando todo el yoga que podía, mortificando su carne, libre su espíritu de las trampas del cuerpo, pero ya encontraba el yoga inútil para él; éste sólo era un medio de enseñar cierta disciplina a un cuerpo recalcitrante y no tenía gran mérito

para ayudarlo a uno a adquirir la espiritualidad. También se encontró con que era inútil llevar una vida tan austera, porque la austeridad continuada sólo conducía a la muerte, con lo cual quedarían sin contestar sus preguntas y su misión sin terminar. También se preguntó sobre ese problema y decidió que lo que había estado haciendo era como tratar de achicar el río Ganges con una criba o tratar de hacer nudos sin cuerda.

»Una vez más meditó Gautama, sentado bajo un árbol, tembloroso y con la debilidad que suele aquejar a quienes han estado mucho tiempo sin comer y que sólo por los pelos han escapado de las puertas de la muerte. Sentado bajo el árbol, meditaba profundamente sobre el problema de la desgracia y del sufrimiento. Tomó la solemne decisión de que, como ya había pasado más de seis arios en busca del conocimiento, sin saber lo que deseaba, se sentaría a meditar y no volvería a levantarse hasta haber hallado la respuesta a su problema.

»Gautama se quedó allí sentado, el sol se puso, la oscuridad invadió la Tierra, los pájaros nocturnos comenzaron sus llamadas y los animales empezaron su merodeo. Gautama seguía sentado. Pasaron las largas horas de la noche y pronto apareció en el cielo levemente la luz del día, pues empezaba a amanecer. Gautama, sentado, meditaba.

»Todas las criaturas de la Naturaleza habían presenciado los sufrimientos del cansado Gautama el día antes, cuando estuvo sentado solo bajo el gran árbol. Contaba él con la simpatía y la comprensión de los animales y todas las criaturas de la Naturaleza pensaban en cómo podrían ayudar a la humanidad para salir de los difíciles caminos en que se había metido.

»Los tigres dejaron de rugir para que su canción y sus llamadas no molestaran al meditativo Gautama; los monos cesaron de charlotear y dejaron de balancearse de rama en rama; en cambio, se sentaban en silencio, con

esperanza. Los pájaros interrumpían sus cantos y movían sus alas con la esperanza de ayudar a Gautama enviándole oleadas de amor y de aire fresco. Los perros, que normalmente ladran y corretean, se inmovilizaron detrás de los arbustos donde los rayos del sol no caían sobre ellos. El rey de los caracoles, mirándole, vio que los perros desaparecían en la sombra y creyó que él y los suyos podían ayudar a la humanidad por medio de Gautama. Llamando a los suyos, el rey de los caracoles los condujo por la espalda de Gautama hasta su cuello y se pusieron sobre la cabeza enrojecida por el sol, aquella cabeza sumida en la meditación y tan quemada por los ardientes rayos del sol; los caracoles se apiñaban y con sus frescos cuerpos protegían a Gautama del calor del sol de mediodía y, quién sabe, quizás aquellos caracoles, al mantener fresca la cabeza de Gautama, le ayudaran en su investigación final. Los seres de la Naturaleza eran amigos del Hombre, no le temían y hasta que éste se condujo traidoramente para con ella la gente de la Naturaleza estaba dispuesta a ayudarlo.

»Continuó el día y Gautama seguía sentado, inmóvil, tan inmóvil como una estatua. Una vez más llegó la noche, la oscuridad; de nuevo al acercarse el alba surgieron en el cielo leves colores y luego el sol barrió el horizonte. Pero esta vez el sol había traído a Buda la iluminación. Como si le hubiera caído encima un rayo, se le ocurrió un pensamiento a Gautama; tenía ya una respuesta, o por lo menos una parcial respuesta a los problemas que le habían preocupado tanto. Le iluminaba ya un nuevo conocimiento, se había convertido en "el Iluminado", que en indio es "el Buda".

»Su espíritu había sido iluminado por lo que había ocurrido durante su meditación en el plano astral, había conseguido penetración y recordado las cosas que viera en aquel plano. Ahora sabía que podía librarse de la desgracia de la vida en la Tierra, que podía volver a

la Tierra en el interminable ciclo de nacimiento, muerte y vuelta a nacer. Había conseguido llegar a conocer por qué sufría el Hombre, qué causaba ese sufrimiento, cuál era su naturaleza y cómo podía terminarse esto.

»Desde aquel momento Gautama se convirtió en Gautama el Despierto o, para decirlo con la palabra india, Gautama el Buda. Meditó de nuevo sobre cuál debía ser su curso de acción. Había sufrido y estudiado y ¿tenía que enseñar a los otros o dejarles que descubrieran por los medios con que él mismo había descubierto? Se preocupó de esto y se preguntó si alguien creería las experiencias por las que él había pasado. Pero decidió que la única manera de lograr una respuesta a esto era hablar con los demás, darles la buena noticia de la iluminación que él había recibido.

»Levantándose y llevándose un poco de alimento y de agua, emprendió el viaje a Benarés, donde esperaba encontrar a cinco de los antiguos asociados que le habían abandonado cuando tanta ayuda necesitaba, los que le dejaron cuando él decidió comer de nuevo.

»Después de un viaje que duró mucho tiempo, pues Gautama el Buda estaba aún débil por las privaciones que había sufrido, llegó a Benarés y encontró allí a los cinco a quienes buscaba. Habló con ellos y les dio lo que la historia conoce como "el Sermón del Giro de la Rueda de la Ley". Contó a su público la causa y la naturaleza del sufrimiento, y les dijo cómo debían hacer para vencer el sufrimiento; les habló de una nueva religión que ahora llamamos budismo. Y budismo significa la religión de los que buscan volver a despertarse.

Así que Gautama supo lo que era el hambre. ¡También yo conocía el hambre! Deseaba que nuestro Maestro hubiera tenido más comprensión, pues nosotros, los chicos, nunca teníamos mucho que comer ni nos sobraba nunca mucho tiempo, y con su voz monótona superó el tiempo concedido para la clase. Teníamos hambre, estábamos

cansados y fastidiados de todo, apenas capaces de comprender la importancia de lo que él decía.

El chico que había ido a parar contra el Maestro indio, seguía sentado sorbiendo, su nariz claramente dañada, quizá rota, pero tenía que continuar allí procurando cortarse el fluir de la sangre con los dedos para no irritar más al Maestro. Y entonces pensé qué sería todo aquello, para qué tanto sufrimiento, por qué quienes pueden mostrar compasión y comprensión se conducen de un modo tan sádico. Decidí que en cuanto volviese mi Guía profundizaría más en estos problemas que me estaban trastornando. Pero vi con un considerable placer que el Maestro indio parecía un poco cansado, dando la impresión de tener un poco de hambre y sed y se movía continuamente de un pie a otro. Nosotros, los niños, estábamos sentados en el suelo, todos con las piernas cruzadas excepto yo, y tenía que estorbar lo menos posible. Los demás se sentaban con las piernas cruzadas, en filas ordenadas. El Maestro paseaba por detrás de nosotros para que no supiéramos dónde estaba en un momento determinado pero aquel hombre, el indio, miraba por la ventana contemplando cómo se movían las sombras por el suelo y cómo transcurrían las horas. Tomó una decisión; se estiró y dijo: —¡Bueno! Tendremos un descanso, os distraéis, no prestáis atención a mis palabras, aunque son unas palabras que pueden influenciar todas vuestras vidas durante eternidades. Tendremos un descanso de media hora. Podéis tomar vuestro alimento y luego volveréis aquí tranquilamente y reemprenderé mi charla.

Rápidamente volvió a meter sus papeles en la cartera de cuero, que se cerró con un «¡click!» muy satisfactorio. Luego se marchó con un revuelo de su túnica amarilla. Nos quedamos sentados, bastante impresionados por la rapidez de la interrupción, hasta que los otros se pusieron veloces en pie, pero yo tuve que incorporarme penosamente. Tenía las piernas tíasas y había de soste-

nerme en pie apoyándome contra la pared para luego ir empujando una pierna delante de la otra. Siendo el último en salir, me dirigí hacia donde estaba mi amigo el monje-cocinero y le expliqué mi situación, ya que se me castigaba por los pecados de los otros.

Se rió de mí y me dijo: —¿Y qué me dices del jovencito que tiraba puñados de hollín desde la ventana? ¿Acaso tu «kharma» no está a la altura del de los demás? Y si tus piernas no estuvieran dañadas, ¿no habrías sido tú incluso el jefe de los revoltosos?

De nuevo se rió de mí, benévolo. Era un viejo muy simpático. Luego me dijo: —¡Anda, sírvete! No me necesitas para que te sirva, ya te has valido tú mismo de sobra. Come bien y vuelve antes de que ese hombre tan irritable se enfade más. —Así que tomé el té, el que había bebido en el desayuno, el que tomé también en el almuerzo; el mismo que tomaría durante años: tsampa.

Nosotros los tibetanos no tenemos relojes de pared ni de bolsillo. Cuando yo estaba en el Tibet ni siquiera sabía que existían los relojes de pulsera, pero sabíamos la hora por algo interior en nosotros. La gente que depende de ella misma, y no de recursos mecánicos, desarrolla diferentes facultades. Así, mis compañeros y yo podíamos darnos cuenta del paso del tiempo con la misma precisión que quienes llevan relojes. Bastante antes de pasar la media hora habíamos vuelto a la clase, y regresamos cautamente, con la misma tranquilidad que los ratones que tan bien se alimentaban con nuestro grano en los almacenes.

Entramos en una ordenada procesión, todos excepto el pequeño que sangraba por la nariz. El pobre había acudido al enfermero, que le descubrió que se había roto la nariz, y fui yo el encargado de presentarle al Maestro indio un palo en el que iba enrollado un papel donde se explicaba la razón de que el niño —ya un paciente— no se presentara.

Los otros se sentaron y esperamos, apoyando yo la espalda en la pared y sosteniendo el palo con el papel en un extremo. De pronto, apareció el indio en la puerta y se nos quedó mirando irritado. Luego se me acercó y me riñó: —¡Tú, chico, tú! ¿Qué haces ahí jugando con un palo? —preguntó—. ¡Señor —le dije, molesto—. Traigo un mensaje del enfermero... —Y tendí el palo hacia él. Por un momento no pareció tener idea de lo que había de hacer, y de pronto se apoderó tan violentamente del palo que estuve a punto de caerme de bruces. Tirando el palo después de quitar el papel, leyó éste. Al hacerlo hizo un gesto aún más de enfado y lo tiró lejos de sí, gesto muy ofensivo para nosotros los tibetanos, pues considerábamos sagrado al papel, ya que mediante éste leíamos la historia, y aquel hombre, aquel sabio indio, había tirado un papel sagrado.

—¡Bueno! ¿Qué hacéis ahí mirando como papanatas? Yo le miraba con gran asombro, pues me parecía insensata su conducta. Si él era un Maestro, entonces, decidí, yo no quería ser Maestro. Groseramente me hizo señas para que me quitara da en medio y me sentara. Así lo hice y él se situó ante nosotros y empezó a hablar. Nos dijo que Gautama había encontrado una manera diferente de abordar la realidad, una manera que se llamó «El Camino Intermedio». Desde luego, las experiencias de Gautama habían sido dobles; nacido príncipe que tuvo el máximo de lujo y comodidades, con muchas bailarinas a su disposición (¡ai decirlo, los ojos del Maestro indio se animaron!) y cuanto podía comer, así como todos los demás placeres que podía desear, pasó luego de eso al sufrimiento y a la más abyecta pobreza, llegando casi al extremo de morir de hambre. Pero, como Gautama comprendió fácilmente, ni las riquezas ni los andrajos encerraban el secreto del eterno problema del Hombre. De modo que la respuesta debía de estar entre aquéllas y éstos.

El budismo es considerado frecuentemente como una religión, pero en el estricto sentido de la palabra no es una religión. El budismo es una manera de vivir, un código de vida y, con tal de que siga uno ese código con exactitud, pueden obtenerse ciertos resultados. Por conveniencia puede llamarse «religión» al budismo, aunque para aquellos de nosotros que son verdaderos sacerdotes budistas, «religión» es un término erróneo y la única denominación acertada es «El Camino Intermedio» .

El budismo se fundó en las enseñanzas de la religión hindú. Los filósofos hindúes y los Maestros religiosos habían enseñado que el camino del propio conocimiento, el conocimiento del espíritu, y las tareas que se enfrentan con la humanidad, eran como uno que anda por el filo de una navaja donde la menor inclinación a un lado u otro pueden hacerle caer.

Gautama conocía todas las enseñanzas hindúes, pues en los comienzos de su vida era un hindú. Pero gracias a su propia perseverancia descubrió un Camino Intermedio.

La extremada negación de sí mismo es mala, lleva a un punto de vista distorsionado. Se pueden considerar provechosamente condiciones como las existentes al afinar un instrumento de cuerda. Si uno pone demasiado tirante la cuerda de un instrumento, como una guitarra por ejemplo, puede llegar a punto de romperse, de modo que el menor toque pueda hacerla saltar y, por tanto, habrá en esa tensión una falta de armonía.

Si se suprime toda la tensión en las cuerdas de un instrumento, se encontrará uno de nuevo con que hay falta de armonía y ésta sólo puede hallarse cuando las cuerdas están correcta y rígidamente templadas. Eso mismo pasa con la humanidad cuando la indulgencia o el exceso de sufrimiento en los diversos casos carece de armonía.

Gautama formuló su creencia en el Camino Intermedio y formuló preceptos en los que uno puede lograr la armo-

nía, pues uno de sus dichos fue: «El que busca puede lograr la felicidad si practica bastante la búsqueda». Una de las primeras preguntas que puede hacerse una persona es: «¿Por qué soy desgraciado?». Es la pregunta más frecuente. Gautama el Buda se preguntó por qué era desgraciado; meditaba muchísimo sobre ello y llegó a la conclusión de que incluso un recién nacido sufre, y si llora es por haber nacido, por el dolor e incomodidad de haber nacido y de salir del cómodo mundo que él conocía. Los bebés lloran cuando están a disgusto, y cuando se hacen mayores quizá no lloren pero hallan maneras de expresar su descontento, su falta de satisfacción y su dolor efectivo. Pero un bebé no piensa en por qué llora, sino que se limita a llorar. Reacciona sencillamente como un autómatas. Ciertos estímulos hacen que una persona llore, y otros que ría, pero el sufrimiento —el dolor— sólo se convierte en un problema cuando la gente se pregunta por qué sufre, por qué es infeliz.

Las investigaciones han revelado que la mayoría de las personas sufren en cierta medida cuando tienen diez años de edad y se han preguntado por qué han de sufrir. Pero en el caso de Gautama esta pregunta no se planteó hasta los treinta años, pues sus padres hicieron cuanto pudieron para evitarle que sufriera en forma alguna. La gente que ha estado superprotegida y mimada no sabe lo que es la desgracia, de modo que si de pronto cae sobre ellos la desventura no están en situación de enfrentarse con ella y con frecuencia padecen ataques mentales o nerviosos.

Todo individuo tiene que enfrentarse en alguna ocasión con el sufrimiento y afrontar las razones por las que sufre. Toda persona ha de padecer dolor físico, mental o espiritual, pues sin el dolor no podría haber sobre la Tierra enseñanza, ni habría purificación, ni se saldría de la escoria que actualmente rodea al espíritu del Hombre.

Gautama no descubrió una nueva religión; toda su enseñanza, su contribución a la totalidad del conocimiento humano, está enfocada sobre o en torno al problema del dolor o de la felicidad. Durante su meditación, mientras las criaturas de la naturaleza permanecían quietas y él podía pensar sin ser molestado y mientras los caracoles refrescaban su cabeza recalentada por el sol, Gautama comprendió el dolor, comprendió la razón del sufrimiento y llegó a creer que sabía cómo podía vencerse éste. Enseñó esas cosas a sus cinco primeros asociados y sus enseñanzas se convirtieron en los cuatro principios sobre los que reposa toda la estructura budista. Son Las Cuatro Nobles Verdades, de las que trataremos más adelante.

Caían las sombras de la noche; la oscuridad descendía tan rápidamente que apenas podíamos vernos unos a otros. El Maestro indio se apoyaba en la ventana y su perfil se dibujaba a la débil luz de las estrellas. Seguía hablando, olvidando o sin pensar que los chicos teníamos que levantarnos para el servicio de medianoche, luego para el servicio de las cuatro y de nuevo a las seis de la mañana.

Por fin pareció darse cuenta de que se cansaba y que allí en la oscuridad, de espaldas a la luz de las estrellas, quizás estuviese desperdiciando el tiempo porque no podía vernos y no sabía si le prestábamos atención o si estábamos dormidos sentados.

De repente dio una palmada en el atril con un resonante «¡ZUANG!». Fue un ruido sobrecogedor —inesperado-- y todos saltamos asustados, de modo que llegamos a apartar bastante del suelo nuestros cuerpos y al instante caímos con ruidos blandos y gruñidos de sorpresa.

El Maestro indio siguió allí durante unos cuantos minutos y luego dijo: «Marchaos» y salió de la habitación. Era fácil para él, pensé. Sólo era un visitante con especiales privilegios y nadie iba a señalarle su obligación. Podía irse a su celda y descansar toda la noche si quería. En

cambio, nosotros teníamos que irnos al servicio del Templo.

Nos pusimos pesadamente en pie y yo era el más pesado de todos. Luego salimos, dando tumbos, de la oscura habitación al corredor, aún más oscuro. No era corriente que hubiera clases a aquella hora y no había luces. Sin embargo, los corredores nos eran muy familiares y llegamos bien a uno de los pasillos principales que, por supuesto, estaba iluminado con las inevitables y vacilantes lámparas colocadas en nichos a la altura de las cabezas y que dos monjes llenaban constantemente de manteca y tendían los pabilos que flotaban en la grasienta superficie.

Con pasos inseguros nos dirigimos hacia nuestro dormitorio, donde nos acostamos en el suelo, sin más historias, procurando dormir un poco antes de que las trompetas y conchas nos llamaran para el servicio de medianoche.

Capítulo cuatro

Me acurruqué bajo los grandes baluartes haciendo con mi cuerpo casi una pelota mientras procuraba atisbar por una pequeña abertura. Me dolían mucho las piernas y sentía barras de fuego que, según temía, soltarían la sangre de un momento a otro. Pero tenía que permanecer allí, DEBÍA sufrir aquella incomodidad, hecho un gurruño y asustado, mientras trataba de otear el lejano horizonte. En postura tan molesta, ¡me hallaba casi en la cumbre del mundo! Sin alas no podía subir más, o — idea que me atraía mucho— sin elevarme en alguna poderosa cometa. El viento silbaba y aullaba en torno a mí, rasgando las Banderas de las Plegarias, lamentándose en los techos de las Tumbas Doradas y dejando caer de vez en cuando sobre mi cabeza destocada una llovizna de fino polvillo de la montaña.

A primera hora de la mañana me había escapado y, con miedo y temblando, había salido a escondidas por mi camino secreto a través de los corredores poco usados y los pasadizos. Deteniéndome para escuchar a cada pocos escalones, había salido por fin con extremada precaución al Tejado Sagrado, que sólo el Recóndito y sus íntimos amigos podían visitar libremente. Allí había PELIGRO. El corazón me latía al pensar en ello. Si me cogían, me expulsarían de la Orden del modo más deshonesto. ¿Expulsado? ¿Y qué haría yo entonces? Me invadía el pánico y durante un buen rato estuve a punto de regresar a las regiones inferiores a las que yo pertenecía. El sentido común me lo impedía, pues bajar sin haber cumplido mi misión sería sin duda un fracaso.

¿Expulsado en desgracia? ¿Y por qué habían de expulsarme? No tenía casa. Mi padre me había dicho que mi casa no era ya mi «hogar» y que debía abrirme paso yo

solo en la vida. Mi ojo errante captó el brillo del Río Feliz. Buscaba al muy moreno barquero del bote de piel de yak y se me aclaró la mente. ¡Eso haría; sería barquero! Para mayor seguridad avancé por el borde del Techo Dorado, libre de que me viera el mismo Recóndito incluso si se aventuraba por allí con aquel viento. Las piernas me temblaban con el esfuerzo y el hambre gruñía dentro de mí. La lluvia resolvió el problema, pues pude mojar los labios en un charquito que se había formado.

¿No llegaría él NUNCA? Miraba angustiosamente el distante horizonte. Sí... sí; me froté los ojos con el revés de mis manos y volví a mirar. ¡HABÍA una nubecilla de polvo! ¡Venía de Pari! Por lo pronto olvidé el dolor en mis piernas y también el incesante peligro de ser visto. Me quedé allí quieto mirando. Lejísimos, se acercaba un grupo de jinetes a Lhasa. Arreciaba la tormenta y la nube de polvo que levantaban los cascos de los caballos se deshacía casi en cuanto se formaba. Yo no dejaba de mirar protegiéndome los ojos del cortante viento, pero sin perderme nada.

El viento huracanado inclinaba los árboles. Las hojas bailoteaban como locas y el viento se las llevaba hacia lo desconocido. El lago junto al Templo de la Serpiente no era ya plácido como un espejo; las agitadas olas se estrellaban alocadas contra la orilla de allá. Los pájaros, que conocían bien los cambios del tiempo, buscaban cautamente protección siempre de frente al viento. De las cuerdas de las Banderas de las Plegarias, casi a punto de romperse con la presión, llegaba una especie de tamborileo en tanto que de las grandes trompetas atadas al tejado de abajo venían broncos bramidos mientras el viento batía las bocinas. Allí, en la parte más alta del Tejado Dorado, sentía yo temblores, extraños rasguños y súbitas rachas de antiquísimo polvo que se elevaba de las vigas de abajo.

Una horrible premonición me hizo volverme a tiempo de

ver una fantasmal figura precipitándose hacia mí. Unos brazos pegajosos me sujetaron y me sacudieron con violentos golpes. No pude chillar, ¡no tenía aliento! Una nube negra y maloliente me envolvió produciéndome náuseas con su peste. ¡No había luz, sólo una lobreguez llena de ruidos, y OLOR! ¡No había aire, sólo aquel gas nauseabundo!

Temblé. Mis pecados me habían descubierto. Un Espíritu Malo me había atacado y estaba a punto de llevarseme. ¿Por qué desobedecí la Ley y subí al Terreno Sagrado? Entonces, mi mal humor triunfó. No, NO me llevarían los Diablos. LUCHARÍA con todos ellos. Frenético, con pánico ciego e inmensa indignación, me defendí arrancando grandes pedazos al «Diablo». Me sentí aliviado y reí casi histérico. Lo que me había asustado tanto había sido una viejísima tienda de piel de cabra, podrida con el paso de los años, que el viento me había tirado encima. ¡Sus restos eran arrastrados ya hacia Lhasa!

Pero la tormenta tuvo la última palabra; con un triunfante bramido una gran racha me empujó por el resbaladizo suelo. En vano trataba de aferrarme con mis flojas manos; inútilmente pretendía agarrarme al tejado. Llegué al borde, vacilé y caí como una pluma en brazos de un viejo lama, quien me miró asombrado y abrió la boca cuando yo llegué —así le pareció— del mismísimo cielo llevado por el viento.

Como solía ocurrir en Lhasa con las tormentas, se había terminado de golpe toda aquella conmoción y el gran tumulto. Había amainado el viento que ya sólo suspiraba en torno a los dorados aleros y tocaba suavemente las grandes trompetas. Las nubes seguían corriendo sobre las montañas y, con la velocidad de su carrera, se deshilachaban. Yo, en cambio, no estaba tan tranquilo pues había MUCHA tormenta en mí. ¡CoGiDo!, me dije entre dientes. Cogido como el chico más tonto de la

lamasería. Ya tendría que dedicarme a barquero o a conductor de yaks. ¡AHORA sí que me he metido en un lío!, me dije. —¡Señor! —exclamé con voz temblona—. Lama Custodio de las Tumbas, es que yo estaba... —Y el lama me interrumpió suavemente—: Sí, sí, hijo, lo he visto todo. He visto cómo te arrastraba el vendaval. ¡Te han bendecido los Dioses!

Le miré y él a mí. Entonces me di cuenta de que aún me abrazaba; se había impresionado tanto que ni siquiera se había dado cuenta. Con gran consideración, me soltó. Miré en dirección a Pari. ¡No, ya no los podía distinguir! Debían de haberse detenido, yo... —¡Honorable Custodio! —chilló una voz—. ¿Has visto cómo volaba ese niño por encima de la Montaña? Los Dioses se lo llevaron, ¡que la Paz sea con su alma! —Me volví hacia él. Era un viejo monje de aspecto corriente. Se llamaba Timon y era uno de los que barrían los Templos y hacían tareas por el estilo. n1 y yo éramos buenos amigos. Al mirarme y reconocermelo, se agrandaron de asombro sus ojos.

—¡Que la Bendita Madre Dolma te proteja! —exclamó—. ¡ ¡ ¡De modo que eras Tú!!! Hace pocos días que la tormenta te llevó a ese tejado y ahora otra tormenta te nos devuelve. Esto es desde luego un milagro. —Empecé a decir—: Pero si yo estaba... —Pero el Lama me interrumpió—: Sí, sí, lo sabemos todo, lo hemos visto todo. Estaba dando una vuelta para ver si todo estaba bien y vi que VOLABAS SOBRE EL TEJADO ANTE mí.

—Me sentía un poco triste, pues ¡habían creído que una vieja tienda podrida de piel de cabra, era yo! Pues que lo creyeran. Luego pensé en el miedo que había pasado y cómo había creído que los malos espíritus luchaban contra mí. Cautamente miré por si había por allí algún trozo de la vieja tienda. No, al luchar con ella la había deshecho y todos los pedazos se los había llevado el viento.

—¡Mira! ¡Mira! —gritó Timon—. ¡Aquí tenemos la prueba! ¡Mírale, MÍRALE! —Naturalmente, también yo miré, aunque él se dirigía al lama y vi que se me había quedado envuelto un trozo de una Bandera de Plegaria. En una mano sujetaba aún media bandera. El viejo lama chasqueaba la lengua y bajó, pero yo me apresuré a asomarme esperando ver a mi amado Guía, el Lama Mingyar Dondup, por si aparecía allá muy lejos. Pero la tormenta que se terminó había dejado completamente borroso el paisaje y ahora barría los valles dejando nubes de polvo, hojas voladoras y sin duda los restos de la vieja tienda de piel de cabra.

El anciano Custodio de las Tumbas volvió y miró por encima de los baluartes conmigo. —Sí, sí —dijo—. Te vi salir por el otro lado del muro, moviéndote ante mí sostenido por el viento, y luego vi que caías en la parte más alta del Tejado Dorado de las Tumbas; no pude soportar mirarte. Vi que te esforzabas por mantener el equilibrio y me tapé los ojos con la mano. —Más vale así, me dije, o me habría visto usted luchando con la tienda de piel de cabra y habría comprendido que estuve allí todo el tiempo. Entonces lo habría pasado mal.

Hablaban mucho cuando pasamos a los otros edificios de abajo; una conversación muy animada. Un grupo de monjes y lamas comentaba que me habían visto llegar de la montaña y que el viento me había impulsado mientras yo agitaba los brazos. Habían creído que me estrellaría contra las paredes o que el viento me arrojaría contra el Potala y ninguno de ellos había esperado volverme a ver vivo. Ninguno de ellos había comprendido que lo que se elevaba entre nubes de polvo y un terrible ventarrón era una vieja tienda de piel de cabra y no yo.

—¡Ay, ay! —dijo uno—. Lo he visto con mis propios ojos. De pronto lo arrancó el viento de donde estaba y voló sobre mi cabeza agitando los brazos. ¡Nunca creí llegar a ver semejante cosa! —¡Sí, sí! —dijo otro—. Yo

estaba mirando por la ventana, asombrado de lo fuerte que era la tormenta y precisamente cuando vi a este chico volando hacia mí se me llenaron los ojos de polvo. Casi me dio en la cara cuando pasó. —¡Eso no es nada!

exclamó otro—. A mí llegó a darme en la cara y casi me sacó el cerebro. Estaba yo en el parapeto cuando se me acercó, quise agarrarlo y estuvo a punto de romperme el hábito. Llegó a subírmelo por encima de la cabeza y estuve cegado un rato. Cuando pude ya ver, se había ido. Creí que había llegado su hora, pero veo que está aquí.

Me pasaban de uno a otro como si fuera yo una estatua que hubiese ganado un premio. Los monjes me tocaban, los lamas me acariciaban y nadie me dejaba explicar que no me había llevado el viento volando como ellos decían sino que había estado a punto de estrellarme. —¡Un milagro! —exclamó un viejo de los que estaban en el exterior del grupo. Y luego dijo otro—: ¡Miren, ahí viene el Señor Abad! —Los presentes dejaron paso respetuosamente a la figura de túnica dorada que había aparecido entre nosotros. —¿Qué ha ocurrido? —preguntó—: ¿Por qué estáis congregados así? Explicadme dijo volviéndose hacia el lama de mayor edad presente. Extensamente, y con muchas intervenciones del grupo siempre creciente, quedó «explicado» el asunto. Mientras, allí estaba yo deseando que me tragase el suelo... ¡y fuese a parar a la cocina! Tenía hambre, pues no había comido nada desde la noche anterior.

¡Ven conmigo! —me ordenó el Señor Abad. El mayor de los lamas me agarró del brazo y me ayudó, pues yo estaba cansado, asustado, dolorido y hambriento. Pasamos a una amplia habitación que no había visto yo antes. El Señor Abad se sentó. Estuvo un rato en silencio como meditando en lo que le habían dicho y por fin le dijo al lama que antes había hecho el relato: —Cuéntamelo todo otra vez sin omitir

de nuevo oí el relato de mi maravilloso vuelo «desde el suelo hasta la Tumba del Santo». Precisamente entonces produjo un prolongado ruido mi estómago vacío; necesitaba alimento. El Señor Abad, procurando no sonreír, dijo: —Llévaoslo para que coma. Me imagino que lo mucho que ha pasado le ha dejado hambriento. Llamen luego al Honorable Herbolario el Lama Chin para que le examine sus heridas. Pero primero que coma el chico.

¡Qué BUENA sabía la comida! —Desde luego llevas una vida con muchos altibajos, Lobsang —me dijo mi amigo el monje-cocinero—. Primero sales volando del tejado y arrojado de la montaña ¡y ahora me dicen que fuiste desde el pie de la montaña hasta el tejado más alto. ¡Una rara vida dirigida por el Diablo! —Siguió riéndose de sus propias gracias y se fue. A mí no me importaba que se riera de mí, pues siempre era muy amable conmigo y me ayudaba en muchas cosas. Otro amigo fue a saludarme. Ronroneando y frotándose contra mis piernas me hizo mirar hacia abajo. Uno de los gatos había ido a reclamar mi atención. Lo acaricié perezosamente y cada vez ronroneaba más fuerte. Hubo un leve roce entre los sacos de cebada y allá se fue silencioso y muy rápido.

Me acerqué a la ventana y miré Lhasa. No había señales del grupito dirigido por mí Guía el lama Mingyar Dondup. ¿Le habría sorprendido la tormenta? Me lo pregunté y pensé si tardaría mucho en llegar: «¿Mañana entonces, eh?», y me volví. Uno de los que estaban en la cocina estuvo diciendo algo y yo sólo había oído lo último que dijo. —Sí —añadió otro— van a quedarse en la Valla de las Rosas esta noche y llegarán mañana. —Entonces intervine yo—: ¡Ah! ¿Hablan ustedes de mi Guía, el Lama Mingyar Dondup? —Sí, según parece tendremos que cuidar de ti un día más, Lobsang —dijo otro de los presentes—: Pero eso me recuerda que el Honorable Enfermero te está esperando; date prisa.

Apesadumbrado, pensaba yo que en este mundo había demasiado trastorno. ¿Por qué tenía mi Guía que interrumpir su viaje y quedarse quizás uno o dos días en la lamasería de la Valla de las Rosas? En aquella época de mi existencia creía yo que sólo mis asuntos tenían importancia y no me daba plena cuenta de la gran labor que el Lama Mingyar Dondup realizaba para los demás. Cojeé a lo largo del corredor hasta la enfermería. Y precisamente salía el enfermero, pero al verme me agarró por el brazo y volvió a entrar conmigo. —¿Qué has estado haciendo? Siempre pasa algo cuando vienes al Potala. —Estuve ante él modosamente y le dije lo que los testigos visuales habían atestiguado del viento y de la gran tormenta. No le dije que yo estaba ya en el Tejado Dorado, pues bien sabía yo que en seguida iría a contárselo al Recóndito.

—Bueno, quítate la túnica. Tengo que examinarte tus heridas y luego informar de tu estado. —Me quité la túnica y la dejé sobre un banco bajo. El enfermero se arrodilló y comprobó si tenía yo huesos rotos o músculos rasgados. Se sorprendió bastante de que mis únicas heridas, aparte de las de mis piernas, fueran unos cardenales ya amarillentos.

—Toma esto y date fricciones —dijo poniéndose en pie y sacando un tarro de cuero de un alto estante. Aquello olía mucho—. No te lo pongas aquí —dijo—, pues no quiero asfixiarme. Después de todo, los golpes te los has dado tú. —Le dije—: Honorable enfermero, ¿es cierto que mi Guía tiene que quedarse en la lamasería de la Valla de las Rosas? —Sí, ha de curar allí a un abad y no creo que llegue aquí hasta última hora de mañana. Así, tendremos que ocuparnos de ti un poco más —dijo y añadió astutamente—: Deberás disfrutar de las conferencias que nos da nuestro respetado Maestro indio visitante. —Le miré y se me ocurrió que el viejo enfermero no tenía más aprecio que yo por el

Maestro indio. Sin embargo, no había tiempo para ocuparse de eso. Hacía mucho sol y ya era tiempo de acudir a la clase.

Primero fui al dormitorio, donde me quité la túnica y me froté con el apestoso ungüento. Luego me limpié las manos en la túnica, me la puse de nuevo y me dirigí a la sala de conferencias, ocupando mi sitio lo más lejos que pude del Maestro indio.

Llegaron los otros chicos, niños, muchachos de medio tamaño y grandullones, todos juntos, porque aquélla era una ocasión especial, la visita de un famoso Maestro indio, y se pensaba que nosotros los chicos debíamos aprovechar la enseñanza del budismo por otra cultura.

Mientras estábamos sentados esperando al Maestro gruñían audiblemente mis compañeros. Los que estaban cerca de mí se apartaron de modo que cuando llegó el Maestro me había quedado yo solo contra la pared y los muchachos más cercanos estaban a unos doce pies.

El Maestro indio llegó con su deliciosa cartera de cuero. Miraba en torno suyo con suspicacia y olisqueaba ruidosamente. A medio camino entre la puerta y el atril se detuvo y miró en torno suyo. Entonces vio que yo estaba sentado solo. Se acercó a mí, pero pronto se retiró. La habitación estaba muy caliente con tantos chicos en ella, y con el calor el ungüento olía cada vez peor. El Maestro indio se detuvo, se puso las manos en las caderas y me miró irritado: —Muchacho, eres el mayor trastorno que hay en este país, me parece. Trastornas nuestras creencias volando arriba y abajo de la montaña. Lo vi todo desde mi habitación y tú te elevabas muy lejos. Los diablos deben de enseñarte en tus momentos libres, o algo así. Y ahora, ¡puf!, ¡APESTAS! —Entonces le repliqué—: Honorable Maestro indio, no puedo evitar el mal olor, pues me he puesto el ungüento que me ha mandado el Honorable enfermero y —añadí con gran audacia— yo soy el primero en pasar-

lo mal, pues esto huele a diablos. —Ni siquiera se sonrió sino que se volvió despectivamente y se dirigió hacia el atril.

—Tenemos que continuar con nuestras conferencias —dijo el Maestro indio— y me alegraré de dejaros y regresar a la India, que es más culta que vuestro país. —Ordenó sus papeles, nos miró suspicazmente a todos nosotros para ver si le prestábamos atención, y luego continuó:

—Gautama había pensado mucho en sus viajes. Durante seis años había ido de un lado a otro pasando la mayor parte de su tiempo en busca de la Verdad, buscando la finalidad que hay tras la vida. En sus viajes sufrió penalidades, padeció escasez y hambre, y una de sus primeras preguntas fue: "¿Por qué soy desgraciado?".

»Gautama se planteaba esta pregunta incesantemente y obtuvo la respuesta cuando las criaturas de la Naturaleza le ayudaron, los caracoles refrescando su cabeza, los pájaros abanicándole la frente y todas las demás están-dose quietas para no distraerlo. Decidió que había Cuatro Grandes Verdades, a las que llamó las Cuatro Nobles Verdades, que eran las leyes de la estancia del Hombre en la Tierra.

»Nacer es un sufrimiento, dijo el Buda. Un niño nace de su madre causándole dolor y teniéndolo él, pues sólo con dolor puede nacerse en esta Tierra y el acto de nacer causa dolor y sufrimientos a los demás. La decadencia es sufrimiento; cuando un hombre envejece y las células de su cuerpo no pueden sustituirse como es normal, comienza la decadencia, los órganos no funcionan ya correctamente. Hay cambio y por tanto sufrimiento. No se puede envejecer sin padecer. La enfermedad hace sufrir y con el fracaso de un órgano para operar correctamente hay dolor, sufrimiento, pues el órgano obliga al cuerpo a readaptarse a la nueva condición. Por eso causa la enfermedad dolor y sufrimiento. La muerte es el fin de

la enfermedad; la muerte causa sufrimientos, no el mismo acto de morir sino las condiciones que rodean a la muerte y que son dolorosas. Por tanto, de nuevo tenemos que ser desgraciados.

»El sufrimiento lo causa la presencia de objetos que odiamos. Nos hallamos en tensión, en frustración, por la presencia de los que no nos agradan. Nos hace desgraciados que nos separen de los objetos que amamos; cuando quedamos separados de una persona querida, quizá sin conocimiento de cuándo podremos hallarnos de nuevo con ella, sufrimos dolor, padecemos frustración, y por tanto somos desgraciados.

»Desear y no obtener lo que deseamos, esa es la causa del sufrimiento, y de que perdamos la felicidad, causa de miseria. Ocurre esto cuando deseamos y no obtenemos; entonces sufrimos y somos desgraciados.

»Sólo la muerte trae la paz, solamente la muerte nos libra del sufrimiento. Por tanto está claro que aferrarse a la existencia es empeñarse en sufrir, aferrarnos a la existencia es lo que nos hace desgraciados.

El Maestro indio nos miró y añadió: —El Buda, nuestro Bendito Gautama, no era pesimista sino realista. Gautama se dio cuenta de que hasta que uno acepta los hechos no puede suprimir el sufrimiento. Hasta que uno comprende por qué hay sufrimiento no puede progresar por el Camino Intermedio.

Las Enseñanzas insistían mucho en el sufrimiento, pensaba yo, pero recordaba lo que mi querido Guía, el Lama Mingyar Dondup, me había dicho: «Pensemos, Lobsang, en lo que Gautama dijo verdaderamente. No dijo que todo causa sufrimiento. No importa lo que aseguren las Escrituras ni lo que digan los Grandes Maestros, pues Gautama en ningún momento afirmó que todo sea sufrimiento. Lo que de verdad dijo es que en todo hay la POSIBILIDAD de sufrimiento, de lo que resulta claro que todo incidente de la vida puede causar dolor, descon-

suelo o desarmonía. ¡Que PUEDE! Pero en ningún sitio se asegura que todo DEBA causar dolor».

Hay tanta incompreensión en cuanto a lo que dijeron o no dijeron los Grandes Hombres... Gautama tenía la creencia de que el sufrimiento, el dolor iban más allá del mero dolor físico. Insistió siempre en que los sufrimientos mentales por el mal funcionamiento de las emociones constituyen un mayor sufrimiento, una desarmonía mayor que las que pueden causar el dolor o la infelicidad físicos. Gautama pensaba: «Si soy desgraciado es porque no vivo felizmente, porque no vivo en armonía con la Naturaleza. Y si no vivo armoniosamente es porque no he aprendido a aceptar el mundo tal como es, con todas sus desventajas y POSIBILIDADES de sufrimiento. Sólo puedo obtener la felicidad dándome cuenta de las causas de desgracia y evitando esas causas». Me hallaba muy atareado pensando en eso y en el horrible olor que producía el ungüento, cuando el Maestro indio volvió a golpear su atril y dijo: —Esta es la Primera de las Nobles Verdades. Ahora tratemos de la Segunda de las Nobles Verdades.

»Gautama pronunció su sermón para sus discípulos, los que antes le abandonaron cuando la Enseñanza había perdido gran parte de su sensación, pero que habían vuelto a ser discípulos de Gautama. Les dijo: "Sólo os enseño dos cosas, el sufrimiento y la liberación del sufrimiento. Ahora bien, esta es la Noble Verdad en cuanto al origen del sufrimiento. Es la sed insaciable que causa la renovación de los renacimientos; y esa insaciable sed va acompañada de delicias sensuales y busca su satisfacción ahora aquí y luego allá. Toma la forma de afán de satisfacer los sentidos, de sed de prosperidad y de posesiones mundanas".

»Como se nos ha enseñado, el sufrimiento sigue a algo que hemos hecho mal, es el resultado de una actitud equivocada respecto al resto del mundo. El propio mundo

no es un mal sitio, pero algunas de las personas que viven en él lo hacen aparecer peor y son nuestra actitud y nuestras propias faltas las que hacen que el mundo parezca tan malo. Todos tienen deseos, afanes o apetitos que le llevan a uno a hacer cosas que, en un estado de ánimo más equilibrado, cuando se ve libre de tales pasiones y apetitos, no haría.

»La Gran Enseñanza del Buda fue que quien anhela no puede ser libre y una persona que no es libre no puede ser feliz. Por tanto vencer el deseo anhelante es dar un gran paso hacia la felicidad.

»Gautama enseñó que toda persona ha de hallar la felicidad para sí misma. Dijo que hay una felicidad que no produce contento sino que es sólo pasajera y es el tipo de felicidad que una persona logra cuando él o ella quieren estar siempre cambiando, contemplando nuevas vistas y conociendo a nuevas personas. Ésa es la felicidad transitoria. La verdadera felicidad es la que le da a uno una profunda satisfacción y libra al alma de uno del descontento. Gautama dijo: "Cuando yendo tras la felicidad me he dado cuenta de que se desarrollan malas cualidades y se disminuyen las buenas cualidades, entonces hay que evitar esa clase de felicidad. Cuando yendo tras la felicidad he visto que disminuían las malas cualidades y se desarrollaban las buenas, esa felicidad es la que hay que seguir".

»Así, debemos dejar de perseguir las engañosas realidades de la carne, las cosas que no resistiríamos en el próximo mundo; tenemos que dejar respirar a la satisfacción y a deseos que crecen más mientras más los alimentamos y, en cambio, hemos de pensar en qué estamos buscando y en cómo lo encontraremos. Debemos pensar en la naturaleza de nuestros deseos, en la causa de éstos y, después de haber conocido la causa de nuestra apatencia, procuraremos suprimir esa causa.

Nuestro Maestro se entusiasmaba con su tema. Estaba

también un poco trastornado con la peste del ungüento herbal pues dijo: —Tendremos un descanso por ahora, pues no quiero recargar demasiado vuestra mentalidad que, me doy cuenta de ello, no es en absoluto la mentalidad de mis estudiantes indios.

Recogió sus papeles y los metió en su cartera. La cerró cuidadosamente y contuvo la respiración al pasar junto a mí. Durante unos breves instantes los demás muchachos quedaron inmóviles esperando a que se apagaran sus pasos a lo lejos. Luego uno se volvió hacia mí y dijo: —¡Puaf, Lobsang, cómo apestas! Debe de ser porque te has mezclado con los diablos volando arriba y abajo del cielo con ellos. —Respondí muy razonablemente—: Bueno, si he andado con los diablos no debo de haber ido al cielo con ellos sino en dirección contraria pero, como todos saben, fui hacia arriba. —Nos dispersamos y cada uno fue por su lado. Me acerqué a la ventana y miré por ella pensativo, preguntándome lo que estaría haciendo mi Guía en aquella lamasería y cómo pasaría yo el tiempo con aquel Maestro indio al que tenía tanta antipatía. Pensé que, si era tan buen budista como él se imaginaba, debería tener más comprensión para los chicos. Mientras estaba yo allí se acercó a toda prisa un joven lama. —¡Lobsang! —dijo—. Ven en seguida, el Recóndito quiere verte. —Y añadió—. ¡Bah! ¿Qué has hecho?

Le conté lo de mi ungüento herbal y me dijo: —Vamos en seguida al enfermero para ver qué puede hacer para librarte de esa peste antes de que veas al Recóndito. Ven, rápido.

Capítulo cinco

Juntos corrimos por el pasillo hacia la enfermería. ¿JUNTOS? ¡No, en absoluto! El joven lama era el que corría y yo le seguía cojeando. Le seguía porque me agarraba por mi túnica y me remolcaba. Murmuraba y gruñía cuanto le permitía su falta de respiración. Yo había salido volando al tejado... y ahora todos me empujaban para que me diera prisa. Desde luego, ya casi CREÍA que estaba a punto de estallar. ¡Ay! Me preguntaba lo que pensaba o sabía el Recóndito.

Dimos la vuelta al corredor y llegamos. El enfermero tomaba tsampa. Al vernos se detuvo y nos miró. Tenía la boca abierta al verme y su mano vacilaba entre la escudilla y la boca. —¿Otra vez tú? ¿Tú? ¿Qué has hecho esta vez? —el joven lama, tartamudeando de excitación, inquietud y falta de respiración, lanzó una confusa cascada de palabras casi tropezando con su propia lengua de tan rápido como quería hablar.

—El Recóndito quiere ver a Lobsang AHORA. ¿Qué podemos hacer? —El enfermero suspiró al dejar la escudilla y se limpió los dedos en su túnica—. No sólo lo verá sino que lo OLERÁ si lo llevo así —dijo el joven lama muy agitado—. ¡Ay, ay! ¡Qué podemos hacer para quitarle esta peste? —el enfermero chasqueó la lengua y en seguida se puso muy serio al pensar en el Recóndito. —¡Ah! —dijo—. Sólo lo hice por broma. Estaba ensayando un nuevo ungüento y tuve la ocasión de probarlo en él. Casi es un ungüento que puede untarse en postes y paredes para alejar a los perros con su olor, pero también es «un ungüento para golpes». ¡Ahora déjame pensar!

El joven lama y yo nos miramos desconcertados. Era lógico que aquel ungüento me hiciera repelente si era

para asquear a los perros, pero ¿qué hacer ahora? De modo que el viejo me había gastado una broma, pero pensé que esa broma se volvía contra él pues, ¿cómo iba a librarme del olor antes de que se enterase el Dalai Lama del asunto? Se puso en pie de un salto y chasqueó los dedos de satisfacción. —Quítate la túnica —me mandó—. Me la quité mientras el enfermero iba a la habitación contigua. Pronto salió de allí con un cubo de cuero lleno de un líquido que olía muy bien. Me echó por encima el contenido del cubo.

Aquel líquido me hacía saltar pues era astringente y yo creía que la piel se me iba a despellejar. Con un trapo me frotó el cuerpo dejándolo muy colorado pero oliendo muy bien. —¡Ya está! —exclamó con gran satisfacción—. Me has dado mucho quehacer y quizás un tratamiento doloroso como éste te quite las ganas de venir, excepto cuando no tengas más remedio. —Pasó a la otra habitación y volvió con una túnica limpia—. Póntela —me mandó—. No podemos mandarte ante el Recóndito con aspecto de espantapájaros. —Me vestí, temblando y sintiendo grandes picores. La basta tela de la túnica empeoró las cosas, pero al joven lama y al enfermero no parecía importarles. —¡Rápido! ¡Rápido! —dijo aquél—. No debemos perder tiempo. —Me agarró por un brazo y me sacó de la habitación. Salí a desgana dejando perfumado el suelo. —¡Espera! —exclamó el enfermero—. ¡Hay que ponerle sandalias! —Muy agitado, desapareció y volvió a salir llevando un par de sandalias. Metí los pies en ellas y me encontré con que eran lo bastante grandes para una persona de dos veces mi tamaño.

—¡Au! —exclamé con gran pánico—. Son demasiado grandes. Tropezaré o las perderé. ¡Quiero las mías! —El enfermero me soltó—: Por poca cosa te alteras. ¡Espera! Tengo que prepararte adecuadamente para que no te caigas en presencia del Recóndito y no pague yo las

consecuencias. —Por fin sacó un par de sandalias que me venían mejor—. ¡Anda! —exclamó—. ¡Y no vengas por aquí si no te estás muriendo! —Se volvió muy enfadado y prosiguió su interrumpida comida.

El joven lama jadeaba de preocupación e impaciencia. —¿Cómo explicaré la tardanza? —preguntó como si yo fuese a responderle. Fuimos lo más aprisa posible por el corredor y pronto nos alcanzó otro lama—. ¿Dónde habéis estado? —preguntó algo desesperado—. El Recóndito está esperando ¡y no le gusta que le hagan esperar! —No era aquélla la ocasión de dar explicaciones..

Nos apresuramos por el corredor, subimos al piso de arriba, luego al de encima y por fin a otro. Llegamos a una gran puerta guardada por dos inmensos vigilantes. Al reconocer a los dos jóvenes lamas, se apartaron y entramos en las habitaciones particulares del Dalai Lama. De pronto el primer joven lama se paró y me empujó contra una pared. —¡Estáte quieto! —dijo—. Tengo que ver si estás bien arreglado. —Me miró arriba y abajo tirando de una arruga aquí y alisando un pliegue allá—. Date la vuelta —me mandó mientras me miraba cuidadosamente, confiando en que yo no estuviera más desarreglado que un pequeño acólito corriente. Volví la cara hacia la pared. De nuevo tiró de mi túnica y la alizó—. Eres el chico de las piernas heridas y el Recóndito lo sabe. Si él te dice que te sientes, hazlo con la mayor soltura que puedas. Bueno, ahora date la vuelta. —La di y noté que el otro joven lama se había marchado. Nos quedamos allí de pie esperando hasta creer yo que mis rodillas no resistirían más. Tanta prisa y luego esperar tanto, pensé. ¿POR QUÉ tengo que ser monje?

La puerta interior se abrió y apareció un lama anciano. El joven lama se inclinó y se retiró. El alto funcionario, pues eso era el lama anciano, se me quedó mirando de arriba abajo y preguntó: —¿Puedes andar sin ayuda? —Le repliqué: ¡Santo Maestro! Ando con dificult-

tad. —Entonces, ven —dijo, volviéndose y conduciéndome lentamente a otra habitación, cruzándola y entrando por un pasillo. Llegado a una puerta, llamó en ella y entró haciéndome una señal para que me quedase afuera. —Vuestra Santidad —oí que decía su voz respetuosa—. Éste es el muchacho Lobsang. No anda bien. El enfermero dice que está mal herido y que sus piernas no están todavía curadas. —No pude escuchar la respuesta, pero el viejo lama salió de aquella habitación, entró en la que yo estaba y me murmuró—: Pasa e inclínate tres veces y luego anda cuando te lo digan. Anda lentamente y no te caigas. ¡Entra ahora!

Me tomó delicadamente por un brazo y me hizo pasar diciendo: —¡Vuestra Santidad, el chico Lobsang! —antes de salir y cerrar la puerta detrás de mí. Cegado de emoción y de miedo me incliné tres veces, vacilante, en la que yo creía era la dirección acertada. —¡Ven, muchacho, ven y siéntate aquí! —dijo una voz profunda y cálida, una voz que yo había oído una vez durante una visita anterior. Levanté la vista y vi primero la Túnica Azafrán brillando suavemente al darle el sol que entraba por la ventana. ¡La Túnica Azafrán! Por encima de ella, un rostro amable pero firme, el de alguien acostumbrado a tomar decisiones. El rostro de un hombre BUENO, nuestro Dios en la Tierra.

Estaba sentado en una pequeña plataforma elevada sobre el suelo.

Los cojines rojos sobre los que reposaba contrastaban con el color azafrán de su túnica. Estaba en la posición del loto, con las manos entrelazadas ante él y las rodillas y los pies cubiertos con un paño dorado. Frente a él había una mesa baja con sólo unos cuantos objetos: una campanilla, una Caja de Encantos, una Rueda de Plegarias y documentos de Estado. Tenía entonces un bigote y los extremos de éste caían un poco por debajo de su barbilla. Sonreía benignamente, pero también había

en su cara muestras de sufrimiento. Ante él, al lado de la mesita, había dos cojines en el suelo. Me entregó éstos diciéndome: —Sé de tu incapacidad; siéntate lo más cómodo que puedas. —Me senté, agradecido, pues tanta prisa y excitación me habían afectado y temblaba de cansancio—. ¿De modo que has tenido unas aventuras? —dijo Su Santidad—. He oído hablar mucho de eso; debe de haber sido aterrador para ti. —Miré a aquel Gran Hombre tan lleno de bondad y de conocimientos. Ahora, bien lo sabía, tendría que contarle lo que de verdad había sucedido, pues no quería engañarle. Muy bien, me expulsarían por haber infringido la Ley y haber subido demasiado alto. Pero no importaba, pues sería barquero, constructor de cometas o —me emocionaba pensarlo— incluso podría viajar a la India y hacerme mercader.

El Recóndito me miraba fijamente y me sobresalté al darme cuenta de que me había estado hablando. --¡Vuestra Santidad! —dije—. Mi Guía, el Lama Mingyar Dondup, me ha dicho que sois el hombre más grande que hay en el mundo y no puedo ocultaros la verdad. —Me interrumpí y tragué la saliva que se me había acumulado—. Vuestra Santidad —dije con voz débil—. Esta mañana me levanté y subí a... —¡Lobsang! —dijo el Recóndito, brillándole de placer el rostro—. No me digas más, ya lo sé, pues también yo he sido un niño, hace tanto tiempo de eso —se calló y estuvo mirándome pensativo—. Te advierto —dijo-- que no debes hablar nunca de esto con otra persona, has de callar sobre lo que de verdad ocurrió. Si no, te expulsarán, como lo ordena la Ley. —Un momento meditó profundamente y luego añadió meditabundo—: A veces es conveniente tener un «milagro» pues fortalece la fe de los hermanos inferiores y más débiles. Necesitan lo que creen que es una prueba, pero si se examina muy de cerca la «prueba», muchas veces resulta ser sólo una ilusión, aunque la «ilu-

Sión» de la que se buscaba la «prueba» es verdaderamente la Realidad.

A media mañana el sol llenaba la habitación de luz dorada. La túnica azafrán del Recóndito relucía y parecía estar casi incendiada mientras un vientecillo osaba arrugar sus pliegues. Los cojines rojos tenían un halo y producían rojizos reflejos en el suelo pulimentado. Una pequeña Rueda de Plegarias se movía despacio impulsada por la débil brisa y sus incrustaciones turquesas lanzaban rayitos azules en el aire dorado. Casi perezosamente el Recóndito tendió una mano, cogió la Rueda de Plegarias, la miró reflexivamente y volvió a dejarla en su sitio.

—Tu Guía, Hermano mío en Santidad, Mingyar Dondup, te encomia mucho —dijo Su Santidad—. Y lo mismo dicen quienes te conocen bien. Tienes una gran tarea que realizar en la vida y cada vez dependerás más de tu Guía y de hombres como él, de modo que serás apartado cada vez más de las clases y tendrás enseñanza privada de mucha mayor altura. —El Recóndito se calló y me miró, sonriéndole los ojos—. Pero tendrás que seguir asistiendo a ese curso de conferencias por nuestro visitante indio —añadió.

Aquello me impresionó. Estaba tratando de evitar a aquel hombre horrible esperando que la gran experiencia por la que había pasado me libraría de la conferencia de cada tarde. El Recóndito continuó: —Tu Guía regresará a última hora de esta noche o mañana temprano, según me ha informado, y volverás con él a la Montaña de Hierro para seguir tus estudios especializados. Los Sabios han decidido tu futuro; éste será difícil de todos modos, pero mientras más estudies AHORA, más probabilidades tendrás más adelante. —Me dirigió un gesto amable y cogió su campanilla. La hizo sonar musicalmente llamando al lama viejo, que acudió presuroso. Me puse en pie con cierta dificultad, me incliné tres veces

trabajosamente, hice tres reverencias, torpemente llevándome la mano al pecho para que no se me cayeran el cuenco ni otras cosas como antes y me retiré andando hacia atrás, casi rezando para no tropezar y caer.

Una vez fuera, secándome el sudor y apoyándome en la pared, me pregunté: ¿Y AHORA QUÉ? El vejo lama me sonrió (ya que me había bendecido el Recóndito) y dijo amablemente: —Bueno, chico. Ha sido una larga entrevista para un niño. Su Santidad parecía contento contigo. Ahora —y miró a las sombras—, ahora tienes que comer e irte luego a la clase sobre budismo indio. Bien, pequeño, tienes que irte ya. Este funcionario te llevará más allá de los guardias... —Volvió a sonreírme y se alejó. El joven lama que me había acompañado antes apareció tras un biombo y me dijo—: ¡Ven por aquí!— Lo seguí casi cojeando pensando que aquel día, que ni siquiera había pasado a medias, era ya como toda una semana.

De nuevo fui a la cocina y pedí un poco de tsampa. Esa vez me trataron con respeto, pues había estado en presencia del Recóndito ¡y ya se sabía que yo le había causado muy buena impresión! Después de haber tomado a toda prisa mi comida, y oliendo aún muy bien, fui hacia la clase.

De nuevo estaba nuestro Maestro ante el atril diciendo: —Y ahora tenemos la Tercera Verdad Noble, una de las Verdades más breves y sencillas.

»Como pensaba Gautama, cuando se deja de anhelar una cosa ya no sufre uno respecto a esa cosa; el sufrimiento termina con la absoluta supresión de deseos.

»Cuando una persona tiene deseos, suele anhelar los bienes de otra persona, se hace ambicioso, ansía lo que posee esa otra persona y, cuando no puede tener esas cosa, le invade el resentimiento y tal persona toma antipatía a quien posee los deseados bienes. Eso da lugar a decepción, ira y dolor.

»Si uno desea algo que no puede tener, surge la desgracia. Los actos que vienen de los deseos nos llevan a la infelicidad. Se logra la felicidad cuando uno no ambiciona ya, cuando se toma la vida como viene, lo bueno con lo malo.

El indio pasó unas páginas, vaciló un poco y luego dijo: —Ahora llegamos a la Cuarta de las Cuatro Nobles Verdades, pero la Cuarta de éstas ha sido dividida en ocho partes llamadas la Santa Senda óctuple. Puede uno dar ocho pasos hacia la liberación de dos deseos de la carne para obtener la liberación de los anhelos. Los repasaremos. El primero es:

»1) *El Punto de Vista acertado*. Como enseñó Gautama, hay que tener el punto de vista acertado sobre la infelicidad. Una persona que se siente desgraciada ha de saber con exactitud por qué lo es, debe investigar por sí mismo y descubrir la causa de su infelicidad. Cuando una persona ha descubierto por sí misma qué le hace desgraciada, esa persona puede hacer algo para lograr la cuarta de las Cuatro Nobles Verdades, que es... ¿Cómo puedo lograr la felicidad?

»Antes de que podamos proseguir el viaje de nuestra vida con mente tranquila y que llevemos una vida como ésta ha de ser, debemos saber cuáles son nuestros objetivos. ¿Qué nos lleva al segundo paso de la Santa Senda Óctuple?:

»2) *Recta Aspiración*. Cada cual «aspira» a algo y puede ser una ganancia mental, física o espiritual. Puede consistir en ayudar a otros, o bien en ayudarnos a nosotros mismos. Pero, desgraciadamente, los seres humanos están muy desorientados, les falta dirección, están confusos, son incapaces de percibir lo que debieran. Tenemos que librarnos de todos los falsos valores, de todas las palabras falsas y ver claramente qué somos y qué deberíamos ser, así como lo que deseamos. Hemos de renunciar a los falsos valores, que indudablemente conducen a la des-

gracia. La mayoría de la gente sólo piensa en «Yo», «a mí» y «mío». La mayoría están demasiado centrados en sí mismos y no se preocupan por los derechos de los demás. Es esencial que nos miremos a nosotros mismos como un objeto que ha de ser estudiado, que nos observemos como se observa a un extraño. ¿Os gusta ese extraño? ¿Os gustaría que fuera vuestro amigo íntimo? ¿Qué os parecería vivir junto a él toda una vida, comiendo con él, respirando junto a él, durmiendo con él? Debéis tener las rectas aspiraciones antes de triunfar en la vida, y de ellas se deduce que debéis tener:

»3) *Habla Acertada*. Lo cual significa que una persona debe controlar lo que dice, no ha de hablar vaciamente, no debe aceptar los rumores como si fueran hechos. Con el habla acertada siempre se debe dejar a la otra persona el beneficio de la duda y hay que callarse si lo que va uno a decir perjudica a otro, y hablar cuando lo que se dice es bueno, cuando hablar puede beneficiar. Puede ser el habla más mortal que una espada, más venenosa que el más venenoso de los venenos. El habla puede destruir a una nación. Así, se debe hablar adecuadamente y el habla recta surge de:

»4) *La Recta Conducta*. Si uno se conduce rectamente no hablará de modo incorrecto. Así, esa conducta contribuye materialmente al habla recta y a las rectas aspiraciones.

»*La Recta Conducta* significa que una persona no dice mentiras, no bebe tóxicos, ni roba.

»Gautama enseñó que somos el resultado de nuestros pensamientos. Lo que somos ahora es el resultado de lo que nuestros pensamientos nos han hecho ser en el pasado. Así, si ahora pensamos rectamente, si nos conducimos ahora como es debido, estaremos "acertados" en alguna ocasión próxima futura.

»Gautama afirmó: "Nunca hace el odio cesar al odio en ocasión alguna: al odio sólo puede vencerlo el amor".

También dijo: "Que un hombre venza mediante el amor el odio de otro, que deshaga el odio de otro por su propio amor".

»Como me enseñaron tantas veces, no debe dar uno pruebas de habilidades extrasensoriales, no debe atacar a quienes le atacan a uno, pues según los dichos de Gautama no debemos atacar a quienes nos atacan con insultos, palos o piedras. Gautama dijo: "Si alguien te maldice, debes suprimir todo resentimiento y decidir que tu mente no se perturbará ni saldrá de tus labios ninguna palabra irritada. Permanecerás amable, amistoso y sin resentimiento".

»Nuestra creencia budista es el Camino Intermedio, código de vida, código de hacerles a los otros lo que uno habría querido para sí mismo... Lo siguiente de la Santa Senda Óctuples:

»5) *Recta Vida*. Según las Enseñanzas de Buda, ciertas ocupaciones eran dañinas para el hombre, ciertas ocupaciones que no debía tener el verdadero budista. Por ejemplo, un verdadero budista no debía ser carnicero ni vendedor de pescado, ni mercader de esclavos ni ser dueño de éstos. Un budista no debe distribuir ni tomar licores. El buen budista, en tiempos de Gautama, era necesariamente un hombre que iba por ahí solo o que vivía en un monasterio.

»6) *Recto Esfuerzo*. Lo del Recto Esfuerzo tiene un significado especial: que uno debe avanzar a la velocidad que le sea más adecuada por la Santa Senda óctuple. Una persona que desea progresar no debe ser impaciente y moverse demasiado rápido antes de haber aprendido las lecciones que hay que aprender. Pero es preciso insistir en que ese buscador no debe retirarse con falsa modestia, con falsa humildad. Una persona no puede progresar más que a su propio paso.

»7) *Rectitud de Propósito*. Lo que controla los actos del Hombre es la mente del Hombre. El pensamiento es

el padre del hecho; si pensáis en algo que es el primer paso para hacer una cosa, puede haber algunos pensamientos que sean inarmónicos. Los deseos físicos pueden distraerlo a uno o causarle algún daño. Puede uno desear demasiado alimento o excesivamente bueno; ese deseo no le causa a uno dolor, pero sí el comer demasiado. De los excesos en la comida viene desgracia y dolor, que también los causa el excesivo deseo de comer.

»El budista debe recordar que los sentimientos son de corta vida, y que vienen y se van como el viento, el cual cambia constantemente. Las emociones son inestables y no puede uno fiarse de ellas. Hay que entrenarse para tener en todo tiempo la Rectitud de Propósito aparte de los deseos transitorios de uno.

»8) *Recta Contemplación*. Como sabía bien Gautama, el yoga no era en modo alguno la respuesta a la aspiración espiritual, el yoga sólo es una serie de ejercicios para que la mente controle al cuerpo físico y se proponen dominar al cuerpo mediante la mente. No sirve para dar elevación espiritual.

»En la Recta Contemplación tiene uno que controlar los pensamientos irrelevantes y ha de conocer uno mediante ella las propias y verdaderas necesidades. Con la Recta Contemplación se puede meditar —contemplar— de modo que sin razonar se puede llegar intuitivamente a una conclusión en cuanto a lo más conveniente para sí mismo o a lo que es malo para uno.

La voz del Maestro indio se paró y pareció volver al presente. Sus ojos pasaron sobre todos nosotros y luego se fijaron en mí. Tú! —dijo señalándome con un dedo tendido—. Quiero hablar unas palabras contigo. Sal al corredor. —Me levanté lentamente y fui hacia la puerta. El Maestro indio me siguió y cerró la puerta. Volvió a abrirla, miró hacia adentro de la clase y dijo: —Chicos, estad callados. Que no oiga yo ni el menor ruido de

aquí. Estaré ahí afuera. —Cerró de nuevo la puerta—. Bueno —me dijo—. Has ido a ver al Dalai Lama. ¿Qué te ha dicho? —Honorable Maestro —exclamé—. Se me ha advertido que no diga nada de lo que se ha hablado allí, ni una palabra. —Me gritó furioso—: ¡Soy tu Maestro; te ordeno que me lo cuentes! —Yo insistí—: No puedo decírselo, señor. Sólo puedo repetirle que se me ha prohibido que cuente lo que se dijo allí. —Estaba furioso—: Denunciaré tu insolencia y tu desobediencia y diré que eres muy mal discípulo. —Entonces se agachó hacia mí y me pegó violentamente a derecha e izquierda de mi cabeza. Se volvió y entró en la clase. Llevaba la cara colorada de irritación. Le seguí y me senté de nuevo en mi sitio.

El Maestro indio volvió a su atril y recogió sus papeles. Abrió la boca en el mismo instante en que entró un lama. —Honorable señor —le dijo el lama—, debo pedirle que vaya a ver al Señor Abad y tengo instrucciones de continuar esta clase. —Malhumorado, el Maestro indio le dio al lama un resumen muy superficial de lo que él había hablado, le dijo que le faltaba ocuparse del Nirvana, y añadió—: Me agrada mucho dejar esta clase y espero no volver a ella. —Metió en la cartera de cuero todos sus papeles, la cerró enfadado y salió de la habitación dejando al lama bastante extrañado de su mal genio. Sonreíamos porque sabíamos que las cosas irían ahora mejor, pues aquel lama era lo bastante joven para comprender los sentimientos de los chicos. —Muchachos —nos dijo—, ¿cuánto tiempo lleváis en esta conferencia? ¿Habéis comido? ¿Quiere alguno de vosotros salir por unos momentos? —Todos le sonreímos y le aseguramos que no teníamos prisa por salir. Movió la cabeza con satisfacción mientras se acercaba a la ventana y miraba hacia fuera durante unos momentos.

Capítulo seis

El lama que había sustituido al indio echó a un lado el atril y se sentó en la postura del loto frente a nosotros en la plataforma algo elevada que había en todas las clases tibetanas. Durante las comidas en nuestros comedores había altos atriles ante los cuales se sentaba un Lector o se quedaba de pie, pues siempre mientras comíamos nos leían para que nuestras mentes se llenaran de pensamientos a la vez que nuestros estómagos se llenaban de tsampa. No se consideraba correcto comer y pensar en los alimentos. Era costumbre que se dieran conferencias hallándose el conferenciante en pie ante el atril y pronto nos dimos cuenta de que el hecho de que nuestro nuevo Maestro se sentase ante nosotros revelaba que era un hombre diferente.

—Bien —dijo—, habéis escuchado lo referente a la Rectitud de Propósito y espero que estaréis ya bien dispuestos, puesto que la mente es la causa de la mayoría de las desventuras humanas. Los deseos físicos pueden ser muy molestos en una comunidad monástica, sobre todo si en ella todos son célibes. Así, es necesario controlar la mente pues al crear la rectitud de propósito podemos evitar la infelicidad que surge cuando deseamos todas las cosas que bien sabemos que no podemos tener.

»Ya sabéis que el Buda siempre enseñó que los hombres suelen ser desorientados por lo que pudiéramos llamar el impacto visual. Por lo general, los hombres tienden a idealizar a las mujeres. —Miró a un muchacho bastante crecido y le sonrió al decir—: Sé que un joven caballero como tú, que a veces acompaña a un monje a la plaza del mercado, bien pudiera ser llamado a veces «Ojos giratorios», pero el Buda enseñó que esas cosas no son buenas para el monje porque el deseo va más lejos que la

acción. El pensamiento nos hace hacer cosas que sabemos están mal.

Nos fue mirando a todos nosotros y sonrió al decir: — Debemos tomar por el Camino Intermedio y no ser demasiado buenos ni demasiado malos. Hay una historia sobre un caminante que recorría una carretera. Poco antes había visto pasar a una hermosa mujer y sentía gran deseo de trabar amistad con ella. Desgraciadamente, había tenido que apartarse entre unas matas para un propósito que no necesitamos explicar aquí y temía que, en ese tiempo, la joven se hubiera adelantado. Vio acercarse a un viejo monje budista y le paró, diciéndole: «¿Quiere usted decirme, Honorable Maestro, si ha visto pasar a una bella joven por aquí?». El viejo monje le miró desconcertado y respondió: «¿Una bella joven? No puedo decírselo. He sido educado en la rectitud de propósito y sólo puedo decirle que hace algún tiempo pasaron junto a mí unos huesos pero no puedo decir si eran de un hombre o de una mujer, pues no me interesaba».

El lama contuvo una risita mientras decía: —Esa es la rectitud de propósito llevada más allá de los límites razonables, en realidad hasta un extremo absurdo. Sin embargo, prosigamos con ese tema que suele ser muy mal interpretado.

Siguió diciéndonos que la Óctuple Senda tenía un objetivo, desde el cual quienes seguían esa Senda lograban una finalidad muy deseada, conseguían el Nirvana. Y el Nirvana significa la cesación del deseo, el fin del resentimiento y de la codicia. Al terminarse la codicia y otras apetencias del cuerpo, un hombre o una mujer pueden lograr un estado de felicidad.

El Nirvana es la liberación del cuerpo, la liberación de los apetitos y de la glotonería de la carne. No implica en absoluto el cese de toda experiencia ni tampoco el cese de todo conocimiento ni de la vida toda. Es inexacto decir que el Nirvana significa la existencia en un estado

de nada; ése es un error que divulgan las personas ignorantes que hablan de cosas que no entienden. El Nirvana es hallarse libre de concupiscencia, libre de las varias hambres de la carne. El Nirvana no es sólo una bendita contemplación sino, en cambio, la plenitud del conocimiento espiritual y la liberación de todos los deseos corporales. El estado de Nirvana es un estado puro en cuanto se refiere al deseo de cosas físicas. Pero incluso cuando se ha conseguido el Nirvana, es decir, la libertad en cuanto a los deseos de la carne, sigue uno aprendiendo cosas espirituales y avanzando en otros planos de la existencia.

Los budistas creen en la Ronda de la Reencarnación, creen que la humanidad ha nacido para la Tierra, vive en la Tierra, luego muere y vuelve a la Tierra en un cuerpo diferente, que renace en ella para que las lecciones no aprendidas durante una vida pasada puedan ser asimiladas.

El Nirvana no es un lugar que pueda señalarse en un mapa. Es un estado mental, una condición de la mente. Es la condición de ser meditabundo; meditar es una de las grandes virtudes del buen budista, mientras que se detesta la irreflexión.

El Nirvana no significa la pérdida de la conciencia personal al cesar la vida en la Tierra, sino precisamente lo contrario. Hay también un Nirvana más avanzado que en el lenguaje indio se llama Parinirvana.

—Un buen budista —dijo nuestro lama Maestro— es una persona verdaderamente feliz dedicada a ayudar a los otros, alguien que piensa en los demás. El buen budista no respeta ni reconoce los títulos o castas que existen en países como la India, pues un hombre no logra un estado de felicidad por la condición de sus padres. El nacimiento no le permite a uno descubrir cómo se vence al sufrimiento y la bolsa de los padres de una persona nada tiene que ver con eso. La única manera de buscar

la liberación de los malos deseos es seguir la práctica Óctuple Senda que le da a uno autoconocimiento y cuando uno posee éste tiene también inacabable felicidad. El lama nos fue mirando a todos y dijo: —Supongo que pensáis que nosotros los budistas tenemos el mayor número de seguidores que posea una religión en este mundo y que creéis que somos los más importantes. Pues bien, no es así, pues actualmente sólo la quinta parte de la población de este mundo somos budistas. Hay budistas en Tailandia, Ceilán, Birmania, China, Japón, Corea, el Tibet y algunos en la India. Hay diferentes formas de budismo. Y todas ellas salen de la misma fuente; por tanto está claro que no debe haber roces entre nosotros ya que todos procedemos del mismo padre. Podemos pensar de diferentes manera unos de otros. Mucho más adelante trataremos en nuestra conferencia de los diversos usos de la religión, pero por ahora quiero que recitéis «Los refugios».

Los tres refugios:

*Me refugio en el Buda. Me
refugio en la Doctrina. Me
refugio en la Orden.*

Dijo el lama luego: —Vosotros, muchachos, debéis recitar eso por la mañana y antes de retiraros por la noche. Debéis grabarlo bien en vuestro subconsciente. Habéis de considerarlo como un simbolismo de la Gran Renuncia del Fundador del Budismo cuando salió del palacio de su familia y se puso el hábito de monje.

»Vosotros, muchachos —continuó—, debéis renunciar a los atractivos de la carne. Os prepararéis para ser jóvenes de buen temple, de buena conducta, jóvenes de pensamientos puros, pues en el futuro de este país habrá días de dolor y de maldad, pasarán cosas terribles a nuestro amado país y será necesario que jóvenes de buena volun-

tad hagan frente a lo que, para nosotros, es la gran incógnita y que mantengamos viva a nuestra cultura. Por tanto, vosotros, los de esta generación, debéis estudiar y purificaros, pues nosotros, los de generaciones más viejas, no podemos seguirlos.

Nos dijo: —En vuestros viajes conoceréis a muchos budistas Zen. Os preguntaréis si son necesarias sus austeridades, pues para el budista Zen todos los que enseñan y cuanto sirve para enseñar —ya sean libros o escrituras— sólo son indicadores con un dedo extendido que señalan la Senda que debemos tomar. Pensad en la gente que habéis visto, pensad cuando veáis a nuestros peregrinos caminando por la Ruta del Rey; observad cómo cuando algún guía o gitano señala algo, por ejemplo uno de nosotros en nuestras ventanas, la mirada del peregrino invariablemente sigue al dedo que señala en vez de al objeto señalado. Es un hecho que el ignorante siempre mira al dedo indicador más que a la dirección en la que éste señala. Ése es un hecho conocido para la secta del budismo llamada la de los budistas Zen. Es su creencia que sólo puede conocer uno la verdad por su experiencia personal de ella. No sólo puede ser conocida la verdad escuchando la palabra viva ni leyendo la página impresa. Únicamente puede uno obtener provecho con experiencias personales efectivas.

»Se le insiste a uno en que lea y estudie las Escrituras y que escuche con atención las eruditas conferencias de los sabios. Pero todas las palabras impresas y todas las escritas sólo deben servir como combustible para el trabajo de la propia mente, de modo que cuando uno logra una experiencia podrá relacionarla con las Grandes Verdades que exponen otros. —Sonrió y dijo—: Todo esto significa que no podéis llegar lejos siendo sólo teóricos sino que debéis ser prácticos a la vez que estudiosos de la palabra escrita. Un retrato vale más que mil palabras, pero una experiencia vale más que mil retratos.

Vaciló un momento, se volvió y miró por la ventana. Me latió el corazón porque pensé que quizá viera desde allí a mi Guía el lama Mingyar Dondup regresando de la lamasería de la Valla de las Rosas Silvestres. Pero no, de nuevo nos miró el lama Maestro y dijo: —Voy a deciros algo que indudablemente os sorprenderá y os hará pensar que los budistas Zen son salvajes sin culto. ¡Y además salvajes sacrílegos! Hace algún tiempo había en el Japón un Maestro muy famoso, un hombre que era reverenciado por sus elevados ideales, por su profundo conocimiento y su austero modo de vivir. Llegaban estudiantes de todo el mundo oriental para inclinarse a los pies de aquel Maestro y estudiar con él. Un día estaba pronunciando una conferencia muy especial en uno de los solemnes templos, uno adornado con muchas estatuas de los Mil Budas, estatuas muy hábilmente esculpidas en raras y exóticas maderas. Los estudiantes atendían con inmenso interés al Maestro y entonces éste se detuvo en medio de su conferencia y los estudiantes contuvieron la respiración preguntándose qué iría él a decir, pues tenía merecida fama de ser muy excéntrico.

»Entonces este sabio se volvió y tomó en sus manos el más próximo de las Budas de madera. Lo arrojó al fuego y los estudiantes se levantaron horrorizados. Durante unos momentos hubo un murmullo de conversación, protestas, agitar de manos, y pies que se arrastraban. Pero el sabio mantuvo la calma de espaldas al fuego y a la estatua del Buda que se quemaba. Cuando cesó la alteración dijo que todos tenían estatuas en sus mentes, que todos instalaban en ellas adornos, ídolos, cosas inútiles que ocupan allí espacio lo mismo que los inútiles ídolos de madera ocupan espacio en un templo. Como él dijo, la única manera de progresar es quemar lo que sobra en la mente de uno, destruir lo que impide el progreso. El Gran Maestro se volvió y pasó un dedo sobre uno de los Budas más altos; se volvió hacia la

clase y dijo: —Aquí hay polvo, polvo en un Buda, pero eso no es tan malo como el polvo de la mente. Destruiremos las imágenes esculpidas, destruiremos las falsas ideas que viven en nosotros, pues a menos que limpie uno su mente sucia como se limpia un sucio desván, no se progresará ni se alcanzarán las alturas mayores de la Senda».

Nuestro lama Maestro se rió de nuestras expresiones asombradas. Dijo: —¡Oh, sois unos conservadores! Esperad hasta que vayáis a alguna de las otras lamaserías, esperad hasta que os mováis entre la gente. Entonces os encontraréis algunos con que no os servirán las enseñanzas de la religión y aún hallaréis otros que se lavarán la boca antes de pronunciar el nombre de Buda para que su boca esté limpia antes de pronunciar nombre tan sagrado. Pero éstos son extremos y me refiero a los que convierten en un fetiche eso y a los que no les interesa la religión. Ésta es una disciplina que sólo sirve cuando se utilizan el sentido común, la moderación y el Camino Intermedio, pues entonces la religión puede resolver todos nuestros problemas. —No lo sé, pero supongo que debí de haber gruñido o hacer algo que atrajese su atención, pues vaciló un momento y luego lentamente se me acercó, se paró delante de mí y miró hacia abajo. —Lobsang —dijo—, pareces estar muy turbado, pues has tenido hoy una experiencia muy difícil, de lo Más difícil. Pero por tu expresión estoy seguro de que hay algo más que te trastorna y también tengo la seguridad de que se trata de algo más serio de que tu Guía no haya vuelto, ni venga hoy. Dime de qué se trata.

Deseé que se me abriera el suelo y me cayese a una de las cámaras volcánicas, pues debía reconocer que había estado pensando en cosas bastante raras. Para decirlo con toda sinceridad, estaba harto del modo como tenía que vivir y pensaba que quizás hubiera llegado el tiempo de cambiar. Mas valía acabar de una vez.

—Honorable Maestro —dije con cierta trepidación—, es verdad que estoy insatisfecho. Mi mente se halla en conflicto, mis pensamientos están revueltos, pues tengo que actuar de manera nada de acuerdo con mis propios deseos. Me he sentido penosamente turbado y al estar sentado en el Tejado Dorado luchando contra el viento y pensando que me esperaba la muerte, me alegraba al creer que ésta terminaría mis problemas.

El lama Maestro me miró con simpatía. Se recogió la larga túnica y se sentó junto a mí en el suelo, cruzando las piernas e instalándose en la postura del loto. —¡Lobsang! —dijo—. Discutamos este problema y te sugiero que tratemos de él con esta clase, pues no me cabe duda de que muchos de los jóvenes que hay aquí también se sienten turbados en una u otra ocasión. Llevo en el Potala muchísimo tiempo y quizá tus problemas de ahora hayan sido los míos en días pasados.

—Honorable Maestro —repliqué—, no me queda elección. Tuve que salir de un hogar rico. Me echaron mis padres, que eran desde luego muy poderosos y me dijeron que yo sería preparado para el sacerdocio. Como procedía de una familia de elevada posición me vi obligado a pasar por más penalidades que si hubiera sido de una humilde familia. Tuve que aprender más y más que sufrir. Sin culpa mía, se me quemó la pierna izquierda hasta el hueso. Se me partieron ambas piernas cuando me impulsó montaña abajo una tormenta, pero aunque cojeo y aunque padezco mucho dolor, tengo que seguir asistiendo a las clases. La verdad, Honorable Maestro, es que nunca he querido ser monje, pero no me ha quedado elección y he tenido que seguir este camino. Nada me ofrece la religión.

El lama me miró con mucha comprensión y dijo: —Pero, Lobsang, aún es muy pronto. La religión te ofrecerá mucho cuando comprendas lo que se encuentra en el Camino Intermedio, así como las reglas de esta vida y del

Más Allá. Luego te tranquilizarás y comprenderás mucho mejor qué es verdaderamente la vida. Pero en tu etapa actual, ¿qué quieres ser? —Miré desde el Tejado Dorado —le respondí— y vi al barquero del Río Feliz, y pensé: qué libre es esa vida, qué agradable remar arriba y abajo en un río que todos aman conociendo a personas interesantes, gente que llega de la India, los que van a China, gente que va más allá de las montañas para regresar al cabo de algún tiempo con conocimientos y artefactos extraños. Pero yo no soy más que un muchacho sujeto aquí a la disciplina, incapaz de hacer lo que quiero, teniendo que obedecer siempre las órdenes, obligado a aprender cosas que no me interesan, oyendo repetidamente que mi vida será difícil pero que estoy trabajando para una finalidad especial y que voy a realizar una tarea también especial. —Me interrumpí y me sequé con la manga el sudor de la frente. Luego continué—: ¿POR QUÉ siempre debo tener tantas dificultades?

El Maestro me puso una mano en un hombro y dijo: — Toda vida es como esta clase; venís aquí algunos de vosotros a disgusto y otros alegremente, pero todos acudís para aprender cosas y cada uno de vosotros debe aprenderlas al ritmo que pueda, pues nadie, ningún Maestro, es capaz de forzar vuestro desarrollo y si se pudiera hacer significaría que tenéis conocimiento imperfecto del asunto. Debéis progresar a vuestro propio paso, rápido o lento según vuestras capacidades, según vuestro propio deseo de conocimiento. Toda la vida es como una clase; venís a este mundo como venís a esta clase. Pero cuando salís de ella, a los varios minutos, será lo mismo que morir en esta vida, es decir, morir para la clase. Quizá mañana vaya a una clase diferente, lo cual vendrá a ser lo mismo que renacer en un cuerpo diferente con diferentes condiciones y en circunstancias distintas. No sabes lo que el Maestro va a enseñarte, no lo sabes, pero cuando en los años futuros vayas al gran mundo que hay más

allá de nuestras montañas, te encontrarás con que las cosas que has aprendido en esta clase y en otras te ayudarán enormemente en modos que ahora no puedes comprender.

—Eso es lo que mi Guía, el Lama Mingyar Dondup, me dice siempre —respondí—. Pero no sé cómo puedo hacerme a la idea de realizar algo que me haga desgraciado. El Maestro miró en torno suyo para ver lo que hacían los demás alumnos, pero estaban muy interesados en nuestra conversación, pues parecía que todos ellos tenían problemas semejantes al mío. A todos nosotros nos habían metido en lamaserías sin haberlo elegido. En mi propio caso ingresé cuando tenía siete años. Aquellos chicos escuchaban y todos nosotros éramos, en realidad, gente que andaba a tientas en la oscuridad total esperando que algún rayo de luz nos guiara.

Nuestro Maestro continuó: —Debes decidir qué sendas están abiertas ante ti. Tú, Lobsang, puedes quedarte aquí y ser monje o marcharte y ser barquero o fabricante de cometas o viajero por países más allá de las montañas. Pero no puedes ser todo eso al mismo tiempo. Tienes que decidir lo que vas a ser. Si quieres ser barquero, sal ahora de esta lamasería y no vuelvas a pensar en ella, no pienses más en ser monje sino sólo en ser barquero. Pero si vas a ser monje, como es tu destino, olvida lo de convertirte en barquero y dedica todos tus pensamientos a ser monje, pon todo tu deseo en estudiar cómo ser un buen monje. Mientras más pienses en ser un buen monje más fácil será para ti.

Uno de los otros chicos intervino diciendo muy excitado: —Pero, Honorable Maestro, también yo tuve que ingresar en una lamasería contra mis deseos. Quería ir a vivir al Nepal porque creo que allí sería más feliz.

Nuestro lama Maestro se puso muy serio y parecía que aquello era para él un asunto de extremada importancia en vez de sólo unas vagas fantasías de muchachos que

no sabían de qué hablaban. Dijo con mucha seriedad: —Pero, ¿acaso conoces muy bien al pueblo nepalí? ¿Has tenido verdadera experiencia con ellos, aparte de los poquísimos a los que has conocido? ¿Conoces los tipos más bajos del pueblo nepalí? Si no, caso de no haber estado frecuentemente en sus casas, no puedes saber si te gustaría. Digo que si deseas quedarte aquí en el Tibet debes dedicar todos tus pensamientos al Tibet. Pero si quieres ir al Nepal, deberías abandonar ahora el Tibet y marcharte al Nepal y no pensar más en el Tibet, pues si uno divide sus pensamientos también divide sus fuerzas. Podemos tener una buena corriente de pensamientos o de fuerza o bien tendremos las gotas sueltas de lluvia que cubren una amplia área, pero que carecen de fuerza. Cada uno de vosotros debe decidir por sí mismo lo que desea hacer, lo que quiere ser y, después de haberlo decidido ha de concentrarse de todo corazón y con la mente entera para lograr lo que quiere ser, pues si decidís ir al Nepal con la mitad de vuestra mente y la otra mitad decide quedarse en el Tibet, entonces estaréis todo el tiempo en un estado de indecisión, no dejaréis de hallaros preocupados y no podréis en ningún momento obtener la paz mental ni la tranquilidad. Ésa es una de las grandes fuerzas del Buda, una de las grandes Leyes que debéis recordar. Divide al enemigo y podrás dominarlo, permanece unido en ti mismo y podrás derrotar a un enemigo dividido. El enemigo puede muy bien ser la indecisión, el miedo y la incertidumbre.

Todos nos miramos unos a otros y pensamos en lo bien que nos comprendía este Maestro. Era mucho mejor tener allí un hombre con quien podíamos hablar y que nos respondía «hablando con nosotros» y no sólo a nosotros. Pensamos en nuestro Maestro indio y en la importancia que se daba. Dije: —Honorable Maestro, tengo que hacer una pregunta: ¿Por qué algunos lamas son tan crueles y otros tan comprensivos y amables?

El Maestro sonrió un poco y dijo: —Lobsang, es más bien tarde para tratar de tan importante asunto, pero te prometo que nos ocuparemos de estas cosas y también de los usos y abusos de las religiones. Pero creo que ya hemos trabajado bastante para un día, de modo que atenderemos cada uno de nosotros a nuestras propias ocupaciones. —Se puso en pie y todos los chicos se levantaron también. El lama comprendió mi dificultad y se inclinó, me rodeó con un brazo y me ayudó con toda calma y facilidad como si estuviera acostumbrado a hacerlo todos los días de su vida.

—Ahora marchaos, muchachos —dijo--, pues, si no, andaréis dando tumbos en la oscuridad de los corredores y no queremos que haya más impedidos con heridas en las piernas.

Todos los chicos salieron corriendo felices de que hubiéramos terminado más bien antes de lo habitual. El lama Maestro se volvió hacia mí antes de marcharse y me dijo: —Lobsang, tu Guía regresará mañana por la mañana; dudo de que lo veas hasta por la tarde o quizás hasta la noche, porque tiene que darles un informe especial al Recóndito y a los miembros del Consejo Superior. Pero ha enviado un mensaje diciendo que piensa en ti y el Recóndito le ha contestado con otro mensaje en el que comunica Su Santidad lo contento que está contigo. Y, Lobsang, ¡tu Guía tiene algo para ti! —Entonces me sonrió, me dio una palmadita en el hombro, se volvió y se alejó. Me quedé unos momentos pensando en por qué estaría contento de mí el Recóndito cuando yo tenía aún tan mal aspecto, tan disminuido y cuando, según los otros, había causado tantos trastornos, y también me admiraba del interés que tenía por mí mi amado Guía. Me emocionaba pensar en lo que podría traerme mi amado Guía, pues nunca en mi vida había disfrutado yo de regalos. Me volví y salí cojeando de la habitación cuando el viejo monje de la limpieza entraba en ella. Me

saludó muy amistosamente y me preguntó con gran amabilidad por mis heridas. Le dije que se iban curando lentamente y él me respondió: —Hoy he estado limpiando las habitaciones de los lamas y les he oído decir que estás destinado a grandes cosas. Decían que el mismísimo Santo está muy contento contigo. —Hablé con él unas palabras más, ayudé al anciano a encender las lámparas de manteca y me fui hacia abajo dejando atrás, a pesar mío, el corredor que llevaba a las cocinas y yendo, en cambio, a uno de los templos menores. Deseaba estar solo, quería pensar, meditar sobre el pasado y en cómo sería mi futuro.

En una lamasería hay poca independencia para un acólito —o más exactamente, un *chela*, ya que *chela* es el término budista— y si nos vencían la pena o los problemas, el único sitio en que podíamos estar solos era en uno de los templos menores donde se podía uno quedar detrás de alguna de las mayores Figuras Sagradas, pues allí nadie molestaba. Así que bajé y entré en un templo apenas alumbrado donde las lámparas de manteca chisporroteaban demostrando que alguien había mezclado en ellas agua con la manteca. Las lámparas humeaban y lanzaban goterones y humazo negro que dejaba señales en las paredes y en una tanka.

Anduve por allí dejando atrás los humeantes incensarios, fui hasta mi estatua favorita y me senté a su sombra. Mientras estaba allí me acarició por la espalda una amistosa cabeza ronroneante y luego unos grandes pies peludos subieron a mi regazo y empezaron a «hacer punto» mientras que el gato no cesaba de mayar cada vez más alto.

Durante unos momentos jugueteé con el viejo gato que frotaba contra mí su piel levantando la cola y moviendo las orejas y cada vez eran más fuertes su mayidos. Entonces, de repente, como una lámpara que se apaga de pronto, dejó caer la cabeza y se quedó dormido sobre

el regazo de mi hábito. Junté las manos y pensé en todos los incidentes de mi vida, en todas las dificultades. Pensé en el presente, diciéndome lo fácil que le era a la gente expresar vaguedades sobre la religión y pensando en lo fácil que era para uno decir las Reglas de la Vida Recta. Pero no era tan fácil siendo uno un muchachito y cuando le habían obligado a seguir una carrera o vocación sin tener uno la menor inclinación ni deseo de seguirla. Pensando así, debí de quedarme dormido, sentado muy tieso, como solíamos hacer cuando dormíamos. También dormía el viejo gato y pasaron las horas para los dos. Las sombras que se alargaban fuera se hicieron cada vez más oscuras, y el sol, siguiendo su curso, desapareció. Pronto, por el borde de las montañas asomó la cara de la luna de plata y tras las ventanas de todas las casas de Lhasa vacilaban las lamparitas de manteca. Y tanto yo como el viejo gato dormíamos a la sombra de la Figura Sagrada.

Capítulo siete

Un profundo zumbido penetró en mi mente adormilada. En algún sitio cerca había mucho poder mental en el aire receptivo. Mis facultades telepáticas se habían afectado. Levanté la cabeza, que se inclinaba, y cansadamente abrí los párpados, que tendían a cerrárase. ¡Qué cansado estaba! Un leve movimiento en mi regazo y una boca me pasaba por la mano cariñosamente: «¡Aurragh! ¡Mmmrrno!», dijo el viejo Gato Guardián. Me miró con honda comprensión. El leve destello de una lámpara de manteca reflejó el rojo sanguinolento de sus ojos, que eran azul cielo de día. Suavemente, tanto que sólo me di cuenta de ello cuando se había ido, el gato se marchó de mi regazo y se fundió con las palpables sombras.

¡Oh! Mis piernas estaban rígidas; los huesos mal curados parecían rasparme y la tesa y profunda quemadura me daba la impresión de que en cualquier momento se me arrancaría de la carne para dejarla de nuevo abierta. Oleadas de dolor recorrían mis miembros y me producían feroces dolores a lo largo de mi espina dorsal, amenazando con sacar de sitio a mis costillas. Me quedé quieto con la boca abierta. Cuando el espasmo terminó lentamente, miré con cautela en torno a mí. Allí, en la densa sombra morada de la gran Figura Sagrada, podía yo ver sin que me vieran.

Las ventanas estaban alineadas en oscuros rectángulos sobre un muro de sombra danzante. A través de los marcos sin cristales podía ver el cielo nocturno como un trozo negro del más suave terciopelo salpicado con relucientes joyas de luz. Diamantes, rubíes y turquesas brillaban y giraban arriba. Allí, en el fino aire del Tibet, las estrellas se veían en color, no como blancos puntos lumi-

nosos como se ven en partes más bajas del mundo. Allí no había nubes de humo que estropearan la pureza del firmamento y oscurecieran la grandeza de los cielos. Marte era rojo, un pálido rubí; Venus era verde, mientras que la manchita de Mercurio resultaba una esquirla de turquesa. Leves huellas dactilares como en polvo de diamantes menudamente aplastados se extendían en una banda hasta donde yo podía verlo. Esa noche no había luna que compitiese con la débil luz de las estrellas y la apagasen.

En las paredes las sombras saltaban y tomaban posturas raras siendo tan pronto gigantescas figuras que se extendían por el techo como aplastados enanos arrastrándose por el suelo. Cerca de mí una lámpara de manteca estaba estropeada. De su fondo roto salía un «gluck-gluck» al escaparse la manteca derretida y luego un «¡splatt!» al caer el líquido que se congelaba en el suelo. Sobre una distante pared, al lado de una ventana, se movía una tanka casi como si fuera una polilla dispuesta a llegar a las vacilantes llamas. Producía un ruidito al irse desprendiendo de la pared, vibraba, y luego caía como agotada, sólo para repetir lo mismo una y otra vez. Por un momento tuve lo que casi era un ataque de vértigo; me había despertado de pronto de mi ensoñación y, al mirar en torno mío, las sombras se movían y se retorcían y las diferentes cadencias de las voces al otro lado de la Sagrada Figura me impresionaban. Miré por detrás de la cabeza de la gran figura, tras de la cual me hallaba encogido. Sentí pánico unos instantes pues la figura se tumbaba hacia mí, iba a caerme encima y a aplastarme. Las líneas oscilaban y me dispuse a arrojarme de lado, aunque me lo impedían mis piernas heridas. De pronto casi me reí en alto pues comprendí que era la ilusión de la vida a través del temblor de las sombras.

Pero el dolor había disminuido bastante. Me apoyé en las manos y en las rodillas y di la vuelta, arrastrándome,

en torno a la figura para mirar aquel templo, que era uno de los interiores. Nunca había visto un servicio en aquel templo, pues a los muchachos se nos excluía de eso. A nosotros nos dejaban acudir al templo principal, o a uno de los más corrientes entre los templos menores, pero éste abierto en la roca, por debajo de la estructura realizada por el hombre, no sabía yo lo que era ni qué hacían allí. Cautamente, recogíendome el hábito en torno a mi cintura para no tropezar en él, avancé de lado y miré al rincón.

Aquello era interesante, pensé. Frente a mí se hallaban en círculo nueve lamas, todos ellos con sus túnicas azafrán, todos con la cabeza hacia el centro del círculo, y allí, en el centro, sobre un altar muy elaboradamente tallado, había Algo... Algo que no podía yo distinguir con claridad. Parecía haber una cosa y sin embargo nada parecía haber allí. Temblé y los afeitados cabellos de mi cabeza se erizaron como si fueran guardias en un desfile, pues los helados dedos del miedo me habían tocado impulsándome a huir. Creí que en aquel esculpido altar estaba una criatura del mundo de las sombras, una criatura que no tenía auténtica existencia en este nuestro mundo y que apenas existía en el otro mundo de donde venía. Yo no dejaba de mirar.

Parecía ser un globo de algo, o un globo de nada; parecía carecer de forma y sin embargo debía de tenerla. Me hubiera gustado acercarme más y mirar por encima de la cabeza de uno de los lamas sentados, pero así me habrían descubierto en seguida. De modo que me senté y me pasé las manos por los ojos intentando quitarme el sueño que me quedaba y hacerlos más alerta para que vieran mejor en aquella neblina y oscuridad. Convencido de haber hecho lo más posible para que mis ojos vieran mejor, me eché hacia delante de nuevo sobre las manos y las rodillas y seguí mirando, moviéndome un poco para atisbar mejor entre las espaldas de dos lamas.

Vi —se me ocurrió de pronto— que aquello era un enorme cristal de roca, impecable, perfecto. Se apoyaba sobre su pie tallado y exigía la atención de los ламы sentados ante él casi devotamente. Miraban con atención y sin embargo no con demasiada, pues parecía que veían aquello con el tercer ojo. Bueno, pensé, también yo soy clarividente, de modo que ya no miré con mis dos ojos sino que puse en juego mis facultades de clarividencia y en el cristal vi colores, remolinos, espirales y una turbulencia humeante. Asombrado y asustado, me parecía estar cayendo desde una inmensa altura, cayendo desde lo alto del mundo a un abismo. Pero no, no era un abismo, pues el mundo se extendía ante mí, un mundo donde había diferentes colores, puntos de vista distintos. Vi desde una pequeña altura a gente que vagaba con mucha miseria y tristeza; algunos sufrían gran dolor. Eran almas perdidas, almas desorientadas, almas que buscaban una manera de liberarse de sus penas.

Mientras yo estaba allí sentado como en trance, lo mismo que si me hallara en el plano soleado de un mundo diferente, los cánticos de los ламы sonaron. Con mucha frecuencia uno de ellos tendía una mano y hacía sonar una campanilla de plata; otro de enfrente hacía lo mismo con una campanita de diferente tono. Y así seguían con su salmodia, su música arriba y abajo de la escala, no en notas de *staccato* como en otras partes del mundo, sino que allí había un resbalar de notas, una en la otra, mezclándose en acordes que resonaban en las paredes y reverberaban haciendo surgir otros.

El director del grupo de ламы batió palmas, el que estaba junto a él tocó una campanilla y el tercero del grupo elevó su voz en una salmodia ritual: «Oh, escucha las voces de nuestras almas». Y así repitieron las estrofas, primero uno cada vez, luego a coro, elevando y disminuyendo la cadencia de sus voces, subiendo y bajando, con lo cual me sacaban del tiempo y de mí mismo.

Luego llegó toda la serie de plegarias de aquel grupo:

*¡Oh! Escuchad las Voces de nuestras Almas,
todos vosotros que os ocultáis en el desierto, sin
protección
Escuchad las Voces de nuestras Almas
y que podamos proteger a los sin protección.
Cuando la Primera Barra de Incienso se encienda y el
humo ascienda,
dejad que vuestra Alma y vuestra Fe se eleven
también, para que estéis protegidos.
¡Oh! Escuchad las Voces de nuestras Almas,
todos los que os encogéis de miedo por la noche.
Escuchad las Voces de nuestras Almas.
Pues seremos como una linterna luciendo en la
oscuridad para guiar a los ignorantes caminantes.
Cuando se encienda la Segunda Barra de Incienso
y reluzca con vida,
que tu Alma perciba la Luz que encendemos para
guiarte.
¡Oh! Escuchad las Voces de nuestras Almas,
Todos vosotros que os habéis perdido en el Golfo de la
Ignorancia
Escuchad las Voces de nuestras Almas.
Nuestra ayuda será como un puente para cruzar el
abismo para llevaros más lejos en la Senda.
Cuando se encienda la Tercera Barra de Incienso y
el humo salga, que tu Alma penetre valiente en la luz. [*
*¡Oh! Escuchad las Voces de nuestras Almas,
todos vosotros que os desmayáis con el cansancio de la
vida
Escuchad las Voces de nuestras Almas
pues os traemos el Descanso para vuestra Alma.
Cuando la cuarta Barra de Incienso se encienda y el
humo salga lento, te traemos reposo para que, reanimado,
puedas levantarte como nuevo.*

*¡Oh! Escuchad las Voces de nuestras Almas
cuanto os burláis de las Palabras Sagradas.
Escuchad las Voces de nuestras Almas.
¡Os traemos la Paz! Para que os detengáis en las Verdades
Inmortales.
¡Cuando la Quinta Barra de Incienso se encienda para traer
fragancia a la Vida,
abrid vuestra mente para que SEPAIS!*

El sonido de la salmodia se fue apagando. Un lama levantó su campanilla y la hizo sonar suavemente; otros tomaron también sus campanillas y las agitaron. Primero tocaban todos separadamente y luego, según cierto ritmo dispuesto de antemano, tocaban todos a la vez formando un esquema tonal especial que resonaba y era de varios tonos e intensidades. Los lamas reemprendieron su profundo zumbido repitiendo: «¡Oh! Escuchad las Voces de nuestras Almas», hacían sonar su campanilla y sin cesar cantaban su zumbante salmodia. El efecto era hipnótico, místico.

Seguí mirando a los que parecían rodearme. ¿Acaso estaban efectivamente alrededor de mí? ¿Me hallaba yo en otro mundo? ¿O miraba a un cristal? Mi intensa impresión era que estaba en otro mundo donde la hierba era más verde, donde el cielo era más azul y todo tenía un contraste fuerte y vívido. En efecto, allí estaba la verde hierba bajo mis pies, ¡podía sentirla en mis dedos desnudos! Sentía que la humedad calaba mi túnica donde mis rodillas se apoyaban en ella. También mis manos parecían sentir la hierba y quizá de vez en cuando alguna piedra. Miré en torno a mí con ávido interés. Había en primer término grandes salientes de piedra verdosa con algunas vetas blancas. Otras rocas eran de diferentes colores; una que me atraía particularmente era de un matiz rojizo con rayas lechosas. Pero lo que me impresionaba

más era cómo surgía todo con intensa realidad y que todo parecía más normal que lo normal, con colores más brillantes y perfiles más claros.

Sopló una suave brisa que sentí por encima de mi mejilla izquierda. Era bastante asombroso, pues llevaba extraños aromas, exóticos olores. A cierta distancia vi algo que parecía una abeja. Zumbaba de un lado a otro hasta que se posó y entró en la trompeta de una florecilla que crecía en la hierba. Todo esto lo vi sin tener conciencia del paso del tiempo, pero de pronto me alarmé pues todo un grupo de gente venía hacia mí. La miré y me sentí incapaz de moverme; esas personas avanzaban hacia mí. Yo estaba más o menos en su camino. Mientras los miraba, sentí mucho la falta de algo. Algunos eran ancianos inclinados sobre bastones y que iban descalzos y vestidos de andrajos. Otros eran evidentemente hombres ricos, pero no con el aire de bienestar que suele dar la riqueza, pues algo era especialmente claro en aquellos hombres y mujeres: se sentían miserables, asustados, y el más leve movimiento les hacía dar un brinco y llevarse la mano al pecho. Miraban nerviosos en torno a ellos y ninguno parecía darse cuenta de su vecino, parecían sentir que iban solos, olvidados, desolados y abandonados en algún mundo ajeno.

Avanzaban, consciente cada uno tan sólo de su individualidad, y sin embargo venían en grupo, aunque ninguno de ellos tocaba a otro, ninguno parecía darse cuenta de la presencia de los demás. Venían atraídos por las voces que yo también podía oír: «¡Oh! Escuchad las Voces de nuestras Almas todos los que vagáis sin Guía». La salmodia y el zumbido continuaron y llegada aquella gente a cierto punto —no podía yo ver lo que ocurría— cada rostro se iluminó con una especie de alegría no de este mundo y cada una de aquellas personas estaba muy tiesa como si él o ella hubieran recibido una garantía y se sintieran mejor. Salieron de mi campo de

visión. De pronto hubo gran ruido de campanillas en disonancia y sentí una violenta sacudida como si alguien me hubiera empujado, como si fuera yo una corneta al extremo de una cuerda y arrastrada por una tempestad que quisiera elevarla más.

Cuando miré aquel extraño paisaje tuve la impresión de que se hacía de noche, pues el cielo se oscurecía y los colores se distinguían menos. Las cosas parecían encogerse. Pero, ¿cómo se iban a encoger? Indudablemente, se encogían y no sólo se hacían más pequeñas, sino que una niebla como las nubes de arriba empezaba a cubrir la cara del mundo y cuando mi horrorizada mirada abarcó aquella vista que se hacía cada vez más pequeña, la niebla cambió en negras nubes de tormenta cargadas de relámpagos. El mundo se hacía cada vez más pequeño y yo me elevaba sin cesar. Cuando miré hacia abajo vi que aquello daba vueltas bajo mis pies y entonces comprendí que no estaba girando, puesto que me hallaba con las manos y las rodillas sobre el suelo del templo. O ¿dónde estaba? Estaba confuso, mareado y entonces, una vez más, llegó aquella brusca y terrible sacudida que casi me arrancaba el cerebro de la cabeza.

Muy desconcertado y mareado levanté una mano para frotarme los ojos. Y luego me volví a mirar y vi ante mí que el cristal volvía a ser un cristal, no ya un mundo, sino sólo un cristal empañado y sin vida, sin punto alguno de luz en él. Se hallaba encima de su base esculpida como si fuera una piedra, o un ídolo, o algo así, no como el más poderoso instrumento de experiencias maravillosas. Lentamente se puso en pie un lama y tomó un paño del pedestal, algo que parecía terciopelo negro. Reverentemente desdobló el paño y con él envolvió el cristal. Hizo tres veces una reverencia hacia el cristal y volvió a sentarse. Al hacerlo, su asombrada mirada se posó en mí. Durante algunos segundos hubo un silencio de extrañeza; el propio tiempo parecía haberse paralizado.

Pude oír que mi corazón daba un fuerte «izamp!» y nada más. Tuve la impresión de que toda la naturaleza, el tiempo todo, escuchaba con callada expectación para ver lo que sucedía después.

Los lamas murmuraron. El que estaba más cerca se levantó por encima de mí. Era el más grande de todos ellos, pero a mis aterrorizados ojos les parecía mayor que el mismo Potala. Dominándome con su estatura, empezó a hablar, pero entonces otro lama me reconoció y dijo: —Es el chico de Mingyar, Lobsang —y parecía aliviado al haberse dado cuenta de ello—. Este es nuestro muchacho más telepático. Tráelo aquí. —El gigantesco lama me puso sus manos bajo mis brazos y me levantó, pues el que le hubieran dicho que era «el chico de Mingyar» le hizo pensar en seguida que yo no podía andar fácilmente y así me evitó esa molestia. Me llevó al centro del círculo de los lamas, cada uno de los cuales me miró como si fuera a taladrar mi alma, como si fuesen a mirar en el interior de ésta e incluso más allá, a otros reinos que llevan al Super-ser.

Estaba yo con mucho pánico pues no sabía si había hecho algo que estuviese muy mal. Si elegí aquel templo fue porque algunos de los otros estaban siempre llenos de pequeños a los que no les interesaba en serio la meditación. A mí sí me interesaba. Pero ¿qué pasaba allí? —;Lobsang! —dijo un lama pequeño y arrugado—. ¿Qué estabas haciendo aquí? —Honorable Maestro (fue mi respuesta), ha sido desde hace mucho tiempo mi costumbre venir a los templos menores para la meditación privada y me siento detrás de una de las Sagradas Figuras donde no puedo distraer a cualquier otro que esté meditando. No he pensado ni por un momento intervenir en el servicio de ustedes.

»Me quedé dormido. La verdad es (dije avergonzado) que me quedé dormido y me desperté sólo cuando oí que " iba a empezar el servicio de ustedes. —A la izquierda, la

lámpara de manteca que se derramaba había cesado sus «splat!, ¡splat!» y de pronto sonó un breve silbido cuando el flotante pabilo, privado ya de la manteca líquida, se extinguió contra el metal. Durante unos segundos se puso éste rojo y luego se percibió el acre y rancio olor del pabilo apagado. Desde fuera de nuestro círculo me llegó el familiar «¡Mrrou! ¡Mmrrau!» Mi amigo el Gato, dándose importancia, se abrió camino entre dos lamas y se dirigió hacia mí con la cola tiesa para manifestarme su amistad. Tendí hacia él una mano temblorosa y le pasé mis dedos sobre su piel. Se volvió hacia mí, dio un brinco, dijo «¡Aarra!» y tranquilamente se marchó abriéndose paso entre otros dos lamas. Se miraron unos a otros los lamas y sonrieron levemente—. Así que nuestro guardián te conoce bien, Lobsang. Ha hablado a su manera a favor tuyo, te ha asegurado su cariño y nos ha dicho que has hablado la verdad.

Durante unos momentos hubo silencio. Uno de los lamas más jóvenes volvió la cabeza y vio que el gato se alejaba altanero. Con una risita, regresó aquél al grupo. El lama viejo y arrugado, que parecía mucho mayor que los otros y que estaba a cargo del servicio, me miró y luego se volvió a mirar a cada uno de sus compañeros diciendo: —Sí, recuerdo que este es el chico que ha de tener instrucción especial. Esperábamos el regreso de su Guía antes de llamarle aquí, pero ya que lo tenemos entre nosotros probemos su experiencia y su capacidad para juzgarle sin que nos influya su poderoso Guía. —Hubo un murmullo de acuerdo y una sugerencia en voz baja que yo no pude comprender porque estaba demasiado confuso. Aquellos eran los lamas telepáticos, los grandes clarividentes, los que ayudaban a los demás, y yo estaba allí sentado entre ellos templando de miedo, es verdad, pero entre ellos. Uno se volvió hacia mí y dijo: —Lobsang, hemos oído hablar mucho de ti, de tus poderes innatos, de tus posibilidades y de tu futuro. En

realidad somos nosotros los que investigamos el Registro de Posibilidades para ver qué sucederá en tu caso. Ahora bien, ¿estás dispuesto a pasar por una prueba para que podamos decidir la amplitud de tus facultades? Queremos llevarte a dar un paseo por el plano astral y por el mundo por debajo del astral, queremos llevarte como un fantasma por nuestro Potala.

Le miré dubitativo. ¿Llevarme? ¿Cómo creían que iba yo a andar? Podía recorrer cojeando los pasillos, pero mis piernas no estaban lo bastante curadas para permitirme ANDAR confiadamente.

Vacilé, pensé en ello y retorcí el borde de mi túnica. Luego repliqué: —¡Honorables Maestros! Dependo de ustedes, pero he de decir que no puedo andar a causa de los accidentes que he tenido; sin embargo, como todo buen monje, me coloco a disposición de ustedes y espero que mi Guía, el lama Mingyar Dondup, apruebe mi decisión. —Ninguno se rió, ni siquiera se sonrió al oír lo que debió de parecerles una pomposa declaración, pues yo era joven e inexperto y después de todo me portaba lo mejor que podía y nadie puede hacer sino lo mejor dentro de sus posibilidades—. Lobsang, queremos que te tiendas, y hemos de tenerte tendido porque tus tiernas no te permitirán estar en la posición ortodoxa. Por eso has de tumbarte. —El viejo lama tomó un cojín y me lo colocó debajo de la cabeza, luego me puso las manos con los dedos entrelazados para que estuvieran entre el final del hueso del pecho y el ombligo. Después arreglaron ellos las cosas; pasaron el cristal a un lado colocándolo reverentemente en un sitio que yo no había visto antes, en el pedestal de una Sagrada Figura. Se sentaron alrededor de mí de modo que mi cabeza estuviera en el centro exacto del círculo. Un lama se apartó del grupo y volvió con barras de incienso y un brasero. Estuve a punto de estropearlo todo estornudando cuando una nubecilla de humo me hizo cosquillas en la nariz.

Era raro que mis ojos se pusieran pesados. Tenía una sensación de creciente cansancio, pero los lamas no me miraban a mí, sino a un punto por encima. Me obligué a tener abiertos los ojos y pude ver bajo sus barbillas. Sus cabezas estaban tan levantadas que yo no podía distinguir sus ojos. No, no me miraban, pero ¿adónde estaban mirando?

El incienso se quemaba produciendo un pequeño chirrido en el que yo no me había fijado antes. De pronto me agarré las manos una contra otra aún con más fuerza, porque todo el edificio parecía estarse moviendo. Había oído hablar de terremotos y creía que de pronto habíamos tenido uno en el Potala. Creció en mí el pánico y, con un gran esfuerzo, logré reprimirlo pensando que sería una desgracia para mi Guía que me asustara y saliera del templo mientras los lamas seguían plácidamente allí.

Continuaba el balanceo y por unos momentos casi me sentí enfermo. Tuve la impresión de que me elevaba y descubrí que una de las vigas del techo estaba a pocos centímetros de mi mano. Levanté ésta para asegurarme y con gran terror mío la mano tocó la viga sin quitar siquiera el polvo que había sobre ella.

Con el terror de esa experiencia, me hundi rápidamente y quedé de pie junto a una Sagrada Figura. Rápidamente alargué una mano para asegurarme, sabiendo que mis piernas no me sostendrían. Pero esa vez mi mano tocó la Sagrada Figura y mis piernas se sentían firmes y fuertes. No tenía dolor ni molestia alguna. Me volví rápidamente y vi que el grupo de lamas seguía allí. ¡Pero no! Uno de ellos estaba ausente. Me di cuenta de que se hallaba junto a mí y que con su mano estaba a punto de tocarme el codo. Parecía brillante y mayor que los otros y cuando miré a la Sagrada Figura me encontré con que también yo era mayor que en mi estado normal. De nuevo me invadió el miedo que notaba en el estó-

magos. Pero el lama, tomándome del codo, me tranquilizó: —Todo está bien, Lobsang, nada has de temer. Ven conmigo. —Me condujo con su mano sobre mi codo derecho. Evitamos cuidadosamente tropezar con los lamas que seguían sentados en círculo. Miraba yo al centro del círculo, pero mi cuerpo no estaba ya allí; nada había donde yo había estado tendido. Me toqué y me sentí sólido. Subrepticamente extendí una mano y toqué al lama que se hallaba junto a mí y también era sólido. Vio mi gesto y se rió sin parar: --¡Lobsang! ¡Lobsang! Estás ahora con tu cuerpo en un estado diferente. Sólo aquellos que poseen la mayor habilidad ocultista, una innata facultad, pueden hacer una cosa como ésta. Pero ven conmigo.

Anduvimos por un lado del templo y el muro se hacía cada vez más próximo. Me retiré de él y al intentar apartarme, exclamé: —No, nos heriremos si no nos apartamos. ¡Este muro es sólido! —El lama no me soltaba

ordenó—: ¡Sigue junto a mí! ¡Cuando tengas más experiencia descubrirás lo sencillo que es esto! —Se movía detrás de mí y puso sus manos entre mis paletillas. El muro, un sólido muro de piedra gris, se elevaba ante nosotros. Él me empujó y la sensación más notable de mi vida se produjo cuando entré por la piedra del muro. Me temblaba todo el cuerpo como si millones, billones de burbujas estuvieran estallando contra mí sin evitarme avanzar, sino sólo haciéndome cosquillas, erizándome el pelo y produciéndome un agradable picor. Parecía yo moverme sin dificultad alguna y al mirar tenía la impresión de avanzar por una tormenta de polvo, pero ese polvo no me dañaba ni me molestaba los ojos en absoluto. Tendí las manos y traté de coger algún polvo de ése. Pero pasaba a través de mí, o yo a través de él; no sé cómo debería decirlo. El lama que me seguía me empujó un poco más fuerte y pasé por el muro a un corredor interior. Un viejo bajaba sosteniendo en cada mano

una lámpara de manteca y llevaba algo sujeto entre su codo izquierdo y su cuerpo. Traté de evitar el contacto con él, pero ya era demasiado tarde. Inmediatamente me disponía a disculparme de mi torpeza cuando el viejo siguió su camino; había pasado a través de mí o yo había pasado por él y ninguno de nosotros dos se daba cuenta de lo que hacía, ni tenía la menor impresión de haber pasado por otro cuerpo humano.

Guiándome el lama, entramos a través del edificio sin molestar la independencia de los que estaban solos en sus habitaciones, pero en vez de visitar los almacenes —con un comentario o gesto bastante cáustico del lama, que me conocía tan bien—, ¡visitamos la cocina!

El viejo monje-cocinero reposaba apoyado contra un gran recipiente de cuero para cebada. Se rascaba, y a la vez se limpiaba los dientes con un palillo sacado de algún sitio; con mucha frecuencia se volvía y escupía en un rincón, volviendo luego a rascarse y a limpiarse los dientes. Mientras lo contemplábamos dio la vuelta y, después de lanzar un gran suspiro, dijo: —¡Ay! ¡Ay! Creo que otra vez es la hora de preparar la comida. ¡Qué vida esta: tsampa, tsampa y más tsampa! ¡Y tener que satisfacer a todos esos hambrientos!

Seguimos por el edificio. En verdad, mis piernas no me molestaban en absoluto y ni siquiera pensaba en ellas. Teníamos muchísimo cuidado de no invadir el aislamiento de otras personas. íbamos por los corredores procurando no entrar en espacio alguno habitado. Llegamos, muy abajo, a los almacenes. Fuera estaba mi viejo amigo el Honorable Puss Puss tendido a todo lo largo de lado y moviéndose un poco. Le temblaban las patillas y tenía las orejas aplastadas sobre la cabeza. Nos acercamos sin hacer ruido alguno, pensábamos, pero de pronto el gato se despertó del todo y saltó con las garras sacadas. Entonces se le pusieron bizcos sus ojos al mirar al plano astral (todos los gatos pueden verlo) y empezó a ronro-

near como si me reconociera. Intenté acariciarlo, pero por supuesto mi mano pasó por dentro de su cuerpo, lo que fue una notable experiencia, pues muchas veces acariciaba yo al viejo Honorable Puss Puss y hasta entonces nunca le había atravesado mi mano. Pareció divertirse tanto como yo me preocupé, pero me dio un encontronazo cariñoso que, esa vez con gran sorpresa suya, me «atravesó» y entonces olvidó todo el asunto, se echó y se durmió de nuevo. Durante mucho tiempo estuvimos pasando a través de sólidos muros, elevándonos de los suelos, y por fin me dijo el lama: —Descendamos de nuevo, descendamos, pues ya hemos viajado bastante en esta ocasión. —Me tomó del brazo y nos hundimos por el suelo, apareciendo por debajo del techo del piso inferior y luego pasamos por otro suelo hasta llegar al corredor de la planta baja donde estaba el templo. De nuevo nos acercamos a la pared, pero esta vez no vacilé y pasé por aquélla sin preocuparme de la extraña sensación que producían todas aquellas burbujas, todo aquel cosquilleo. Más bien me divertía. Dentro, los lamas seguían formando círculo, y mi lama —el que me llevaba del brazo— me dijo que debía tenderme en la misma posición que antes ocupaba. Así lo hice, y al instante me dormí.

Capítulo ocho

En algún sitio tocaban una campana. Apagado primero el sonido por la distancia, pronto creció en volumen. ¡CLANG! ¡CLANG! Pensé que era extraño que sonase una CAMPANA. Y lo asombroso era que sonaba a la vez que los latidos de mi corazón. Por un momento el pánico era superior a mis fuerzas. ¿Habría dormido demasiado y se me había hecho tarde para el servicio del Templo? Abrí los ojos e intenté ver dónde estaba. ¡Qué RARO! No podía enfocar la vista. Sólo podía distinguir nueve horribles bultos sobre los hábitos azafrán. El cerebro estaba a punto de estallarme de tanto pensar. ¿Dónde estaba? ¿Qué había sucedido? ¿Me había caído de un tejado o algo así? Con pánico me di cuenta de que sentía varios dolores al recuperar la conciencia.

¡Ah, sí! Todo volvió a mí precipitadamente y, con el conocimiento, la capacidad de enfocar mis ojos y ver lo que tenía delante. Estaba tendido de espaldas en el muy frío suelo de piedra. Mi escudilla había resbalado hacia atrás en mi túnica y soportaba ahora mi peso entre mis paletillas. Mi saquito de cebada —de duro cuero— también había resbalado y casi me partía la costilla izquierda. Con mucha precaución me moví y miré a los nueve lamas que, sentados, me miraban. ¡ERAN ELLOS las horribles manchas blancas sobre las telas color azafrán! Esperaba que no supieran lo que yo había pensado.

—Sí, Lobsang, ¡LO SABEMOS! —dijo uno sonriente—; tus pensamientos telepáticos están muy claros. Pero levántate despacio. Lo has hecho muy bien y justificas lo que dice de ti tu Guía. —Me incorporé asustado al sentir un choque en la espalda y escuchar un fuerte ronroneo. El viejo gato se puso frente a mí y me tocó la mano para darme a entender que deseaba que le acari-

ciara la piel. Así lo hice perezosamente a la vez que procuraba contemplar mis pensamientos y me preguntaba qué ocurriría luego—. Bueno, Lobsang, ha sido una buena experiencia de descorporización —dijo el lama que me había acompañado—. Debemos intentarla con frecuencia para que puedas salir de tu cuerpo tan fácilmente como si te quitaras la túnica. —Pero, Honorable Lama —le dije algo confuso—, NO he salido de mi cuerpo, ¡lo he llevado conmigo! —El lama-Guía abrió mucho la boca por el asombro—. ¿Qué quieres decir? —exclamó—. Has venido en espíritu conmigo. —Honorable Lama —fue mi respuesta—. Miré con mucho cuidado y mi cuerpo no quedaba aquí en el suelo, de modo que he debido llevármelo conmigo.

El viejo y arrugado lama, el más bajo de los nueve, sonrió y dijo: —Cometes un error que es corriente, Lobsang, pues aún te engañan los sentidos. —Le miré y sinceramente no sabía de qué hablaba y me parecía que había perdido sus sentidos pues, pensaba yo, tenía que saber yo si había visto mi propio cuerpo o no y, si había dejado de verlo en el suelo, era porque ya no estaba allí. Supongo que debieron de ver el escepticismo en mis ojos, pues uno de los otros lamas avanzó hacia mí para prestarme más atención. —Te lo explicaré, Lobsang —dijo este lama—, y quiero que me prestes mucha atención, pues lo que voy a decir es elemental y sin embargo difícil de comprender para mucha gente. Estabas tendido en el suelo y, como ésta era tu primera ocasión consciente de viaje astral, te ayudamos a sacarte tu forma astral de tu forma física, y como lo hicimos nosotros, que tenemos muchísima experiencia en esto, no sentiste ninguna sacudida ni molestia alguna. Por eso no te diste cuenta de que habías salido de tu cuerpo. —Me quedé mirándolo y pensando en lo que me había dicho. Pensé: «Sí, es verdad que no tenía ni idea de que salía de mi cuerpo y nadie había dicho que iba a salir de él, de

modo que si no me dijeron lo que debía esperar, ¿cómo podía sentir que me separaba del cuerpo?». Pero volví a recordar que había mirado al suelo y no había visto allí tendido a mi cuerpo como debía haberlo visto si hubiera estado todavía en ese cuerpo. Moví la cabeza como para librarme de las telarañas de mi pensamiento; sentí que todo esto era demasiado profundo para mí. Había salido del cuerpo pero éste no se hallaba allí de modo que, si no estaba allí donde lo dejé, ¿por qué no lo había visto yo yaciendo en alguna parte? Precisamente entonces me rozó el viejo gato y empezó a hacerme caricias hundiendo sus garras en mi hábito y ronroneando cada vez más alto como para recordarme que también debía reparar en su presencia. El lama que había hablado se rió antes de decir: —;Mira, el viejo gato te está diciendo que limpies de telarañas tu cerebro para que puedas comprender con claridad!

Extendí los dedos y acaricié al gato. Sus ronroneos se hacían aún mayores y de pronto se tendió a lo largo. Era muy grande. Seguía con la cabeza apoyada a un lado de mi regazo y tendía sus patas por el otro lado con la cola en el suelo. Estos gatos crecían más que los corrientes y solían ser feroces, pero los gatos de nuestro templo parecían reconocermme como hermano o algo así. Desde luego, nos teníamos mucha confianza.

El lama que me había hablado antes se volvió hacia mí y me dijo: —Déjalo que descanse sobre ti mientras te hablamos. Quizá te dé algunos golpecitos de vez en cuando para recordarte que prestes atención. Ahora ten en cuenta que la gente ve lo que espera ver. A veces no ven lo más evidente. Por ejemplo (y me miró muy serio al decirme esto), ¿cuántos limpiadores había en el corredor cuando venías por allí? ¿Quién era el hombre que barría en el depósito de la cebada? Y si el Señor Abad hubiera mandado a buscarte y te hubiese preguntado si habías visto a alguien en el corredor interior,

¿qué le habrías dicho? —Callóse un momento por si yo iba a decir algo y como me quedé mirándolo (y con la boca abierta, lamento decirlo) prosiguió—. Le habrías dicho que no viste a nadie en el corredor interior. Y es porque la persona que estaba en éste era alguien con todo el derecho para estar allí, alguien que está siempre allí, y cuya presencia en aquel corredor era tan normal y correcta que ni siquiera se fijaba uno en él. Así, le dirías que no viste a nadie en aquel corredor.

Intervino otro lama moviendo la cabeza sensatamente antes de decir: —Los vigilantes suelen hallar ciertas dificultades cuando están realizando una investigación; preguntan si había extraños o si alguien ha estado en tal edificio e invariablemente un guardián de ese edificio dirá que no, que nadie estuvo allí. Y sin embargo había mucha gente, pasarían vigilantes, habría quizás uno o dos lamas, e incluso algún mensajero de otra lamasería. Pero esa gente es tan corriente —es decir, era tan normal su presencia allí— que pasaban inadvertidas y en cuanto a ser observadas, lo mismo podían haber sido invisibles.

Uno que todavía no había hablado movió la cabeza: —Sí, así es. Y ahora te digo, Lobsang, ¿cuántas veces has estado en este templo? Y, sin embargo, no parecías haber visto hasta muy recientemente el soporte donde ponemos el cristal. Sin embargo, ese pedestal ha estado ahí desde hace doscientos años, no ha salido de este templo y parecías estarlo viendo por primera vez. Estaba ya ahí, pero para ti era habitual, de modo que no te fijabas en él y era como invisible para ti.

El lama que había venido conmigo en mi excursión astral sonrió al decir: —Tú, Lobsang, no tenías ni idea de lo que ocurría, no sabías que ibas a salir de tu cuerpo y por tanto no estabas preparado para verlo. Así, cuando mirabas, te fijabas en los lamas sentados en círculo y tu atención evitaba cuidadosamente tu propio cuerpo. Lo

mismo nos pasa con el hipnotismo; podemos hipnotizar a una persona y hacerle creer que está sola en una habitación y entonces esa persona, en estado de hipnosis, mirará a todas las partes de la habitación excepto a quien la comparte con él y, al despertarse, jurará que ha estado solo. Asimismo evitaste cuidadosamente mirar adonde estaba a la vista todo tu cuerpo, mirabas al perímetro del círculo, y recorrías con la mirada el templo evitando el único sitio que querías ver.

En verdad, aquello me hizo pensar; ya había oído antes algo de aquello. Una vez vi a un viejo monje que había tenido un fuerte ataque de dolor de cabeza. Como me explicó él después, cosas que él miraba no estaban allí, y si miraba una cosa enfrente sólo veía las que estaban a un lado, pero si miraba a un lado veía lo que hallaba frente a él. Me dijo que era como mirar por un par de tubos en vez de moviendo los ojos, de modo que el efecto era como si llevase uno anteojeras.

Un lama (ya no los distinguía a uno de otro) dijo: —Lo obvio puede resultar con frecuencia invisible, porque mientras más común es un objeto, menos se fija uno en él. Por ejemplo, el hombre que trae la cebada. Lo ves todos los días y, sin embargo, no lo ves. Es una figura tan familiar que si yo te hubiera preguntado que a quién viste esta mañana habrías respondido que a nadie, ya que no considerarías al hombre de la cebada como a una persona, sino como a alguien que todas las mañanas hace una cosa determinada a cierta hora.

Me parecía muy notable haber estado tendido en el suelo y a la vez no poder verme mi propio cuerpo. Sin embargo, había oído hablar tanto del hipnotismo y del viaje astral que estaba dispuesto a aceptar la explicación de ellos.

El viejo y arrugado lama me sonrió al decirme: —Pronto tendremos que darte instrucciones más específicas para que puedas abandonar tu cuerpo fácilmente en cual-

quier ocasión. Como cualquier otra persona, has estado haciendo viajes astrales todas las noches, trasladándote a distantes lugares y luego olvidándolo. Pero queremos enseñarte lo fácil que te será salir de tu cuerpo en cualquier ocasión, emprender viajes astrales y regresar a tu cuerpo reteniendo el conocimiento de cuanto hayas visto y de todo lo que hayas hecho. Si puedes hacerlo, serás capaz de viajar a grandes ciudades del mundo y no te quedarás aislado aquí en el Tibet, sino que sabrás de todas las culturas.

Pensé en ello. Muchas veces me había preguntado cómo podían los lamas superiores poseer conocimientos y parecer seres aparte hallándose tan alejados de la pequeñez de la vida cotidiana y siendo capaces de decir en todo momento lo que sucedía en cualquier parte de nuestro país. Recuerdo una ocasión en que fui con mi Guía a visitar a un hombre viejísimo. Fui presentado a él y estuvimos hablando, o más bien mi Guía y él charlaron mientras yo escuchaba respetuosamente. De pronto, el viejo levantó la mano y dijo: «¡Me llaman!». Entonces pareció quedarse sin luz su cuerpo. Estaba sentado allí inmóvil como un muerto y daba la impresión de ser una cáscara vacía. Mi Guía, sentado inmóvil, me hizo señas para que me estuviera también muy quieto. Allí nos quedamos con las manos cruzadas en nuestros regazos, sentados sin hablar ni movernos. Yo miraba con inmenso interés la que parecía ser una figura vacía durante quizá diez minutos o pudieron haber sido veinte (era difícil calcular el tiempo en aquellas circunstancias). Nada ocurrió. Luego el viejo fue reanimándose y pasado más tiempo se movió, abrió los ojos y después (nunca lo olvidaré) le contó a mi Guía lo que estaba sucediendo en Shigatse, que se hallaba a mucha distancia de nosotros. Se me ocurrió que aquél era un sistema de comunicaciones mucho mejor que los notables inventos de que yo había oído hablar en el mundo exterior.

Deseé poder viajar astralmente a todas partes. Quería pasar por encima de las montañas y de los mares e ir a países extranjeros. ¡Y aquellos nueve lamas querían enseñarme a hacerlo!

El viejo gato bostezó haciendo vibrar sus patillas y luego, levantándose, se estiró hasta que creía que se partiría en dos. Luego emprendió la marcha pasando arrogante entre dos lamas y desapareció en la oscuridad por detrás de una de las Sagradas Figuras. El lama más viejo habló: —Bien, ya es hora de que demos por terminada esta sesión, pues no hemos venido aquí para enseñar a Lobsang en esta ocasión, sino que esto se ha planteado incidentalmente. Debemos dedicarnos a nuestra otra labor y ya veremos de nuevo a Lobsang cuando venga su Guía.

Otro se volvió hacia mí y me miró muy serio: —Tendrás que aprender cuidadosamente, Lobsang. Tienes mucho que hacer en la vida; nos llegarán grandes dificultades y sufrimientos. Viajarás muy lejos y con frecuencia. Pero en definitiva habrás realizado tu tarea. Te proporcionaremos el entrenamiento básico. —Se levantaron todos ellos y, poniendo el cristal en su soporte, abandonaron el templo.

Me quedé muy intrigado con lo que había oído. ¡Una tarea! ¿Sufrimientos? Siempre me habían dicho que me esperaba una vida muy difícil, siempre me advirtieron que debía realizar una tarea, así que, ¿para qué me insistían en ello? De todos modos, ¿por qué había de ser yo quien hubiera de realizar la tarea?, ¿por qué tenía siempre que ser yo a quien le esperase sufrimiento? Mientras más oía hablar de aquello, menos me gustaba. Pero quería viajar por el plano astral y ver todas las cosas de que había oído hablar. Con mucha dificultad me puse en pie mientras rezongaba palabras nada amables contra mis dolores. Alfileres y agujas parecían pincharme y me dolían los bultos y cardenales que se me habían

formado con mis caídas, más un dolor entre mis paletillas donde había estado descansando sobre mi cuenco. Pensando en eso me busqué en el interior de mi hábito y coloqué mis posesiones en su acostumbrada posición. Luego, mirando a mi alrededor, salí del templo.

En la puerta me volví presuroso hacia las oscilantes lámparas delanteras. Una por una las apagué, pues ese era mi deber, ya que era el último en marcharme. Mientras buscaba mi camino por la oscuridad hacia donde había un leve resplandor de la puerta abierta, me llegó a mi nariz el mal olor de los pabilos que se apagaban. En algún rincón lucía el mortecino rojo de un pabilo que estaba apagándose.

Me estuve un momento en la puerta decidiendo por dónde ir. Luego, ya decidido, me volví dirigiéndome hacia la derecha. Entraba por las ventanas la pura luz de las estrellas dándole a todo un aspecto azul plateado. Doblé una esquina del corredor y me detuve de pronto pensando que desde luego tenían razón. Me estuve allí un momento pensando. Se me ocurrió que una vez y otra había pasado yo por delante de un viejo monje sentado en una celdita y, aunque le veía todos los días, nunca me había fijado en él. Retrocedí casi diez metros y miré. Allí estaba en una pequeña celda de piedra, al otro extremo del corredor, frente a las ventanas. Estaba ciego, siempre sentado en el suelo y dándole vueltas a una Rueda de Plegarias —una bastante grande— que giraba sin cesar. Cuando alguien pasaba por allí tenía que oír el eterno «click, click, click» de la Rueda de Plegarias del viejo monje. Hora tras hora, día tras día, permanecía sentado allí creyendo que su misión en la vida era tener en marcha aquella rueda y para eso vivía él. A quienes pasábamos por allí con tanta frecuencia no nos hacía efecto el girar de la Rueda, estábamos tan acostumbrados a ella que ni la oíamos ni veíamos al viejo monje.

Me estuve allí en la oscura entrada pensando, mientras la

Rueda seguía su cliqueteo y mientras el viejo salmodiaba suavemente: «¡Horn! ¡Mani padmi hura! ¡Hom! ¡Mani padmi hum!». Tenía una voz ronda y los dedos torcidos y duros. Sólo podía verlo débilmente y él no se daba cuenta de mi presencia girando la Rueda incesantemente como la había hecho girar durante tantos años, casi desde que había nacido. ¿Cuánto tiempo más estaría dándole vueltas?, me pregunté, pero aquello me hacía comprender que las personas se hacen invisibles cuando son tan familiares para uno que no tiene que fijarse en ellas. También se me ocurrió que los sonidos eran como silencios si se acostumbra uno demasiado a ellos.

Pensé en las veces en que me había encontrado completamente solo en una celda oscura y luego, después de algún tiempo, oía los sonidos del interior del cuerpo, la sangre circulando por las venas y arterias y luego también oía el firme «zad, zad, zad» de mi corazón latiendo. También cuando pasaba algún tiempo podía oír el aire en mis pulmones y, al moverme, el leve crujido de los músculos que ponían los huesos en una posición diferente. Todos nosotros sentimos eso pues somos todos ruidosos aparatos, pensé, y sin embargo, cuando hay otros sonidos que atraen nuestra atención, no oímos aquellos de los que estamos constantemente rodeados y que no nos molestan.

Me apoyé en una pierna y me rasqué la cabeza. Luego pensé que la noche había avanzado ya mucho y que pronto sonaría la llamada al servicio del Templo a medianoche. Así que no vacilé más sino que, poniendo ambos pies en el suelo, me ceñí mi túnica más estrechamente y fui por el corredor hasta el dormitorio. En cuanto me tumbé me quedé dormido.

No dormí mucho tiempo; me retorció, daba vueltas y gemía mientras yacía pensando en cómo era la vida en una lamasería. En torno a mí, los chicos resoplaban y mascullaban en sueños, y el sonido de sus ronquidos se

elevaba y descendía en el aire nocturno. Un muchacho que padecía vegetaciones hacía «Globel, globel, globel» hasta que, desesperado, me levanté y le volví de lado. Me tumbé de espaldas, pensando y escuchando. De alguna parte llegaba el monótono «click, click» de una Rueda de Plegarias que algún monje hacía girar interminablemente para que sus oraciones no se interrumpieran. De lejos llegaba el apagado «clop-clop» de un caballo que montaba alguien por la senda ante nuestras ventanas. La noche se prolongaba. El tiempo parecía quieto. La vida era una eternidad de espera, una espera donde nada se movía. Todo estaba inmóvil excepto los ronquidos, el cliqueteo de las Ruedas de Plegaria y los pasos del caballo. Debí de adormilarme...

Me senté alarmado. El suelo estaba duro. El frío de la piedra me calaba los huesos. Más allá murmuraba un chico que necesitaba a su madre. Con torpeza me puse en pie y avancé hacia la ventana, evitando cuidadosamente tropezar con los cuerpos dormidos a mi alrededor. Hacía mucho frío y amenazaba caer la nieve. Sobre las inmensas cordilleras himalayas la mañana enviaba ramalazos de luz, dedos de color que buscaban nuestro Valle esperando iluminar otro día.

La espuma del polvillo de nieve que siempre volaba de los picos más altos estaba iluminada ahora por la luz dorada que brillaba por abajo, mientras que de arriba llegaban luminosos arcoiris temblorosos y floridos.

A través del cielo lucían vivos rayos de luz mientras el sol se asomaba por los pasos montañosos y traía la promesa de un nuevo día. Las estrellas palidecieron. Ya no era el cielo una bóveda morada; se ponía cada vez más claro y se hizo azul pálido. Todas las montañas se bordeaban de oro a medida que se aclaraba el cielo. Paulatinamente el cegador globo del sol subía sobre los desfiladeros montañosos y renacía gloriosamente en nuestro Valle.

El frío era intenso. Caían del cielo cristales helados que se estrellaban en el tejado con tintineos musicales. El aire afilado casi le calaba a uno los huesos. Qué clima tan peculiar, pensé; algunas veces hace demasiado frío como para nevar y, sin embargo, a veces, a mediodía, hace demasiado calor. Luego, en un instante, se levanta una gran tormenta que hace volar muchas cosas. Siempre, en las montañas, había nieve, profunda nieve, pero el viento se la llevaba en cuanto caía. Nuestro país es muy alto y con aire rarificado. Aire tan fino y claro que ofrece escasa protección contra los rayos ultravioletas (o generadores de calor) del sol. En nuestro verano, un monje podía protegerse con su hábito y luego, cuando una nube oscurecía momentáneamente al sol, la temperatura descendía muchos grados por debajo del punto de helar, todo ello en pocos minutos. El manto se hacía imprescindible.

Nos hacían padecer mucho las tormentas de viento. La gran barrera de los Himalayas retenía a veces nubes formadas sobre la India y con ello se invertía la temperatura. Luego, ululantes vendavales pasaban sobre las montañas y caían en nuestro Valle barriéndolo todo. La gente que viajaba durante las tormentas tenía que llevar caretas de cuero si no quería que les arrancara la piel el polvo de rocas arrastrado por los vientos desde las alturas. Los viajeros, sorprendidos en los desfiladeros de las montañas, corrían el riesgo de salir volando, si no tenían mucho cuidado, y sus tiendas y otras posesiones se las llevaba el viento que las destrozaba jugando con ellas.

Abajo, en la pálida mañana, un yak mugía tristemente. Como si eso fuera una señal, las trompetas sonaron en el tejado de arriba de todo. Las grandes conchas zumbaban sus múltiples acordes como en un poderoso órgano. En torno a mí había innumerables sonidos de la gran comunidad que se despertaba a un nuevo día, a otro día de

vida. Una salmodia del Templo, el relinchar de los caballos, murmurados gruñidos de los chicos dormidos que temblaban desnudos en el aire intensamente frío. Y apagadamente, el constante cliqueteo de las Ruedas de Plegarias situadas por todos los edificios, giradas eternamente por viejísimos monjes que creían que esa era su única finalidad en la vida.

Había ya mucho movimiento. Aumentaba la actividad por momentos. Cabezas afeitadas se asomaban esperanzadamente por las ventanas abiertas confiando en que sería un día más caliente. Una mancha oscura, sin forma, cayó de arriba y cruzó mi campo de visión para estrellarse en las rocas de abajo. Pensé que sería la escudilla de alguien y que quien fuese tendría que pasarse sin desayuno hasta que le dieran otro recipiente. ¿El desayuno? ¡Desde luego! Empezamos un día en que necesitaría yo de todas mis energías porque esperaba que mi Amado Guía regresara en él y antes de verlo tendría que acudir a las clases de la mañana, al servicio del Templo y, ante todo, ¡tomar el DESAYUNO!

La tsampa no es apetitosa, pero era la única comida que yo conocía, excepto muy raros y muy infrecuentes dulces llegados de la India. Así que caminé con gran dificultad por el corredor siguiendo la fila de chicos y monjes que se dirigían a la estancia donde comíamos.

A la entrada me detuve unos momentos esperando que algunos de los otros se instalaran, pues tenía temblores en las piernas y algo inseguros mis pasos y mientras daba vueltas por allí me veía en grandes apuros para mantener mi estabilidad. Por fin avancé entre ellos y ocupé mi sitio entre las filas de hombres y chicos sentados en el suelo. Estábamos sentados con la piernas cruzadas (mejor dicho, todos menos yo, que me sentaba con las piernas metidas bajo mi cuerpo). Había varias filas de nosotros, quizá de unos doscientos cincuenta cada una. Cuando estuvimos sentados llegaron unos monjes

ayudantes y nos sirvieron la tsampa pasando entre las filas y dándonos a cada uno nuestra ración equitativa. Los monjes permanecían a los lados de cada fila y a determinada señal todos ellos entraban por entre nuestras filas con la comida. Nadie empezaba a comer, sin embargo, hasta que el Maestro Auxiliar daba la señal. Por fin cada monje y cada chico tenía su recipiente lleno de tsampa; los servidores volvían a quedarse en los lados de las filas.

Un viejo lama se acercó a un atril situado a buena altura sobre nosotros, para que él pudiera vernos a todos. Se estuvo allí y levantó la primera página de su libro, pues deben ustedes recordar que nuestras páginas eran largas y no encuadradas juntas al estilo occidental. Cuando la levantó, anunció que se hallaba dispuesto a comenzar. Inmediatamente el Lector alzó una mano y la bajó de nuevo; era la señal de que podíamos empezar a comer. Mientras lo hacíamos, comenzó él a leer en los Libros Sagrados, con voz monótona, que resonaba en toda la estancia y aclaraba lo que según él era ininteligible.

Por el comedor los siempre presentes vigilantes se movían silenciosos pues no hacían más ruido que el de los ocasionales roces de sus túnicas.

En las lamaserías de todo el Tibet era costumbre que un Lector fuese leyéndonos mientras comíamos, pues se consideraba erróneo que una persona comiese y a la vez pensara en la comida. La alimentación era una grosería sólo necesaria para mantener el cuerpo de modo que éste pudiera durante algún tiempo estar habitado por un espíritu inmortal. Así, aunque era necesario comer, se suponía que no debíamos complacernos en la comida. El Lector nos leía siempre de los Libros Sagrados para que mientras nuestros cuerpos obtenían alimento para el cuerpo, tuviese nuestro espíritu alimento para el alma. Los lamas mayores comían siempre solos, la mayor parte de las veces pensando en algún objeto o libro sagrado.

Constituía una gran ofensa hablar mientras se comía y cuando se sorprendía a algún desgraciado hablando, los vigilantes lo sacaban y lo dejaban tendido en el umbral para que cuando saliéramos tuviésemos que pasar por encima de él, lo cual causaba mucha vergüenza a las víctimas.

Los chicos éramos los primeros en terminar, pero entonces teníamos que quedarnos quietos hasta que todos los demás hubieran terminado. Con frecuencia el Lector seguía leyendo sin hacer caso de que estaban esperando a que terminase. A menudo llegábamos tarde a las clases porque el Lector, absorto en su tema, se olvidaba del tiempo y del lugar.

Por fin terminó la página que leía y nos miró con cierta sorpresa. Estaba ya a punto de seguir con otra página pero, finalmente, le puso las tapas al libro y las ató. Levantando el libro, se lo entregó a un monje-ayudante que se hizo cargo de él, se inclinó y se lo llevó para guardarlo bien. El Lector nos indicó entonces que podíamos marcharnos. Nos fuimos hacia un lado del comedor, donde había unos sacos de cuero con fina arena y con un puñado de ésta limpiamos nuestros cuencos, el único cubierto que teníamos pues, por supuesto, comíamos con los dedos —¡el más antiguo de los cubiertos!— y no utilizábamos en absoluto cuchillos ni tenedores.

—¡Lobsang! ¡Lobsang! Ve al Maestro del Papel y que te dé tres hojas que estén estropeadas por una cara.— Un joven lama se hallaba ante mí dándome esa orden. Dije unas confusas palabras y salí cojeando por el corredor. Esa era una de las tareas que me fastidiaban, pues para llevarla a cabo tenía que salir del Potala e ir hasta el pueblo de Sh6, donde tenía que hablar con el Maestro Impresor para que me diera el papel que me habían pedido.

El papel escasea mucho y es carísimo en el Tibet. Desde luego, está hecho absolutamente a mano. Se le

considera como un objeto religioso de menor importancia y casi siempre se usa para conocimientos sagrados, palabras sagradas, de modo que nunca se desperdicia el papel ni se tira. Si se estropea al imprimir, no se borra lo que sale mal, sino que la cara que queda bien se aprovechaba para enseñarnos a los muchachos. Siempre había para eso mucho papel estropeado, pues imprimíamos con bloques de madera tallados a mano y por supuesto había que tallar los bloques al revés para imprimir con ellos al derecho. Así, al imprimir, era inevitable que se estropeasen muchas hojas de papel.

Salí del Potala por la entrada trasera inferior donde el camino era muy empinado, pero mucho más corto, y donde no había escalones que cansaran mis piernas. Por allí salíamos los chicos pasando de arbusto a arbusto y si perdíamos pie bajábamnos resbalando envueltos en una nube de polvo y nos hacíamos un gran agujero por detrás de nuestras túnicas, asunto que era difícil explicar luego. Descendí por el estrechísimo sendero bajo arbustos. En un pequeño claro me detuve a mirar en dirección a Lhasa esperando ver una inconfundible túnica azafrán que cruzase el Puente Turquesa o quizá —;con qué alegría pensaba en ello!— viniendo por el Camino del Rey. Pero no, sólo llegaban los peregrinos, sólo algunos monjes extraviados y uno o dos lamas corrientes. Así, con un suspiro y un gruñido de disgusto continué descendiendo por la resbaladiza senda.

Por fin llegué junto a los Tribunales de Justicia y por detrás de ellos me dirigí a la Imprenta. Allí dentro estaba un monje muy viejo, todo manchado de tinta, y con sus dedos gordos e índices ensuciados de tanto manejar papel y bloques de imprimir.

Entré y miré en torno mío. El olor a papel y a tinta siempre me fascinaba. Observé algunas de las tablas intrincadamente labradas de madera que habían de ser usadas para imprimir nuevos libros y pensé en cuándo po-

dría yo ayudar a tallar letras, ya que era muy aficionado a ello y a nosotros, los monjes, siempre se nos daban oportunidades de lucir nuestras habilidades para el bien de la comunidad.

—¡Bueno, pequeño, bueno! ¿Qué quieres? Dime pronto lo que desees. —El viejo monje impresor me miraba severamente, pero yo lo conocía desde hacía mucho y su ladrido era mucho peor que su mordedura. En verdad, un hombre bastante simpático cuyo único temor era que los chicos pudiesen arrugarle sus preciadas hojas de papel. Muy pronto le dije lo que andaba buscando: que me diese tres hojas de papel. Grujió, se volvió y anduvo buscando, aunque su retraso sólo era resistencia a desprenderse de sus preciadísimas hojas. Miró a cada una y no acababa de decidirse. Por último me cansé de esperar y yo mismo cogí tres hojas diciéndole: —Gracias, Honorable Impresor, ya tengo estas tres hojas y con ellas me bastará.

Se volvió hacia mí y me miró a la vez que abría mucho la boca estupefacto. Yo había llegado ya a la puerta con mis tres hojas y cuando el viejo se rehízo lo bastante para decir algo, ya no podía yo oírle.

Cuidadosamente enrollé las tres hojas para que la superficie estropeada quedase hacia afuera. Luego las metí por delante de mi túnica y me encaminé de nuevo hacia arriba, abriéndome paso por entre los difíciles matorrales.

Me detuve de nuevo en el claro y oficialmente esto habría sido para recobrar el aliento, pero me senté sobre una roca y miré durante algún tiempo en dirección a Sera, la Valla de la Rosa Silvestre. No, no, sólo había el tráfico corriente, nada más. Quizás algunos mercaderes más que de costumbre, pero no la persona que yo deseaba ver. Por fin me levanté y seguí mi viaje hacia arriba pasando de nuevo por la puertecita y buscando al joven lama que me había enviado.

Estaba solo en una habitación y vi que componía. Silenciosamente le entregué las tres hojas y me dijo:

Cuánto tiempo has tardado! ¿Acaso has estado fabricando el papel?— Las tomó en sus manos sin más comentario y sin agradecermelo siquiera. Así que las dejé allí y subí a las clases pensando en que tenía que pasar el día de algún modo hasta que regresara mi Guía.

Capítulo nueve

Me quedé de pie en el tejado del almacén, a mucha altura sobre el terreno que me rodeaba. Ante mí se extendía todo el Valle de Lhasa, verde y hermoso, con las casas de colores y el azul del Puente Turquesa. Más allá, el tejado dorado de la Catedral de Lhasa relucía muy erguido, como había estado durante siglos capeando las tormentas. Detrás de mí, aunque esta vez no volví la cabeza, se hallaba el Río Feliz y más allá las altísimas montañas con los desfiladeros que conducían a las alturas y que descendían por grandes pasos y gargantas hasta que se tenía la última visión de Lhasa. Luego se seguía en dirección a la India y se veía parte del Nepal, parte del Sikkim y parte de la India extendidas al frente. Pero eso era corriente para mí, pues ya conocía todo ello. Concentraba toda mi atención en la ciudad de Lhasa.

Por debajo de mí, a la derecha, o más bien casi directamente debajo de mí, estaba la Puerta Occidental, la entrada a la ciudad, camino lleno como siempre de mendigos que gritaban pidiendo limosnas, peregrinos en espera de una bendición del Santísimo, y mercaderes. Hallándome allí mientras protegía mis ojos contra la fuerte luz para ver con más claridad, las voces cada vez más altas me traían sus mensajes: —¡Limosnas! ¡Limosnas por amor al Santísimo! ¡Limosnas para que también a ti en tu hora de tribulación te ayuden! —Y luego, en otra dirección—: ¡Qué ganga es esto para ti! Sólo diez rupias, tan sólo diez rupias indias y conseguirás esta magnífica ventaja; nunca tendrás una ocasión semejante otra vez, pues nuestros tiempos cambian. Más vale que te diga, como buen cliente, que lo podemos dejar en nueve rupias. ¡Basta con que me des ahora nueve rupias y te entregaré esto y nos separaremos como buenos amigos!

Por el camino del Anillo que pasaba por debajo, los peregrinos circulaban tendiéndose algunos cuan largos eran, levantándose y volviéndose a tender de nuevo como si con esa forma tan rara de locomoción lograran alguna salvación. Pero otros caminaban muy erguidos mirando los relieves de las rocas en color, que eran uno de los hermosos rasgos de esa montaña. Al aparecer a mi vista, los oía yo murmurar: —¡Oh, allá arriba en el tejado hay alguien mirando. ¿Crees que es un lama? —Esta idea casi me hizo reír. ¿Cómo iba a ser yo un lama si no era más que un muchachito cuyo roto hábito sacudía el viento? ¿Yo, un lama? No, aún no, pero lo sería a mi debido tiempo.

Los peregrinos rezongaban su eterno: « ¡Orn! ¡Mani padmi Hum!». Los mercaderes trataban de venderles hechizos, Ruedas de Plegarias, amuletos y horóscopos. La mayoría de los horóscopos, encantos y amuletos habían sido hechos en la India e importados, pero los peregrinos no lo sabía, ni que ninguna de esas cosas había sido bendecida como debía ser. Pero, ¿acaso no ocurre eso mismo en todos los países y en cualquier religión? ¿No son los mercaderes los mismos en todas partes?

Miraba yo desde mi altísimo puesto de observación en dirección a Lhasa, y trataba de ver a través de las humaredas de boñiga de yak quemada para calentar las casas. El tiempo se ponía decididamente cada vez peor. Miré a las nubes cargadas de nieve que corrían por encima de mí y temblé. A veces hacía mucho calor, quizá 40 grados Fahrenheit, lo que era mucho a aquella hora del día, pero por la noche estaría a punto de helar. De todos modos, en aquellos momentos no me preocupaba el estado del tiempo.

Me puse lo más cómodo posible procurando apoyar parte de mi peso en los codos, que apoyaba en el extremo del muro, y miraba hasta que me dolían los ojos y hasta figurarme ver lo que deseaba. Una vez me sobresalté pues

un lama con una reluciente túnica azafrán aparecía a lo lejos. Me excité tanto que mis piernas, traidoramente débiles, me fallaron y me caí de espaldas. Durante unos segundos pareció faltarme la respiración hasta que de nuevo me puse en pie y seguí mirando en dirección a Lhasa. Pero no, el que llevaba la túnica azafrán no era el lama que yo esperaba. Le vi avanzar acompañado por sus servidores, vi cómo entraba por el camino del Anillo y que los peregrinos le dejaban paso y se inclinaban en dirección a él cuando pasaba. Luego, al cabo de media hora o así, subió por la senda ante mí y al hacerlo miró hacia donde yo estaba, me vio y me hizo unos movimientos con las manos que yo interpreté correctamente como que me quería decir que mi Guía llegaría pronto.

Aquello fue una amabilidad que le agradecí mucho porque los lamas principales no tenían la costumbre de atender a los niños, pero yo tenía buen motivo para saber que había lamas y lamas: unos eran remotos, completamente austeros, apartados de las emociones de la vida, mientras otros eran alegres y siempre dispuestos a ayudar a los demás sin hacer caso del rango, edad o situación de cada uno en la vida. Y, ¿cómo decir quién era el mejor? ¿Si el austero o el compasivo? Yo prefería al compasivo, capaz de comprender los malos ratos y sufrimientos de los niños.

Por una ventana de arriba, una ventana adonde no podía llegar yo, que no era más que un acólito, salió una cabeza que miró hacia abajo. La cara tenía un bigote. Hizo una reverencia y, cuando volví a mirar, la cara había desaparecido. Durante unos momentos seguí mirando hacia allí con la esperanza de no haber molestado a nadie subiendo a aquel tejado. Y por lo que yo sabía, no infringía orden alguna. Estaba tratando por todos los medios de conducirme bien y no hacer algo por lo que pudieran castigarme al retrasar el momento de ver a mi Guía cuando éste volviera.

Arriba, en el Chakpori, algo más alto que donde yo estaba, veía monjes que atendían a sus asuntos; parecían ir de procesión alrededor de los muros y pensé que sin duda estarían dando gracias a que otra remesa de hierbas hubiera llegado de las mesetas donde crecían. Yo sabía que un grupo de monjes había regresado recientemente de la recogida anual de hierbas en las mesetas y esperaba que no pasaría mucho tiempo sin que me hicieran miembro de esos grupos.

Desde muy lejos llegaba una humareda. Yo veía unos cuantos hombres dando vueltas, que probablemente hacían el té para la tsampa. Indudablemente eran mercaderes, pues ninguno de ellos vestía de color, sólo con los lisos tonos de los mercaderes, y todos ellos tenían gorros de piel.

El viento helado aumentaba otra vez. Allá abajo los mercaderes reunían sus mercancías y buscaban refugio. Los peregrinos se protegían en la falda de la montaña y los mendigos demostraban gran agilidad y algunos de ellos incluso olvidaban sus fingidas enfermedades, pues corrían para protegerse de la tormenta de arena, o más bien, de polvo, que se acercaba.

El Valle de Lhasa solía ser barrido por los vendavales que bajaban de las montañas arrastrándolo todo ante ellos. Sólo las mayores piedras quedaban en su lugar. El polvo y la arena eran barridos. Cada racha de viento nos traía encima más arena y polvo desde las montañas, y las rocas chocaban unas con otras y se partían formando piedra pulverizada que, arrastrada por el viento, llegaba hasta nosotros.

El viento que tan repentinamente se había levantado me empujaba por la espalda y me tenía apretado contra el extremo del muro de piedra, hasta tal punto que no me podía mover. Desazonado, intentaba agarrarme al muro y trataba de dejarme caer para formar sobre el tejado un bulto que no le diera al viento la posibilidad de levan-

tarme. Dolorosamente doblé la rodilla y con infinitas precauciones me dejé caer para formar como una pelota y proteger así mi cabeza del ventarrón cargado de piedras. Durante algunos minutos el viento rugió y chilló y parecía amenazar a la propia montaña. El viento rugía más que nuestras trompetas habían sonado nunca y, muy pronto, extrañamente, llegó un completo silencio, una calma mortal. En el silencio oí una súbita risa, la risa de una chica que estaba por allí abajo entre los matorrales. —¡Oh! —dijo—. Aquí no, en este sitio sagrado no. Eso sería un sacrilegio. —Luego una risita y a mi vista aparecieron un joven y una muchacha de la mano al cruzar hacia la Puerta Occidental. Los contemplé unos momentos sin prestarles gran atención. Luego desaparecieron de mi vista y de mi vida.

Seguí allí mirando, por encima de los árboles, en dirección a Lhasa, pero la tormenta que nos había abandonado estaba ya en Lhasa. Sólo veía yo una gran nube como una inmensa manta gris que me tapaba la vista. La nube era informe, pero avanzaba con rapidez y le daba a uno la impresión de dos dioses llevando entre ambos, cada uno por un pico, una manta gris y corriendo con ella. Mientras yo miraba, fueron haciéndose invisibles más edificios hasta que vi el convento de monjas al otro lado de Lhasa, y la nube siguió retrocediendo rápidamente por el Valle abajo, haciéndose cada vez más pequeña pues las fuerzas del viento se agotaban y las partículas más pesadas de polvo y de arenilla cayeron.

Pero yo seguía mirando en dirección a Lhasa, no a la nube de polvo que podía ver en tantas ocasiones. Me froté los ojos y miré de nuevo. Quería obligarme a ver más de lo que realmente había allí, pero al final vi un grupito de hombres que aparecía más allá de unos edificios. Algunos llevaban túnicas y mantos azafrán. Estaban demasiado lejos de mí para ver quién era cada uno. ¡Pero de sobra lo sabía yo!

Mientras miraba emocionado, el corazón me latía con más rapidez de lo habitual. El pequeño grupo de hombres avanzaba tranquilamente. Era una ordenada procesión que no se daba prisa. Poco a poco se acercaron a la entrada del Puente Turquesa y pronto los ocultó de mi vista aquella hermosa estructura cerrada hasta que aparecieron de nuevo por el otro extremo.

Yo no dejaba de mirar, procurando imaginar que distinguía a aquellos hombres. Paulatinamente, con penosa lentitud, se fueron acercando. Me saltaba el corazón hasta que por fin pude reconocer la túnica azafrán que me interesaba. Quise bailar de alegría sobre el tejado, pero no me lo permitían las piernas, de modo que me agarré de nuevo al muro en un infructuoso intento de controlar el temblor de mis miembros, temblor que en aquella ocasión era más de excitación que por debilidad.

La pequeña cabalgata se acercaba cada vez más hasta que por fin me la ocultaron los grandes edificios del pueblo de Shei. Oía el ruido de las herraduras de los caballos, el rozar de las monturas y los crujidos de alguna bolsa de cuero quizá presionada entre un jinete y su caballo.

Me estuve de puntillas procurando hacerme más alto para ver más. Mientras me asomaba por encima del borde del muro sólo podía ver las cabezas de los que subían lentamente en sus cabalgaduras por la empinada senda hasta la entrada principal. Por un instante, uno que llevaba una túnica azafrán miró hacia arriba, sonrió, y agitó una mano. Yo estaba demasiado impresionado para contestarle. Seguía allí mirando y temblando con alivio al saber que pronto estaría él conmigo otra vez.

Le dijo algo a otro lama y también éste miró hacia arriba y sonrió. Esa vez logré obligar a mis facciones a esbozar una temblorosa sonrisa como respuesta. Era lo más que podía hacer, pues me invadía la emoción y temía desesperadamente perder el control y manifestarme no como un hombre, sino como un niño.

La pequeña cabalgata continuó subiendo en busca de la entrada principal del Potala como correspondía a tan augusta expedición. Como yo bien sabía, habría alguna tardanza, ya que mi Guía tendría que ir primero a presentarse al Recóndito y darle su informe y después iría a sus habitaciones situadas en la parte más alta del Potala desde donde, después de un intervalo suficiente, enviaría a un chico a buscarme.

Descendí de mi puesto de observación, me sacudí las manos y las rodillas y procuré asegurarme de que mi túnica estaba lo bastante presentable. Luego fui a la casita que estaba en el tejado, entré en ella y con gran cuidado y lentitud bajé por la escalera de mano al suelo de abajo. Tenía que estar disponible cuando llegase un mensajero a buscarme y ante todo quería hallarme lo más presentable que pudiera.

Nuestras escaleras eran de lo más peligroso para quien no tuviera muy firmes las piernas. Consistían en un palo central bien suavizado, con muescas abiertas a cada lado para poner un pie en el lado izquierdo y luego el pie derecho en el soporte siguiente del lado derecho y así iba uno subiendo o bajando mientras se mantenía sujeto al palo con las rodillas y por supuesto con las manos. Si no se tenía cuidado o el palo estaba en malas condiciones, se resbalaba uno, muchas veces con gran regocijo de los pequeños. Una amenaza con la que había que tener cuidado era la frecuencia con que esas escaleras de palo central resultaban resbaladizas de manteca, pues cuando uno subía llevando en la mano una lámpara era frecuente que la manteca que se había derretido cayera y creara aún más dificultades. Pero aquélla no era ocasión de pensar en escaleras de mano y en lámparas. Conseguí llegar al suelo, me volví a sacudir el polvo cuidadosamente y me quité unas pellas de manteca que se me habían pegado a la túnica. Luego me dirigí a la parte dedicada a los muchachos en el edificio.

Ya en nuestro dormitorio, fui con impaciencia a la ventana y miré por ella mientras daba puntapiés contra la pared para exteriorizar mi impaciencia. Miré esa vez sólo por pura impaciencia, ¡pues nada había que deseara ver afuera, ya que a quien deseaba ver no estaba visible! En el Tibet no utilizamos espejos; no oficialmente, es decir, porque los espejos se consideraban una vanidad; si una persona era sorprendida mirándose a un espejo se estimaba que pensaba más en las cosas carnales que en las espirituales. ¡Y era una gran ayuda para obedecer a esa prohibición el que no hubiese espejos! Sin embargo, en aquella ocasión deseaba yo urgentemente ver qué aspecto tenía y por ello me fui subrepticamente a uno de los templos donde había una placa de cobre muy brillante. Era tan reluciente que después de haberla frotado varias veces con el borde de mi larga túnica pude mirar la superficie y tener una idea de mi aspecto. Después de haberme contemplado mucho tiempo y de sentirme desanimado por lo que vi, dejé allí la placa y me marché en busca del monje-barbero, pues parecía yo un «Cabeza negra».

En el Tibet son los «Cabezas negras» personas que no pertenecen a las Órdenes Sagradas. Los monjes y todos los que eran acólitos, trapas o pertenecían a órdenes monásticas, se afeitaban la cabeza y por eso se les llamaba frecuentemente «Cabezas rojas», porque así las teníamos cuando el sol apretaba. Por otra parte, los laicos se cubrían la cabeza con pelo negro y por eso se les llamaba «Cabezas negras». Hay que añadir aquí que también nos referíamos a las «Túnicas Azafrán» para referirnos a los lamas principales. Nunca decíamos «el que lleva una túnica azafrán», sino sencillamente «Túnicas Azafrán». Asimismo hablábamos de «Túnicas Rojas» o «Túnicas Grises», porque para nosotros la túnica era lo que indicaba la condición de la persona que la llevaba. También nos resultaba claro, según la lógica tibetana, que había

alguien dentro de la larga vestidura, pues si no ésta no se podría mover.

Recorrí los pendientes pasillos del Potala y luego por fin me acerqué a la habitación bastante grande donde ejercía su actividad el monje-barbero. Era uno de los llamados monjes sólo por cortesía, pues me parecía que nunca salía de aquella habitación y no asistía a servicio alguno. Pasado el corredor entré en su cuarto. Como de costumbre aquel sitio estaba lleno de curiosos, monjes que pasaban el tiempo curioseando. El monje-barbero, los monjes-cocineros y todos perdían el tiempo y se lo hacían perder a los demás. Pero en ese día había un ambiente muy excitado en aquel lugar y traté de enterarme del porqué.

Sobre un banco bajo había una pila de revistas muy manoseadas y rotas. Parecía que uno de los monjes había prestado algún servicio a un grupo de mercaderes y éstos, para expresarle su agradecimiento, le regalaron revistas y diarios que habían llevado de la India con diversos objetivos. Estaban muchos monjes en la habitación del monje-barbero y esperaban a otro monje que había pasado algún tiempo en la India, por lo que se suponía que entendería de qué hablaban las revistas.

Dos monjes se reían y charlaban comentando cierta fotografía de una revista. Uno le dijo al otro riéndose: — Debemos preguntarle a Lobsang de esto, pues debe de ser un especialista en estas cosas. ¡Ven aquí, Lobsang! — Me acerqué adonde estaban sentados en el suelo mirando las fotografías. Les cogí la revista y uno dijo: — Ten cuidado que la has puesto boca abajo; ni siquiera sabes cómo debes ponerla—. Desgraciadamente y para vergüenza mía, comprobé que tenía razón. Me senté entre ellos y contemplé la fotografía más notable de las que viera. Era de un color marrón, sepia, según creo que es el término exacto, y representaba a una mujer de extraño aspecto. Estaba sentada sobre una alta

mesa frente a otra mesa aún mayor y en un marco encima de ésta aparecía un cuadro o el reflejo de la mujer.

Su vestido me intrigó mucho porque parecía ser más largo que la túnica de un monje. Tenía una cintura notablemente pequeña que daba la impresión de estar muy apretada por un cinturón para hacerla aparecer aún más pequeña y sin embargo llevaba los brazos muy envueltos y engrosados con telas. Cuando le miré el pecho me ruboricé porque su vestido era muy descotado —un descote peligrosamente bajo, diría yo— y me avergoncé al preguntarme qué pasaría si la mujer se inclinaba hacia delante. Pero en esa foto aparecía muy tiesa y hacia atrás.

Mientras estábamos sentados allí mirando la foto se acercó otro monje, de cuya presencia no nos dimos cuenta. Uno de los que andaban por allí dijo: —¿Qué está haciendo esa mujer? —El monje que se había acercado se inclinó y leyó lo que ponía debajo y luego dijo con mucha grandilocuencia—: Bah, sólo está maquillándose; se pinta con un lápiz labial y cuando termine se pintará las cejas con otro lápiz. Es un anuncio de cosmética. — Todo esto me confundió mucho. ¿Maquillándose? ¿Pintándose con un lápiz labial? ¿Pasándose un lápiz sobre las cejas?

Me volví hacia el monje que leía en inglés y que se había parado detrás de mí y le dije: —Pero, ¿por qué quiere indicar donde tiene la boca? ¿Acaso no lo sabe? —Se rió de mí el monje y dijo—: Algunas de esas mujeres se pintan de rojo o naranja los labios para hacerlos más atractivos. Y después se realzan las cejas y quizá también los párpados. Y cuando terminan con eso se ponen en la cara polvos de varios colores. —Todo aquello me parecía muy raro y comenté—: Pero, ¿por qué no se ha subido el vestido para taparse la parte superior de su cuerpo? —Todos se rieron de mí, pero se acer-

caron a mirar lo que yo comentaba. El monje que leía en inglés se rió más que los otros y dijo—: Cuando veas a las occidentales en sus fiestas ya comprobarás que llevan muy poca tela sobre el pecho, pero muchísima por debajo de la cintura.

Contemplé mucho tiempo las fotografías tratando de comprender a qué se referían. No comprendía cómo se podía mover aquella mujer con una ropa tan incómoda. Parecía no tener pies, pues el vestido le llegaba hasta el suelo y se arrastraba sobre éste. Pero olvidé pronto aquel asunto cuando oí al monje que leía el inglés hablándoles a los otros sobre las revistas.

—Mirad éstas fechas de 1915. Hay una guerra muy grande en Occidente que va a extenderse por todo el mundo. La gente lucha, se matan unos a otros y abren agujeros en el suelo y permanecen en ellos y cuando llueve casi se ahogan allí dentro.

—¿Por qué es esa guerra? —preguntó otro monje—. Lo mismo da por qué sea —dijo el otro—, pues los occidentales no necesitan un motivo para luchar, sencillamente se ponen a pelear. —Repasó unas cuantas revistas hasta que llegó a una que mostraba algo muy notable: lo que parecía una gran caja de hierro y, según el pie de la fotografía, aquello corría sobre el suelo y tumbaba a los soldados que intentaban escapar. —Eso —dijo el monje que leía en inglés— es el último invento; se llama tanque y puede hacer que ganen la guerra.

Miramos y pensamos sobre la guerra, pensamos en tantas almas que resultarían heridas al ser destruidos sus cuerpos físicos. Pensé en cuántas barras de incienso tendrían que ser quemadas para auxiliar a todas aquellas almas errantes.

—Los ingleses están reclutando otro batallón de gurkhas, según leo aquí —dijo el monje que sabía inglés—. Pero nunca se les ocurre pedirle ayuda espiritual al Tibet—. Me alegró bastante que no lo hicieran, pues toda aque-

lla matanza me parecía sin sentido, tanto derramamiento de sangre y sufrimiento. Me parecía tan estúpido que los hombres adultos se pegaran sólo porque unas gentes no estuvieran de acuerdo con otras... Suspiré y moví la cabeza muy disgustado al pensar que mi desgraciado destino era viajar más adelante por el mundo occidental. Todo aquello había sido va previsto y se me había explicado mi futuro con toda claridad, pero no me gustaron las cosas que me dijeron pues llevaban consigo muchas penalidades y sufrimientos.

—¡Lobsang! —me gritó una voz. Levanté la mirada y era el monje-barbero que me hacía señas para que me acercara y me sentase en su taburete de tres patas. Así lo hice; él estaba de pie detrás de mí y cogió la enorme navaja con la que afeitaba nuestras cabezas. No utilizaba jabón ni agua, por supuesto. Se limitó a afilar la hoja de la navaja en una piedra y luego, sujetándome firmemente las sienes con su mano izquierda, comenzó el doloroso proceso de rasparme la pelusa de mi cabeza. A ninguno nos gustaba esa operación y todos esperábamos acabar sangrando por la cabeza y teniendo ésta arañada y cortada. Sin embargo, los tibetanos no somos blandos ni salimos corriendo al primer asomo de dolor. De modo que seguí allí aguantando mientras el monje-barbero me raspaba sin cesar. —Creo que debo arreglarte el cuello, ¿no? —dijo—. Me han dicho que ha regresado tu Guía y supongo que estarás impaciente por ir a verlo, ¿no? —Entonces me puso la cabeza casi entre mis rodillas y me cortó hábilmente los largos pelos que me crecían donde mi cabeza se unía a mi cuello. Durante todo el tiempo no cesaba de soplármelos para expulsar así los cabellos que me había cortado y cada vez contenía el aliento (¡si adivinaba el buen momento para hacerlo!), pues el suyo no era muy agradable que digamos ya que tenía los dientes picados o algo así. Pero por fin acabó de pelarme y empezó a cicatrizar las nume-

rosas heriditas que me había hecho. Uno dijo: —La manera más rápida de cortar la sangre es poner un pedazo de papel sobre cada cortadura. Probemos. —Así que terminé pareciendo un espantapájaros todo lleno de papeillos de tres puntas adheridos a las cortaduras. Nada mejor tenía que hacer por entonces, de modo que me quedé en la habitación del monje-barbero escuchando cuanto allí se decía. Según parecía, las cosas iban muy mal en el mundo occidental y parecía que el mundo entero se incendiaba. Había trastornos en Rusia, en Inglaterra, y en Irlanda; en varios países el pueblo andaba muy revuelto. Sólo en el Tibet seguíamos siendo pacíficos.

Quedé en silencio al recordar las profecías que se habían hecho acerca del Tibet y sabía yo que en nuestro tiempo, desde luego mientras yo viviera, tendríamos los tibetanos también nuestros trastornos. Sabía así mismo que nuestro amado Dalai Lama sería el último Dalai Lama efectivo, y aunque habría otro más, no sería de la misma significación espiritual.

Pasé una hoja por entretenerme y vi una fotografía de lo más extraordinario; parecía consistir en muchas cajas con los bordes recortados y por los lados aparecían muchas caras mirando. Las cajas estaban todas juntas y semejaban haber sido ideadas Por algún monstruo que estuviera lanzando humo por la boca. Debajo de ellas salían unas cosas circulares y parecía haber dos líneas entre ellas. No podía comprender en absoluto lo que significaba aquello. Por entonces era incapaz de saber que se trataba de ruedas y que lo que yo veía era un tren. En el Tibet las únicas ruedas eran las de Plegarias. Me volví hacia el monje que sabía inglés y le tiré de su túnica. Me atendió y le pedí que me explicara lo que decía allí. Me tradujo que era un tren inglés de transporte de tropas que llevaba soldados para que lucharan en los campos de Flandes.

Otra foto me fascinó y me emocionó muchísimo: era un aparato que parecía ser una corneta sin cuerdas posada en el suelo. Esta corneta tenía el aspecto de una armazón cubierta con tela y frente a ella parecía haber algo que, según se veía en la foto, debía de estar dando vueltas, y vi que había dos personas en esta corneta, una delante y otra sentada detrás de ella. El monje que sabía inglés y que era muy simpático me explicó que aquello era un aeroplano, algo de lo que nunca había oído yo hablar hasta entonces. Decidí que si me expulsaban de la lamasería o de la Orden no sería ya un barquero, sino una de aquellas personas que volaban en esas extrañas cometas que tenían en Occidente. Y luego, al pasar aquellas páginas vi otra cosa, algo que me dejó sin habla durante algún tiempo —algo que parecía de lo más extraordinario—, pues era un largo tubo cubierto con tela o con algún otro material y aparecía como volando por encima de una ciudad y lanzando grandes cosas negras sobre ella. Otras fotografías mostraban cómo caían las cosas negras y despedían un fogonazo a la vez que causaban gran daño en los edificios haciéndolos volar por el aire. El monje me dijo que era lo que llamaban un zepelín, empleado para bombardear Inglaterra, y que una bomba era una especie de tubo lleno de altos explosivos y que lo hacía volar todo cuando caía. Me pareció que esa revista no tenía nada de paz, sino que sólo se ocupaba de la guerra. Pensé que ya había mirado bastante aquellas ilustraciones que sólo servían para exaltar la pasión agresiva de los hombres, de modo que dejé allí la revista, le di las gracias al monje que nos había leído inglés y al monje-barbero y me dirigí hacia arriba, de nuevo, al dormitorio donde sabía que pronto podía llegar un

~~pasosajero~~ ~~pasosajero~~ terminable día. De nuevo fue la hora de la tsampa. Bajé al amplio comedor y tomé la tsampa con los otros, pero confieso que aquel día se me hizo inter-

minable. Tenía poco apetito, pero pensé que debía aprovecharme y comer mientras tuviera tiempo. Después de limpiar mi cuenco salí del comedor, volví a mi dormitorio y estuve allí algún tiempo mirando por la ventana el movimiento de la gente en torno a nuestros edificios.

Capítulo diez

Pronto llegó a nuestro corredor un muchacho gritando: «¡LOBSANG! ¡LOBSANG!». Presuroso le salí al encuentro y le encontré justo en la puerta cuando iba a entrar. — ¡Fiu! —exclamó secándose en su frente un imaginario sudor—. Te he estado buscando POR TODAS PARTES. ¿Acaso te has estado escondiendo o algo así? Tu Guía te busca. —¿Qué tal está? —pregunté con cierta inquietud. —¿Cómo quieres que esté? Lo has visto hace unos cuantos días. ¿Qué te pasa, es que estás malo o te ocurre algo? —El muchacho se alejó murmurando que yo era tonto... Me volví, recogí mi túnica y me aseguré de llevar bien el cuenco y mi caja de los hechizos. Luego me alejé por el corredor.

Era un placer salir de la residencia de los muchachos con sus paredes manchadas y entrar en el sector de los lamas, que estaba mucho más arreglado. Mientras recorría aquello podía mirar en el interior de la mayoría de las habitaciones ante las que pasaba; casi todos los lamas dejaban abiertas sus puertas. Un viejo pasaba entre sus dedos sus cuentas mientras recitaba interminablemente: —« ¡Om! ¡Mani padmi Hum!»—. Otro pasaba con reverencia las páginas de un antiquísimo libro tratando incansablemente de darle otro significado a las Escrituras. Casi me fastidió ver a aquellos viejos intentando leer «entre líneas» con la esperanza de hallar entre lo escrito mensajes que no estaban allí. Luego exclamaban: «—Nueva interpretación de las Escrituras, por el lama Tal y Tal». Un hombre muy viejo que tenía una enmarañada barba blanca hacía girar suavemente una Rueda de Plegarias y murmuraba mientras lo hacía. Había otro que declamaba ensayándose para una discusión teológica en la que él tomaría parte principal.

—¡No vengas aquí a traer polvo a mi limpio suelo, joven descuidado! —me dijo un gruñón y viejo monje de la limpieza mientras se apoyaba en su escoba y me miraba enfadado—. ¡No me paso el día trabajando aquí para que vosotros me lo ensuciéis todo! —Entonces le contesté groseramente mientras le dejaba atrás—: ¡Ve a tirarte por la ventana, viejo!— Trató de echarme mano, pero, tropezando en su larga escoba, se cayó al suelo con un golpe resonante. Me apresuré para sacarle ventaja cuando se pudiese levantar. Nadie más se fijó en mí; las Ruedas de Plegarias seguían haciendo su ruído, el declamador continuaba declamando, y diversas voces seguían entonando sus mantras.

En una habitación próxima un monje se aclaraba la garganta con horrible ruido. «¡Jruk! ¡Jruk! ¡Uajaaja!», hacía el hombre en sus incesantes intentos por aliviarse. Seguí caminando. Eran unos corredores muy largos y yo tenía que ir desde la más baja sección de la Vida Lamástica a la más alta casi, donde estaban los lamas muy mayores. Mientras me acercaba yo a la zona «mejor», cada vez se cerraban más puertas. Por fin entré por el corredor principal y luego por un pequeño anejo, donde vivían los «especiales». En el sitio de honor residía mi Guía cuando se hallaba en el Potala.

Latiéndome el corazón rápidamente, me detuve ante una puerta y llamé en ella. —¡Entra! —dijo una voz muy amada. Entré e hice las reverencias rituales ante el Luminoso Personaje que se hallaba sentado de espaldas a la ventana. El lama Mingyar Dondup me sonrió amablemente y me miró con mucha atención para ver qué tal me había ido durante los últimos siete días o más. — ¡Siéntate, Lobsang, siéntate! —dijo, indicándome un cojín colocado ante él. Durante algún tiempo estuvimos allí sentados mientras él me hacía unas preguntas, a algunas de las cuales me era muy difícil responder. El gran hombre me envolvió con sus profundos sentimien-

tos de amor y devoción; lo que más deseaba yo era estar continuamente en su presencia.

—El Recóndito está muy contento de ti —dijo y añadió como sin darle importancia—: Y supongo que eso merece ser celebrado de algún modo. —Extendió una mano e hizo sonar una campanilla de plata. Un monje-criado entró llevando una mesa baja, una de esas cosas tan adornadas y talladas y con muchas capas de color. Siempre temía yo arañar o estropear de algún modo esas fastidiosas mesas. Aquélla fue colocada a la derecha de mi Guía. Sonriéndome, el lama se volvió hacia el monje-sirviente y dijo: —¿Tienes preparada la mesa sencilla para Lobsang? —Sí, Maestro —respondió aquel hombre—. Iré ahora mismo por ella. —Salió y pronto volvió con una mesa muy corriente que tenía encima los mejores «adornos»: estaba cargada de Cosas de la India. Dulces de todas clases cubiertos con una especie de jarabe salpicado con azúcar, nueces picadas, castañas especiales que habían sido traídas de un país muy lejano y muchas otras cosas que me encantaron. El monje-sirviente me sonrió mientras me ponía al lado un gran jarro de las hierbas que empleábamos para la indigestión.

Entró otro monje-criado llevando unas copitas y un gran jarro lleno de hirviente té indio. A una señal de mi Guía se retiraron ambos. ¡Y pude variar agradablemente de la tsampa! No me cuidé de pensar en los otros acólitos que probablemente nunca en sus vidas habían probado algo que no fuera tsampa. Yo sabía muy bien que quizá la tsampa sería su único alimento mientras vivieran y me consolaba pensando que si de pronto pudieran oler aquellos exóticos alimentos de la India se quedarían insatisfechos. De sobra sabía yo que me esperaban malos tiempos en esta vida y que pronto tendría que acostumbrarme a comida muy distinta, de modo que en mi complacencia de muchachito pensé que nada había de malo en probar de antemano algunas cosas agradables para

compensar todo lo desagradable que ya había tenido que sufrir. Así que comí con toda tranquilidad mucho más de lo que debía. Mi Guía permanecía en silencio y sólo tomaba té indio. Pero de vez en cuando, suspirando con mucho arrepentimiento, decía yo que no debía comer ni otra miga y en verdad sólo con ver aquel maldito alimento empezaba a asquearme. Sentía, por decirlo así, como si unos enemigos estuvieran luchando dentro de mí. Me di cuenta de que flotaban ante mis ojos unas manchitas que yo no me había propuesto ver, de modo que ya no comí más y no pasó mucho tiempo sin que me retirase a Otro Sitio, pues la comida me había fastidiado dolorosamente el estómago.

Cuando regresé, algo más pálido, muy aligerado y un poquito temblón, mi Guía seguía sentado allí tan tranquilo y con una expresión muy benigna. Me sonrió cuando me instalé de nuevo y me dijo: —¡Bueno! Ahora ya te has tomado, y perdido, la mayor parte de tu té. Pero por lo menos te queda el recuerdo de él y eso puede ayudarte. Hablaremos ahora de varias cosas. —Me instalé muy cómodamente. Se le iban los ojos preguntándose sin duda cómo iban mis heridas, y por fin me dijo—: He hablado con el Recóndito, que me contó tu, en fin... tu vuelo sobre el Tejado Dorado. Su Santidad me habló de todo ello y me dijo lo que había visto y que te habías jugado la expulsión por decirle la verdad. Está muy satisfecho de ti, muy contento por los informes que tiene sobre ti, le ha agradado mucho ver que me estabas esperando con tanto interés y me ha dado órdenes especiales referentes a ti. —El lama me miró sonriendo y quizá divertido por la expresión que puse. Más dificultades, pensé, más penalidades que pasar ahora para que comparativamente no me parezca tan malo lo del futuro. Estoy harto de pasarlo mal, pensé. ¿Por qué no seré como toda esa gente que hace volar cometas en una batalla o conducen esas rugientes cajas de vapor para llevar muchos solda-

dos? También pensé que me gustaría mandar una de esas cosas de metal que flotaban sobre el agua y llevaban a tanta gente de un país a otro. Cuando mi atención vagaba me pregunté: ¿Cómo pueden ser de metal? Cualquiera sabría que el metal era más pesado que el agua y que por tanto se hundía. Llegué a la conclusión de que debía de haber algún secreto en eso y no serían de metal. Aquel monje me habría contado alguna historia fantástica. Cuando miré a mi Guía, éste se reía de mí. Había ido siguiendo mis pensamientos por telepatía y le divertían mucho.

—Esas cometas son aeroplanos, el dragón de vapor es un tren y las cajas de hierro son barcos, y, desde luego, los barcos de hierro flotan. Te lo explicaré todo ello más tarde, pero por ahora tenemos otras cosas a que atender. — Volvió a tocar la campanilla y un monje-sirviente entró y quitó la mesa que tuve delante sonriéndome por el revoltijo que había hecho yo con los alimentos de la India. Mi Guía dijo que deseábamos más té. Esperamos mientras nos lo traían. —Prefiero el té indio al chino —dijo mi Guía—. Yo estaba de acuerdo con él, ya que el té chino siempre me ponía malo, no sabía por qué, pues indudablemente estaba más acostumbrado a ese té, pero el indio parecía mucho más agradable. Nuestra discusión acerca del té fue interrumpida por el monje-sirviente que nos llevaba una nueva provisión. Se retiró mientras mi Guía servía nuevas tazas de té.

—Su Santidad ha dicho que serás retirado de las clases ordinarias. En cambio, te mudarás a un piso cerca del mío y te enseñaremos yo y los principales lamas especialistas. Tienes la tarea de conservar mucho del antiguo conocimiento y más adelante deberás poner por escrito gran parte de ese conocimiento, pues nuestros más alertas Videntes han previsto el futuro de nuestro país y dicen que seremos invadidos. Mucho de lo que hay en esta lamasería y en otras será saqueado y destruido. Por

medio de la sabiduría del Recóndito están siendo copiados ciertos registros para que las copias queden aquí y sean destruidas mientras que los originales irán a parar lejos, muy lejos, donde ningún invasor llegue a ellos. En primer lugar tendrán que enseñarte ampliamente las artes metafísicas. —Dejó de hablar y se levantó, pasando a otra habitación. Le oí moviéndose por allí y luego volvió trayendo una caja de madera muy sencilla que colocó sobre la mesa ornamental. Se sentó ante mí y durante unos momentos permaneció en silencio.

—Hace muchos años la gente era muy distinta de lo que es ahora. Hace muchos años la gente acudía a las leyes naturales y utilizaba los sentidos que la humanidad ha perdido ya, excepto en algunos raros casos. Hace muchos centenares de siglos la gente era telepática y clarividente, pero de tanto usar esos poderes para el mal los humanos en general han perdido esa habilidad y sus facultades están ya atrofiadas. Lo que es peor, suelen negar ahora que existan tales poderes. Descubrirás, cuando vayas a diferentes países, que, al salir del Tibet y de la India, no será prudente que hables de clarividencia, viajes astrales, levitación o telepatía, pues la gente se limitará a decir: «Pruébalo, pruébalo, hablas en acertijos, dices tonterías, esas cosas no existen y si las hubiera la ciencia las habría descubierto ya».

Se concentró un momento y una sombra pasó por sus facciones. Había viajado mucho y aunque parecía joven (en realidad parecía no tener edad y no se podía decir si era un viejo o un joven, ya que su carne se mantenía firme y su rostro sin arrugas irradiaba salud y vitalidad) sin embargo, yo sabía que había viajado mucho por Europa, Japón, China y la India. Sabía también que había tenido las más asombrosas experiencias. A veces, cuando estaba sentado, hojeaba algunas revistas que habían traído de la India a través de las montañas y luego suspiraba con pena ante la locura de la humanidad guerrera.

Había sobre todo una revista que le interesaba mucho y siempre que podía hacía que se la llevaran de la India. Era una revista muy especial llamada *London Illustrated*. Para mí algunos ejemplares sueltos de esta publicación constituían una gran fuente de información, pues me ofrecían ilustraciones de cosas que sobrepasaban mi entendimiento. Me interesaba lo que llamaban «Anuncios». Siempre que podía trataba de ver las ilustraciones y luego, cuando se me presentaba la oportunidad, me valía de alguien que supiera lo bastante del extraño idioma para leerme los textos.

Seguí allí sentado mirando a mi Guía. De vez en cuando miraba la caja de madera que él había traído y me preguntaba qué podía contener. Era una caja de una madera desconocida para mí. Tenía ocho lados, de modo que era casi redonda. Estuve algún tiempo pensando de qué sería y qué habría en ella, y por qué se había callado de pronto mi Guía. Luego habló: —Lobsang, has de desarrollar tu ya muy avanzada clarividencia natural hasta un grado aún más elevado y ante todo debes conocer esto. —Empujó hacia mí la caja de madera de ocho lados como si aquello lo explicara todo, pero con ello me sumió en una confusión aún mayor—. Tengo aquí un regalo para ti por orden del propio Recóndito. Se te da para que la uses y con ella puedes hacer mucho bien. —Se inclinó hacia delante y con las dos manos cogió la caja de madera y la estuvo mirando unos momentos antes de ponérmela en las manos. Me la pasó cuidadosamente y mantuvo cerca sus manos por si yo, por mi poca edad, fuese tan inhábil que la dejara caer. Era sorprendente cuánto pesaba y pensé que debía tener alguna piedra dentro para ser tan pesada.

Ábrela, Lobsang! —dijo el Lama Mingyar Dondup—. No aprenderás nada de la caja sólo con mirarla

Preocupado, di vueltas a aquella cosa en mis manos

sin saber cómo abrirla, y por tener ocho caras no podía ver cuál era la tapa. Pero por fin encontré el cierre y conseguí abrirla. La parte de arriba, que tenía forma de cúpula, me quedó en las manos. La miré y sólo era una tapadera, de modo que la puse junto a mí mientras observaba atentamente lo que había en la caja. Cuanto pude ver era un trozo de tela, de modo que lo cogí y me dispuse a sacarlo, pero su peso era asombroso. Extendí cuidadosamente mi hábito para que si se caía algo no fuera sobre el suelo y luego, poniendo las manos sobre la caja, le di la vuelta y su contenido quedó entre mis dedos. Dejé al lado la caja ya vacía y concentré mi atención en el objeto esférico envuelto en un paño negro.

Mientras mis ocupados dedos desenvolvían aquello, abrí la boca fascinado, pues tenía ante mí un maravilloso e impecable cristal. Desde luego no era como el que usan los adivinos, sino un cristal tan puro que apenas se podía ver dónde empezaba ni dónde terminaba; casi una esfera de nada que sostuve en mis manos. Su peso era formidable. Pesaba tanto como pesaría una piedra del mismo tamaño.

Mi Guía me miraba sonriente. Cuando lo miré a los ojos me dijo: —Lo haces muy bien, Lobsang, la estás sosteniendo como es debido. Ahora tendrás que lavarla antes de usarla y también deberás lavarte las manos —exclamó. —¡Lavarla, Honorable Lama! —le dije, admirado—. ¿Para qué he de lavarla? Está completamente limpia, perfectamente clara. —Sí, pero es necesario que todo el cristal sea lavado cuando cambia de manos, porque ha sido manejado ya por mí, estuvo en manos del Recóndito y después he vuelto a manejarlo yo. De modo que ahora no querrás husmear en mi pasado ni en mi futuro y, por supuesto, está prohibido ver el pasado, el presente o el futuro del Recóndito. Por tanto, debes ir a la habitación de al lado (y me indicó con la mano la dirección), lavarte las manos, lavar luego el cristal y asegu-

rarte de que ese agua está limpia. Te esperaré aquí hasta que hayas terminado.

Envolví muy cuidadosamente el cristal y, levantándome del cojín donde había estado sentado, coloqué el cristal en su centro para que no se cayera al suelo. Cuando me puse en pie con más o menos seguridad, cogí y levanté el paquete envuelto en tela y salí de la habitación. Era un bello objeto para meterlo en el agua. Mientras lo frotaba con las manos ya sumergido parecía relucir con vida y daba la impresión de que era una parte de mí, como si me perteneciera, lo que ya era verdad. Lo aparté suavemente y me lavé las manos utilizando mucha arena fina. Después de frotármelas volví a lavar el cristal, poniéndolo debajo de una jarra y el agua al caer sobre el cristal formaba un pequeño arco iris mientras las gotas que caían eran iluminadas por el sol. Con el cristal ya limpio y limpias ya mis manos, volví a la habitación de mi Guía, el lama Mingyar Dondup.

—Tú y yo estaremos mucho más juntos en el futuro, viviremos en habitaciones contiguas, ya que así lo ha dispuesto el Recóndito. Ya no dormirás en el dormitorio general después de esta noche. Se han tomado las disposiciones oportunas para que cuando vayamos mañana a Chakpori tengas un cuarto junto al mío. Estudiarás conmigo y también con los cultos lamas a los que tanto has visto, que han hecho tantas cosas y viajado por lo astral. Tendrás en tu habitación el cristal y nadie más deberá tocarlo, pues lo influiría de modo diferente. Ahora mueve tu cojín y siéntate dando la espalda a la luz.

Me senté de espaldas a la luz. Y allí, bastante cerca de la ventana, tenía el cristal entre mis manos pero mi Guía no estaba satisfecho. —No, no, comprueba que no da luz sobre el cristal, pues en tal caso se producirían dentro falsos reflejos. Es necesario que no haya puntos de luz en el cristal pues entonces te distraerían y te impe-

dirían darte cuenta de su circunferencia exacta. —Se puso en pie y corrió sobre la ventana una cortina de seda engrasada, con lo que la luz del sol se amortiguó y quedó un brillo azul pálido casi como si estuviéramos entre dos luces.

Hay que decir que en Lhasa teníamos muy pocos cristales, ni los había apenas en el Tibet, pues todos los cristales tenían que ser traídos de más allá de las montañas por los mercaderes a lomos de sus animales y a causa de las súbitas tormentas que arreciaban en nuestra ciudad el cristal se hacía pedazos inmediatamente con las piedras que arrastraba el viento. Así teníamos cierres de material diferente, unos de madera y otros de seda encerada o algo semejante para protegernos del viento y del polvo, pero lo mejor era la seda aceitada porque dejaba pasar, aunque muy atenuada, la luz del sol.

Por fin quedé en una posición que mi Guía estimó adecuada. Estaba sentado con las piernas dobladas; no en la posición del Loto, pues mis piernas estaban demasiado perjudicadas para ello, sino que me senté con las piernas debajo de mí y los pies hacia la derecha. Mis manos sostenían en forma de copa sobre mi regazo el cristal, de modo que no las pudiera ver por los bordes de aquel globo. Tenía la cabeza inclinada y miraba en el cristal, o al cristal, sin ver, pues no llegaba a enfocar los ojos sobre algo. Para ver correctamente en un cristal había que enfocar un punto del infinito, ya que si se fijaban los ojos directamente en el cristal se percibía automáticamente cualquier mancha, una mota de polvo, o cualquier reflejo y eso basta para destruir el efecto. Así, se me enseñó a enfocar siempre un punto del infinito aunque aparentemente estuviera mirando al cristal.

Recordé mi experiencia en el Templo cuando vi cómo se acercaban las almas errantes y cuando los nueve lamas salmodiaban puntuando cada referencia a una barra de incienso mediante el tintineo de una campanilla de plata.

Mi Guía me sonrió y dijo: —Ahora no hay tiempo para mirar por el cristal y ya se te enseñará como es debido. Este es uno de los casos en que, mientras más prisa hay, más despacio debe uno ir. Quieres aprender ahora a manejar ese objeto como es debido, y así lo estás haciendo ahora. Pero también has de aprender los diferentes métodos para manejarlo en distintas ocasiones. Si te interesan los asuntos mundiales debes usar el cristal sobre un trípode y si quieres leer respecto a un individuo tomarás el cristal después de habérselo dejado tener a esa persona, luego te lo pasará a ti y, si estás bien entrenado, verás lo que él desea saber.

Precisamente en ese momento sonó encima de nosotros un gran revuelo: el profundo, rugiente y discordante sonido de las conchas como los yaks mugiendo en los prados, un sonido ululante que hace pensar en un monje excesivamente gordo tratando de caminar. Nunca he podido percibir música alguna en las conchas; otros lo pueden y me dicen que yo no soy capaz porque no oigo los tonos. Después del ruido de las conchas llegó el resonar de las trompetas del templo y el toque de las campanas, así como el redoblar de los tambores de madera. Mi Guía se volvió hacia mí y me dijo: —Bien, Lobsang, lo mejor que podemos hacer es ir al Servicio pues el Recóndito estará allí y es una cortesía por nuestra parte asistir en nuestra última tarde en el Potala. Debo darme prisa y tú sígueme al paso que puedas. —Después de decir eso se puso en pie, me dio una palmada en la espalda y salió con prisa.

Con gran cuidado envolví mi cristal y luego, con toda precaución, volví a guardarlo en la caja de madera de los ocho lados. Lo dejé en la mesa junto al asiento de mi Guía el lama Mingyar Dondup. Y luego también yo me alejé por el corredor.

Acólitos, monjes y lamas salían con prisa de todas direcciones. Me recordaban una revuelta colonia de hormi-

gas apresurándose. La gente parecía tener mucha prisa para ocupar los mejores puestos según sus categorías. Yo, en cambio, no podía apresurarme y lo único que deseaba era llegar cuando pudiera y sentarme sin que me viesen.

Cesó el ruido de las conchas. Callaron las trompetas. Ya la corriente de personas que entraban en el Templo había disminuido mucho y sólo era un hilillo. Yo llegué detrás de los últimos. Aquél era el Gran Templo, el Templo al que asistía el Recóndito cuando le dejaban tiempo sus deberes y podía mezclarse con los lamas.

Las grandes columnas que sostenían el techo parecían brotar de la negrura de la noche. Por encima de nosotros se movían las omnipresentes nubes de humo de incienso, grises, azules y blancas, retorciéndose y entremezclándose. Sin embargo, todas esas nubes de incienso parecían tener en cierto modo cada una su propia individualidad. Niños iban de un lado a otro con antorchas encendidas que prendían en un número cada vez mayor de lámparas de manteca que chisporroteaban y silbaban y luego se encendían en llamas. Acá y allá se veía una lámpara que no había sido bien encendida porque primero era preciso derretir la manteca para que se convirtiera en líquido como aceite, pues si no el pabilo, en vez de quedar flotando, se requemaba, quedaba inservible y nos hacía estornudar con el humo que desprendía.

Por fin quedaron encendidas suficiente número de lámparas; se llevaron enormes barras de incienso que fueron quemadas y al irse apagando relucían y producían grandes nubes de humo. Al mirar en torno a mí vi a todos los lamas en filas, unos frente a otros, y en las filas siguientes estaban dándose la espalda y luego otra vez dos filas de frente y a continuación otra vez de espaldas. Más allá estaban los monjes sentados de modo semejante y después de ellos los acólitos. Los lamas tenían mesitas de un pie de altura sobre las que tenían diversos objetos

pequeños incluyendo las omnipresentes campanillas de plata; algunos tenían tamborcitos de madera y cuando más tarde comenzó el Servicio, el Lector ante su atril leería pasajes de nuestros Libros Sagrados y lamas y monjes al unísono cantarían y al terminar cada trozo tocarían sus campanillas, mientras que algunos tamborileaban con los dedos en los tambores. Repetidas veces, para indicar el final de determinada parte del Servicio, sonaban las conchas en algún sitio distante allá en el oscuro fondo del Templo. Yo contemplaba lo que allí pasaba, mas para mí aquello era sólo un espectáculo, sólo disciplina religiosa, y pensé que cuando tuviera tiempo había de preguntarle a mi Guía por qué era necesario efectuar aquella ceremonia. Me preguntaba si servía para hacer mejor a la gente, porque había visto a muchos monjes muy devotos, que dedicaban gran atención a los servicios religiosos, pero que fuera de los templos, cuando no tenían que atender a los servicios, eran unos sádicos tiranos. En cambio, otros que nunca iban a los templos eran amables y atentos y siempre hacían cuanto podían para ayudar al pobre y desconcertado muchacho, el cual no sabía qué hacer, pero que siempre temía meterse en líos, porque a muchos adultos les fastidiaba que los pequeños les hiciesen preguntas.

Miré al centro del Templo, el centro del grupo de lamas, y contemplé a nuestro tan reverenciado y amado Recóndito sentado allí, sereno y muy en calma, y con una intensa aura de espiritualidad. Decidí que siempre procuraría imitarles a él y a mi Guía el lama Mingyar Dondup.

El Servicio prosiguió y temo que debí de dormirme detrás de unas columnas, pues no supe más hasta que oí el fuerte ruido de las campanas, de nuevo las conchas, y después una multitud levantándose y los indefinibles ruidos que hacían muchos hombres al salir. Así que me froté los ojos con mis nudillos y procuré parecer inteli-

gente, hice por dar la impresión de estar bien despierto y como si hubiera prestado mucha atención.

Cansado me dirigí, también entonces el último, hacia nuestro dormitorio colectivo, pensando en lo contento que estaba de que después de aquella noche no tendría que dormir ya con una multitud de muchachos que atronaban la noche con sus ronquidos y gritos, ya que podría dormir solo.

En el dormitorio, mientras me preparaba para envolverme en mi manta, un chico intentó hablarme diciéndome lo maravilloso que sería, según él, que fuera yo a disponer de una habitación para mí solo. Pero bostezó ruidosamente en medio de su frase y cayó al suelo dormido. Fui hasta la ventana envuelto en mi manta y de nuevo miré la estrellada noche y la espuma de nieve que se desprendía de las cumbres montañosas y que iluminaban bellamente los rayos de la luna creciente. Entonces también yo me eché y, sin pensar en nada, me dormí. Pude dormir profundamente y sin soñar.

Fuimos juntos por los corredores hasta que por fin llegamos al patio interior donde los monjes encargados de los caballos tenían ya dispuestos dos de ellos, uno para mi Guía el lama Mingyar Dondup, ¡y el otro para el infeliz que era yo! Mi Guía hizo señas a uno de los mozos para que me ayudase a montar y me alegré de tener todavía mal las piernas, pues era raro que un caballo y yo coincidiéramos; cuando iba a montarlo, el caballo solía moverse y me caía, o si esperaba que el caballo se moviera, se quedaba quieto y mi salto me hacía caer al otro lado de la vil criatura. Pero esa vez, con la disculpa de mis piernas heridas, me ayudaron a montarlo y en seguida hice una de esas cosas que no se hacen. Salí cabalgando sin mi Guía. Él se rió al verme, sabiendo que yo no podía controlar aquel lamentable caballo. Éste salió del patio y por el sendero abajo, mientras me agarraba a él con mucho miedo pues temía caerme.

Iba yo junto al muro exterior. Desde una ventana de arriba me contemplaba la gruesa y amistosa cara de alguien que me dijo: —Adiós, Lobsang, vuelve pronto pues tendremos cebada nueva la semana próxima, mucho mejor que la que hemos tenido en estos últimos tiempos. Ven a verme en cuanto regreses. —El monje-cocinero oyó que llegaba otro caballo y volvió sus ojos a la izquierda. Exclamó—: ¡Au! ¡Ai! ¡Ai! ¡Perdóneme, Honorable lama Médico! —Se acercaba mi Guía y el pobre monje-cocinero había creído que sus palabras las había interpretado aquél como una impertinencia, pero al sonreírle él amistosamente, le tranquilizó.

Yo seguía cabalgando montaña abajo y mi Guía iba muy divertido detrás de mí. —Tendremos que cubrir al ca-

bailo con pegamento para ti, Lobsang —dijo muy risueño. Miré atrás hacia él bastante compungido. Era natural que para él fuese fácil, pues era un hombre muy corpulento, de unos seis pies de altura y más de doscientas libras de peso, muy musculoso y con gran talento, y no me cabía duda de que si quería podía cargarse encima aquel caballo y llevarlo montaña abajo en vez de ir montado en él. En cambio, yo me sentía como una mosca que se le hubiese puesto encima aquella criatura. Apenas la controlaba y con frecuencia, debido a la perversidad de su naturaleza y sabiendo el miedo que llevaba yo, se acercaba hasta el mismo borde del sendero y miraba con fijeza al bosquecillo de sauces que se veía lejísimos y, probablemente porque se divertía, relinchaba mucho.

Llegamos al pie de la montaña y nos encaminarnos por la carretera Dopdal, porque antes de ir a Chakpori teníamos que hacer una visita en las oficinas gubernamentales del pueblo de Sh5. Llegados allí, mi Guía ató mi caballo a un poste y con mucho cuidado me hizo desmontar a la vez que me decía—: Ahora, Lobsang, estáte por aquí, no tardaré más de diez minutos. —Se llevó una de las bolsas y se dirigió a una de las oficinas dejándome sentado sobre un montón de piedras.

—¡Vaya, vaya! —dijo la voz de un campesino por detrás de mí—. He visto al lama de la Túnica Azafrán apearse de su caballo y aquí queda este chico para ocuparse de los caballos. ¿Cómo te va, joven Maestro? —Volví la cabeza y vi un pequeño grupo de peregrinos. Habían sacado la lengua en el tradicional saludo tibetano con que los inferiores saludaban a sus superiores. Se me hinchaba el pecho de orgullo y no me avergonzaba de beneficiarme de la gloria que reflejaba sobre mí el hecho de ser «el muchacho del lama de la Túnica Azafrán». — ¡Oh! —fue mi respuesta—. No deberían hablarle nunca así de repente a un sacerdote, pues siempre estamos me-

ditando, ¿saben ustedes?, y un choque súbito es muy malo para nuestra salud. —Hice un gesto de desaprobación mirándolos y continué—: Mi Maestro y Guía el lama Mingyar Dondup, el que lleva la Túnica Azafrán, es uno de los lamas más importantes aquí; en verdad es un gran personaje y no os aconsejaría que os acercaseis demasiado a su caballo, porque también éste, por llevar a tan ilustre jinete, es importante. Pero seguid vuestro camino y no olvidéis vuestro circuito de la Carretera del Rey, que os proporcionará un gran bien. —Con ello me volví, esperando haber actuado como lo haría un verdadero monje y confiando en haber causado una impresión favorable.

Una risita cerca de mí me hizo levantar la vista sintiéndome culpable. Allí cerca se hallaba un mercader que se limpiaba los dientes con un pedacito de paja mientras que apoyaba la otra mano en una cadera. Miré en seguida y vi que los peregrinos, como yo les ordené, habían continuado su camino. —Bueno, ¿qué quiere usted? —le dije al viejo mercader que me miraba con los ojos entrecerrados. Tenía la cara muy arrugada a causa de su edad—. ¡No tengo tiempo que perder! —dije. El viejo me sonrió amablemente. —Vamos, vamos, joven Maestro, no seas tan duro con un pobre y viejo mercader a quien tanto le cuesta ganarse la vida en estos días tan duros. ¿Tienes por casualidad algo que hayas traído de la Gran Casa de allá arriba? Puedo ofrecerte buen pago por recortes de la cabellera de un lama o por un pedacito de túnica de un lama, y aún más podré pagarte por cualquier cosa que haya sido bendecida por uno de los principales lamas como tu Maestro de la Túnica Azafrán. Habla, joven Maestro, antes de que vuelva él y nos sorprenda hablando.

Hice un gesto despectivo mientras le miraba y pensé que por nada del mundo, ni siquiera si tuviese una docena de túnicas, las vendería para que traficaran con ellas los

mercachifles y charlatanes. Entonces, con gran alegría por mi parte, vi que se acercaba mi Guía. También lo vió el viejo mercader y se alejó renqueante.

—¿Qué estás haciendo? ¿Acaso traficando? —me preguntó mi Guía—. No, Honorable Maestro —fue mi respuesta—. Ese hombre intentaba comprarme cualquier cosa que tuviera de usted, mechones de cabello, pedazos de túnica o algo que según él podía yo haberle quitado a usted. —El lama Mingyar Dondup se rió, pero lo hizo con un tono muy especial cuando se volvió a mirar al traficante que se alejaba—. Es una lástima que esos individuos estén siempre intentando lograr algo a lo que puedan dar un falso valor. En verdad, lo que importa no es la túnica azafrán, sino el alma del que la lleva—. Después de decir esto me levantó con gran facilidad y rapidez y me montó sobre mi caballo, que pareció tan sorprendido como yo. Cuando el lama desató las riendas y me las dejó (¡como si yo supiera qué hacer con ellas!), se montó en su caballo y partimos.

Fuimos por el Mani Lhakhand, dejamos atrás lo que quedaba del pueblo de Shó y el Pargo Kaling; luego pasamos por el puentecillo que cruzaba un afluente del Kaling Chu. Tomamos la vuelta siguiente a la izquierda, pasando el pequeño parque Kundu y, tomando el camino siguiente a la izquierda, nos dirigimos a nuestro Chakpori.

Era una carretera difícil y peligrosa para la que se necesitaban seguros caballos. La Montaña de Hierro, como le llamábamos a Chakpori, es más alta que la montaña donde se yergue el Potala y teníamos que subir mucha cuesta. Mi Guía conducía y su caballo desplazaba con frecuencia piedrecillas que salían rodando por el sendero hacia mí. Mi caballo seguía al de él con mucho cuidado de dónde pisaba. Mientras subíamos miraba yo a mi derecha —hacia el Sur—, por donde fluía el Río Feliz, el Kyi Chu. También podía ver allá abajo, en el Parque de

la Joya, el Norbu Linga, donde el Recóndito pasaba sus poquísimos momentos de recreo. Ahora el parque estaba mucho más desierto. Sólo había unos cuantos monjes-jardineros que lo arreglaban después de la reciente tormenta y no había allí lamas mayores. Pensé que, antes de que mis piernas se estropearan, me gustaba ir al Parque de la Joya o Norbu Linga por el que yo creía ser mi camino supersecreto.

Llegamos a lo más alto de la montaña, al espacio pedregoso ante los muros de Chakpori, muros que encerraban toda aquella lamasería. El monje de la puerta se apresuró a darnos la bienvenida y otros dos monjes acudieron rápidos a llevarse nuestros caballos. Me separé del mío con la mayor alegría, aunque lamentando tener que echar otra vez sobre las piernas todo mi peso. —Tengo que ver despacio cómo tienes las piernas, Lob-sang, pues no se están curando todo lo pronto que yo suponía —dijo mi Guía. Un monje acudió a llevarse el equipaje del lama. Cuando se alejaba hacia la lamasería se volvió y le dijo por encima del hombro: —Le veré a usted de nuevo dentro de una hora.

El Potala era demasiado público para mí, demasiado «grandioso» y siempre había que estar alerta para no fastidiar sin querer a un monje mayor o a un lama joven; los lamas de más edad nunca se ofendían, tenían cosas más importantes de que preocuparse que si una persona los miraba o si afectaba no verlos. Como siempre, sólo son los inferiores los que crean dificultades mientras que sus superiores eran amables, considerados y comprensivos.

Recorrí el patio pensando que ya era hora de comer. En aquella etapa de mi carrera el alimento era una de las cosas más importantes, porque la tsampa, a pesar de todas sus virtudes, ¡le dejaba a uno con un poquito de hambre!

Mientras pasaba por los bien conocidos corredores me

encontré a muchos chicos de mi edad que habían ingresado aproximadamente a la misma edad que yo. Pero ahora las cosas habían cambiado mucho, pues yo no era ya un chico como los otros que hubiera de ser preparado o al que había que reñir, sino que me hallaba en cambio bajo la protección especial del Gran Lama Mingyar Dondup, el que llevaba la Túnica Azafrán. Se habían filtrado ya rumores de que yo iba a ser enseñado especialmente y que me darían una habitación entre las de los lamas, que debería hacer esto o lo otro, y divertía notar que mis hazañas, verdaderas o imaginadas, eran ya muy conocidas. Un chico le dijo a otro, entre risitas, que había visto cómo me levantaba del suelo un ventarrón y me elevaba hasta lo alto del Tejado Dorado. —Lo vi con mis propios ojos —dijo—. Yo estaba allí y lo vi sentado en el suelo. Luego llegó el vendaval y vi que Lobsang salía volando. Parecía estar luchando con los diablos en el tejado. Después... —el muchacho hizo una pausa dramática mientras movía mucho los ojos—. Y después cayó en brazos de uno de los lamas Guardianes del Templo. —Hubo un suspiro de asombro, admiración y envidia mezclados y el chico continuó—: Y entonces a Lobsang lo llevaron ante el Recóndito, ¡lo cual ha dado distinción y honor a nuestra clase!

Me abrí camino por entre los sensacionalistas, la horda de chiquillos y jóvenes monjes que esperaban de mí que hiciera algunas sorprendentes declaraciones, una especie de Revelación de los Dioses, pero a mí lo que más me preocupaba era encontrar alimento. Me abrí paso entre ellos y fui por el corredor hasta un sitio que me era muy conocido: la cocina.

—¡Ah! ¿De modo que vuelves con nosotros, eh? Bueno, siéntate, muchacho, siéntate y te alimentaré bien. A juzgar por tu aspecto no te han dado mucho de comer en el Potala. Siéntate y te daré de comer. —El viejo monje-cocinero se me acercó, me dio unas palmaditas en la

cabeza y me colocó en una pila de sacos de cebada vacíos. Luego metió la mano entre mi ropa y sacó mi cuenco. Después se alejó, lo limpió cuidadosamente (¡no lo necesitaba, por cierto!), acercándose al más próximo de los calderos. No tardó en salpicar tsampa y té por todos sitios haciéndome encoger las piernas por si me lo echaba encima. —Vamos, vamos, muchacho —me dijo, poniéndome el bol en las manos—. Cómelo, cómelo pronto pues sé que pronto mandarán a buscarte. El Abad quiere saber todo lo que ha ocurrido. —Afortunadamente, llegó otra persona a quien tenía que atender y el cocinero se alejó de mí mientras me dejaba comiendo la tsampa.

Cuando la terminé le di corteses gracias, porque era un buen viejo a quien los chicos le fastidiábamos, pero creía que éramos mejores si se nos alimentaba adecuadamente. Me acerqué al gran latón de arena fina y limpié con cuidado una vez más mi escudilla. Después, con la escoba, barrí la arenilla que había derramado en el suelo. Me volví hacia él, me incliné, lo que le sorprendió agradablemente, y salí de allí.

Fui hasta el final del corredor y apoyé los brazos en la pared mientras miraba. Debajo de mí había un pantano y un poco más allá fluía un arroyo, pero estaba mirando sobre el Kashya Linga, hacia el transbordador, porque el barquero parecía tener ese día más trabajo. Estaba de pie apoyado en sus remos y los movía con gran persistencia. Su barca de piel de yak me pareció atestada de gente y con los bultos. Me pregunté por qué habría tanto movimiento e iba tanta gente a nuestra Ciudad Santa. Luego recordé que los rusos habían presionado mucho a nuestro país porque los ingleses habían creado también dificultades y ahora los rusos enviaban a Lhasa muchos espías disfrazados de mercaderes y creyendo que nosotros, pobres e ignorantes nativos, no nos daríamos cuenta. Olvidaban, o quizá nunca llegaron a saber, que muchos de los lamas eran telepáticos y clarividentes y que

sabían lo que ellos pensaban casi a la vez que ellos mismos.

Me gustaba estar allí contemplando tanta gente distinta, adivinar su pensamiento y saber si eran buenos o malos. Con la práctica, eso resultaba fácil, pero no era la oportunidad de quedarme allí mirando a los otros, pues lo que yo deseaba era ir a ver a mi Guía y también quería descansar. Me dolían las piernas y estaba muy cansado. Mi Guía había tenido que ir a la Valla de la Rosa Silvestre antes de estar yo lo bastante bien para ocuparme de mis asuntos. En realidad debía de haberme quedado una semana tendido en el suelo entre mis mantas, pero el Chakpori —aunque sin duda era un buen sitio— no acogía con gusto a los pequeños que estaban enfermos o que tenían heridas de curación lenta, pues rompían la rutina que había allí. En cambio en el Potala había, y era curioso, más facilidades para curarse que en nuestro «Templo de la Curación». En Chakpori se preparaban a ciertos estudiantes para las artes de la curación. Nos enseñaban cómo funcionaban las diferentes partes del cuerpo, nos daban lecciones de acupuntura, en la que se clavan en el cuerpo agujas muy finas para estimular ciertos centros nerviosos, y nos hacían aprender hierbas, cómo cogerlas después de haberlas identificado, cómo prepararlas, guardarlas y secarlas. En el Chakpori teníamos grandes edificios en los cuales los monjes, bajo la supervisión de los lamas, estaban preparando siempre ungüentos y hierbas. Recordaba la primera vez que los había visto...

Miré por la puerta, vacilante y asustado y sin saber lo que iba a ver ni quién me veía. Sentía curiosidad, pues aunque mis estudios no habían llegado aún a la medicina herbal, sin embargo me interesaba mucho. Así que miraba con gran atención.

La habitación era grande; tenía un techo muy elevado y con grandes vigas que se extendían de un lado a otro y

sostenían una disposición triangular de marcos de donde descendían cuerdas. Miré aquello durante algún tiempo sin ser capaz de comprender el objetivo de tales cuerdas. Entonces mis ojos vieron con mayor claridad en el interior bastante oscuro y pude darme cuenta de que el otro extremo de las sogas estaba atado a sacos de cuero a los que, por un adecuado procedimiento, les daban la dureza de la madera. Cada bolsa de cuero llevaba una palabra pintada sobre ella, pero esas palabras nada significaban para mí. Contemplé aquello y nadie se fijó en mí hasta que por fin se volvió un viejo lama y me vio. Me sonrió muy amable y me dijo: —Ven, muchacho, ven. Me alegra que uno tan joven se interese ya por esto. Ven. —Vacilante, me dirigí hacia él; me puso una mano en un hombro y con gran asombro mío empezó a hablarme de aquel sitio, señalando las diferentes hierbas y diciéndome la diferencia que había entre el polvo de hierba, el té de hierba y el ungüento de hierba. ¡Me gustaba aquel viejo a quien parecían haberle suavizado tanto sus hierbas! Frente a mí había una larga mesa de piedra, de un tipo de piedra muy basto. No querría decir qué clase de piedra era, pero probablemente sería granito. Era lisa, una lápida bastante grande. A lo largo de sus lados unos monjes se atareaban extendiendo montoncitos de hierbas. Esa es la única palabra que puedo encontrar para describirlos, pues parecían unos manojos de hierbas, una masa de vegetación marrón. Extendían esas hierbas sobre la mesa y luego, con unas lisas piedras en formas de ladrillo, presionaban a aquéllas, las maceraban. Seguían en esa labor hasta que sólo quedaba una pulpa fibrosa. Cuando llegaban a ese punto se apartaban y otros monjes se acercaban con palas de cuero y piedras de borde muy afilado. Cuidadosamente, los nuevos monjes raspaban el banco de piedra y quitaban de sus palas de cuero todas las fibras. Después, los monjes de antes extendían arena fina en el banco y frotaban éste con sus

piedras limpiándolo y al mismo tiempo haciendo nuevos araños donde sujetarían las hierbas para que quedasen desmenuzadas.

Los monjes, con sus palas de cuero, llevaban el material fibroso hasta el extremo de la gran habitación donde, según ya me daba cuenta, había humeantes calderos de agua. Uno tras otro tomaban sus palas y vaciaban el contenido en uno de los calderos. Me interesó ver que llevaban mucho tiempo hirviendo, pero en cuanto echaban allí más material fibroso se interrumpía el hervor. El viejo lama me llevó hasta allí y me hizo mirar. Luego, con un palo, movió aquel material y me dijo: —¡Mira! Hervimos esto hasta que el agua desaparece y nos queda un denso jarabe. Ya te enseñaré lo que hacemos con ello.

Me llevó a otra parte de aquel local y allí vi grandes jarros llenos de jarabe, todos ellos con etiquetas. —Esto —dijo señalando a determinada jarra— es lo que damos a quienes padecen infecciones catarrales. Basta con que beban un poco y, aunque el gusto no es muy agradable, lo es mucho más que el catarro. ¡De todos modos, lo cura! —Contento, se rió y luego me llevó hasta otra mesa en la habitación de al lado. Allí encontré a un grupo de monjes que trabajaban sobre un banco de piedra que parecía ser un agujero. Tenían en las manos unas palas de madera y mezclaban muchas cosas bajo la dirección de otro lama. El viejo lama que me informaba de todo aquello tan agradablemente, me dijo: —Aquí tenemos aceite de eucaliptus, así como aceite de alcanfor. Mezclamos esto con algún aceite de oliva muy caro importado y luego los monjes, con esas palas de madera, lo remueven y añaden manteca. Ésta forma una buena base para un ungüento. Cuando tenemos enfermos del pecho se alivian mucho si se lo untamos en el pecho y en la espalda. —Sin mucha decisión extendí un dedo, toqué la mezcla que había en el borde del

agujero y aún con más precaución la olí e incluso sentí que los ojos me bizqueaban. El olor parecía quemarme. Era como si mis pulmones fueran a incendiarse y aunque tenía muchas ganas de toser, temía hacerlo para no estallar. El viejo lama se rió mucho y dijo: —Si te metes esto en la nariz te la despellejarás por dentro. Este es el producto concentrado; habrá que diluirlo luego con más mantequilla.

Más allá unos monjes estaban arrancándoles los extremos a unas hojas de cierta planta seca y con gran atención la filtraban por un paño que era como una finísima redecilla. —Esos monjes están preparando unos té especiales. Llamamos té a toda infusión de hierbas que puede beberse. Ése —y se volvió señalando— es un té antiespasmódico y alivia ciertos casos de temblores nerviosos. Cuando vengas aquí y ocupes tu puesto en todo esto, lo encontrarás muy interesante. —Entonces alguien lo llamó pero él, antes de alejarse, me dijo—: Mira a tu alrededor, muchacho, mira. Me complace mucho que a alguien le interesen tanto nuestras artes. —Me dio la espalda y se fue a toda prisa hacia la otra habitación.

Me quedé allí oliendo esto o lo otro. Cogí determinados polvos y los aspiré con tal intensidad que me subieron por la nariz y me pasaron a la garganta haciéndome toser mucho. Uno de los lamas me dio a beber té aunque, sinceramente, sabía muy mal.

Me recuperé de aquel incidente y fui hasta una pared alejada, junto a la que había un curioso barril. Lo miré y me asombró porque parecía estar lleno de una rara corteza que nunca había visto. Toqué un pedazo y se deshizo entre mis dedos. Ladeé la cabeza con cierto asombro porque no podía comprender para qué podían servir aquellos pedazos de corteza sucios y viejos, más bastos y estropeados como nunca los hubiera visto en ninguno de nuestros parques. Un lama me miró y, acercándose, me dijo: —¿De modo que no tienes idea de lo que es

esto, verdad? —No, Honorable Lama Médico —le contesté—. Me parecen sucios desechos. —Se rió y seguía muy divertido cuando me dijo—: Esa, jovencito, es una corteza que empleamos para curar la enfermedad más corriente en nuestros días, una corteza que alivia mucho y que ha salvado muchas vidas. ¿No adivinas lo que es? ¿Cuál es la enfermedad más corriente?

Me había intrigado aquel lama y, después de pensarlo mucho, no pude saber para qué era aquella corteza y lo confesé. Sonrió al decirme: —Estreñimiento, jovencito, estreñimiento. La peor maldición del mundo. Esta corteza la importamos de mercaderes indios y viene de un país muy lejano donde la llaman *cáscara sagrada*; la utilizamos como té o, en ocasiones excepcionales, la hervimos como té y, cuando está destilada, la mezclamos con cierta colección de cales y azúcares y luego la preparamos en forma de píldoras. Las toman así los que no pueden resistir su gusto ácido como té. —Me sonrió con gran amabilidad, indudablemente contento al ver cuánto me interesaba aquello, y desde luego era muy interesante.

El viejo lama, el primero con el que charlé allí, volvió a toda prisa y me preguntó qué tal me las arreglaba. Luego, me sonrió al ver que tenía en la mano un pedazo de *cáscara sagrada*. —¡Mástícala, muchacho, mástícala! ¡Te sentará muy bien, te curará cualquier tos que puedas tener porque te dará miedo toser después de masticar eso! —Hizo unos ruiditos divertidos como si fuera un diablillo. Aunque era Alto Lama Médico, la verdad es que tenía muy poca estatura.

—Mira esto, mira —dijo—, esto viene de tu país, le llamamos olmo resbaloso; es la corteza de ese árbol. Muy útil para los que padecen de trastornos gástricos. Hacemos una pasta con eso y el desgraciado paciente lo toma y se le alivia su dolor. Pero espera, muchacho, espera. Cuando vengas por aquí más tarde, estoy seguro de que descubriremos que tienes ante ti un gran futuro.

Le di las gracias a él y al otro lama por su amabilidad y terminé entonces aquélla que sería la primera de muchas visitas mías allí.

Procuré ir lo más rápido que pude, aunque pasito a pasito, pues había llegado un chico llevándome la orden de que fuese a ver a mi Guía el lama Mingyar Dondup, que me esperaba en su habitación junto a la cual estaba la mía, pues me habían instalado al lado de él. Así que me recogí el ropaje procurando ir lo más arreglado posible y me di la mayor prisa que pude, pues tenía mucha prisa en saber qué habitación me habían asignado.

Capítulo doce

Mi nueva habitación era agradable; pequeña pero lo bastante grande para lo que yo necesitaba. Me agradó darme cuenta de que disponía de dos mesas bajas, sobre una de las cuales había muchas revistas y diarios. En otra mesa se hallaban varias cosas muy buenas esperándome, cosas dulces de las que tanto me entusiasmaban. Cuando entré me sonrió un monje-sirviente y dijo: —Los Dioses de la Fortuna te han sonreído, Lobsang. Te han asignado la habitación junto a la del Alto Lama Mingyar Dondup. —Ya lo sabía pues me decía cosas de las que ya estaba enterado, pero entonces añadió—: Aquí tienes una puerta de comunicación; debes recordar no entrar nunca por esa puerta sin permiso de tu Guía, pues se puede hallar en profunda meditación. Ahora no puedes verlo durante algún tiempo, de modo que te propongo que comas de eso. —Dicho esto se volvió y salió de mi habitación. ¡Mi habitación! ¡Qué bien sonaba eso! Era maravilloso disponer de un cuarto propio después de haber tenido que dormir públicamente con tantos otros chicos.

Fui hasta la mesa, me incliné sobre ella y examiné cuidadosamente todas las cosas excelentes que había encima. Después de una incertidumbre frenética decidí coger una cosa colorada y con polvo blanco. La tomé con la mano derecha y luego, por si no tenía bastante, cogí otra con la mano izquierda. Luego me acerqué a la ventana para ver en qué sitio del edificio estaba.

Apoyé los brazos en el alféizar de la ventana muy metido hacia dentro y asomé la cabeza mascullando una desgraciada palabra cuando se me cayó uno de los pasteles indios. Sujeté bien el otro, no fuera a correr la misma suerte, y entonces volví a observar el paisaje.

Me hallaba en la parte extrema sudoriental del edificio y mi habitación era la última a la derecha en la esquina del anejo. Podía ver el Parque de la Joya, el Norbu Linga. Entonces paseaban por allí varios lamas que parecían discutir. Gesticulaban mucho. Pasé algunos momentos contemplándolos. Eran muy divertidos. Uno tomaba algunas posturas en el suelo mientras el otro le declamaba y luego cambiaban de sitio. Sí, sí, sí, ya sabía yo lo que estaban haciendo: ensayaban para los debates públicos porque el propio Dalai Lama tomaría parte en una discusión pública lamástica. Seguro de que no iba a perderme algo que no supiera ya, decidí dedicarme a otras cosas.

Unos cuantos peregrinos andaban por el camino de Lingkor como si esperasen encontrar oro bajo cualquier mata o debajo de cualquier piedra. Era una mezcla muy varia pues algunos de ellos eran peregrinos ortodoxos, verdaderamente sinceros, mientras que otros —estaba yo seguro de ello— eran espías rusos que vigilaban tanto a los chinos como a nosotros; y chinos que espiaban a los rusos y también a nosotros. ¡Pensé que mientras se espíasen unos a otros podían dejarnos tranquilos! Debajo de mi ventana había un pantano con un riachuelo que lo cruzaba e iba a desembocar en el Río Feliz. Cruzaba el río un puente por donde pasaba el camino de Lingkor. Contemplé aquello con cierta diversión porque había un pequeño grupo de muchachos de la ciudad a los que llamábamos Cabezas Negras porque no tenían afeitada la cabeza como nosotros los monjes. Jugeteaban en el puente, tiraban pedacitos de madera a los lados y cruzaban al lado contrario para ver cómo llevaba a aquéllos el agua. Uno de los chicos, empujado por uno de sus compañeros, perdió el equilibrio y se cayó al agua. Sin embargo, eso no fue muy grave pues logró salir a flote y llegó a un sitio de la orilla donde había mucho fango, que yo conocía ya por desgracia para mí, en aquella

orilla. Luego todos los muchachos bajaron corriendo a la orilla y ayudaron a su compañero a limpiarse, pues sabían lo que les dirían sus padres si volvían a la ciudad de Lhasa después de dejar a su compañero en semejante situación.

Más al Este el barquero seguía ejerciendo su oficio cruzando el río una y otra vez para ganar un poco más de dinero. Aquello me interesaba verdaderamente, pues nunca había ido yo en barco por el río y era por entonces la mayor de mis ambiciones.

Un poco más allá del transbordador había otro pequeño parque, el Kashya Linga, a lo largo del camino que iba hasta la Misión china. Desde mi habitación podía ver los muros de la Misión china y mirar al jardín aunque estaba bien protegido por los árboles. Los chicos creíamos que en esa misión se cometían horribles atrocidades. Y quién sabe, quizá tuviesemos razón.

Más al Este estaba el Khati Linga, un parque muy agradable, pero algo húmedo, en terreno pantanoso. Más lejos, el Puente Turquesa, que yo podía ver desde allí y que siempre me encantaba. Me agradaba mucho ver a la gente que entraba en el puente cerrado para salir al poco tiempo por el otro extremo.

Pasado el Puente Turquesa podía ver yo la ciudad de Lhasa, el Ayuntamiento, y, por supuesto, los tejados dorados de Jo Kang, la catedral de Lhasa, que quizá fuese el edificio más antiguo de nuestro país. Mucho más allá estaban las montañas con las ermitas y la acumulación de diferentes lamaserías. Sí, estaba yo muy satisfecho con mi habitación y entonces comprobé que desde allí no podía ver el Potala. Simultáneamente pensé que tampoco los altos funcionarios del Potala podían verme a mí, de modo que si tiraba guijarros o pellas de tsampa sobre los peregrinos nadie me vería y los peregrinos echarían la culpa de los proyectiles a los pájaros.

En el Tibet no teníamos camas; dormíamos en el suelo.

La mayoría de las veces no disponíamos de cojines ni de nada parecido sobre el suelo sino que nos envolvíamos en mantas y nos acostábamos utilizando quizá nuestra propia ropa como almohada: pero aún no era hora de acostarse y permanecí dándole la espalda a la ventana de modo que la luz pasaba sobre mis hombros. Cogí una revista. Nada significaba su título para mí y podía estar en inglés, francés o alemán, ninguno de cuyos idiomas sabía yo. Pero aquella revista parecía ser india, pues tenía una especie de mapa en la cubierta y yo podía reconocer algunos de los nombres.

Pasé las hojas. Aquellas palabras nada significaban para mí y me dediqué exclusivamente a ver las ilustraciones. Cuando estaba allí sentado y contento, con la impresión de que mi suerte había mejorado mucho, me sentía feliz y miraba las fotografías mientras que mis pensamientos iban muy lejos. De pronto, hojeando la revista me detuve en las páginas centrales y me reí muchísimo al ver allí una colección de fotografías de hombres cabeza abajo y como formando nudos y formas raras. Ya sabía yo lo que era aquello: unos ejercicios de yoga, que tanto se cultivaba en la India. Me divertieron mucho las expresiones de aquellos hombres y entonces me interrumpí de repente al ver que estaba allí, sonriéndome desde la puerta abierta de comunicación entre las dos habitaciones, mi Guía el lama Mingyar Dondup.

Antes de que pudiera ponerme en pie me hizo señas de que no me moviera diciendo: —No, aquí no hemos de tratarnos de un modo serio, Lobsang. Las formalidades sólo son propias de las ocasiones formales, pero esta habitación es tu hogar así como la mía— y señaló por la puerta abierta— es el mío. Pero, ¿por qué te reías tanto? —Procuré ponerme serio e indiqué la fotografía de yoga. Mi Guía entró en mi habitación y se sentó en el suelo junto a mí:

—No debes reírte de las creencias de otras gentes,

¿sabes, Lobsang? Como no te gustaría que otra gente se riera de tus creencias. Éstos —y señaló las fotos— están practicando el yoga. Yo no hago yoga ni ninguno de los altos lamas, pues sólo aquellos que no pueden hacer cosas metafísicas cultivan el yoga. —¡Maestro! —dije con alguna excitación—. ¿Quiere usted decirme algo del yoga, cómo lo practican y qué es en realidad? Me preocupa mucho qué pueda ser. —Mi Guía se miró los dedos durante unos momentos y luego me respondió: Bueno, sí, tienes que aprender esas cosas. Hablemos de ellas ahora. Te diré algo del yoga.

Seguí sentado y escuchaba a mi Guía. Había estado en todas partes, lo había visto todo y de todo había hecho, y lo que más quería yo era imitarlo. Le escuché con más atención de la que le hubiera prestado cualquier muchachito.

—No me interesa el yoga —dijo-- porque sólo es un medio de disciplinar el cuerpo. Si una persona tiene ya la disciplina corporal, el yoga sólo es para ella una pérdida de tiempo. En nuestro país sólo las clases muy inferiores practican el yoga. Los indios, en cambio, conceden gran importancia al culto del yoga y lo lamento muchísimo porque es una manera de apartarse de las auténticas Verdades. Desde luego, antes de ejercitarse en varias prácticas metafísicas debe uno controlar su cuerpo, su respiración, sus emociones, y por supuesto los músculos. Pero —y se sonrió al mirarme— me opongo al yoga porque es sólo una manera de intentar por la fuerza bruta lo que debería lograrse por medios espirituales.

Mientras estaba hablando él yo miraba las fotografías y me parecía muy notable que la gente intentara hacer aquellos nudos con el cuerpo y creyera que eso era muy espiritual. Pero mi Guía continuó: —Muchos de los indios de clase inferior pueden lograr una especie de trucos practicando el yoga. Son hábiles para el hipnotismo y para otros varios trucos que confunden con las

verdaderas fuerzas espirituales; pero son trucos y nada más. Nunca he oído decir que nadie vaya a los Campos Celestiales porque sea capaz de hacer nudos con su cuerpo —dijo, riéndose.

—Pero, ¿por qué hace la gente esas cosas tan raras? —pregunté. Prosiguió él—: Hay ciertas cosas, ciertas manifestaciones físicas que pueden conseguirse por el yoga y no hay duda de que si uno practica el yoga quizá pueda desarrollar sus músculos, pero eso no contribuye a desarrollar la espiritualidad. Muchos de los indios dan exhibiciones y a esos hombres se les llama faquires. Viajan de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad dando representaciones de yoga, quizás intentando hacerse nudos con el cuerpo, como tú dices, o teniendo un brazo levantado sobre la cabeza mucho tiempo o haciendo otras cosas notables. Adoptan una actitud sagrada como si realizasen lo más maravilloso del mundo y, como son una minoría que habla mucho y utilizan en gran escala la publicidad, la gente ha llegado a la conclusión de que el yoga es una manera fácil de alcanzar las Grandes Verdades. Pero eso es completamente erróneo, pues el yoga sólo le ayuda a uno a desarrollar, a controlar, o a disciplinar el cuerpo pero no a conseguir espiritualidad.

Se rió y añadió: —Apenas lo creería pero cuando yo era muy joven intenté el yoga hasta darme cuenta de que estaba empleando tanto tiempo en lograr unos ejercicios infantiles que no me quedaba el tiempo suficiente para dedicarlo al progreso espiritual. Así, aconsejado por un viejo sabio, dejé el yoga y me dediqué a los asuntos serios. —Me miró y extendió un brazo en dirección a Lhasa, lo movió para incluir la dirección del Potala y dijo—: En todo nuestro país no verás que los principales lamas practiquen el yoga. Van a lo verdadero. —Levantó las cejas y me miró al añadir—: siempre hallarás que los yogas impresionan mucho a la gente diciendo lo maravillosos e importantes que ellos son y que poseen

las claves de la salvación y la espiritualidad. Sin embargo, el verdadero adepto a la metafísica no habla de lo que realmente puede lograr. Por desgracia hay una ruidosa minoría de los que practican el yoga que tratan de atraer la atención pública. El consejo que puedo darte, Lobsang, es éste: Nunca te preocupes del yoga, ya que es inútil para ti. Has nacido con ciertas facultades: clarividencia, telepatía, etc.; y no necesitas en absoluto el yoga. Incluso puede serte perjudicial.

Mientras él habló pasaba yo las páginas sin pensar, fijé la atención porque vi lo que parecía ser un hombre occidental con una expresión forzada, como si intentara hacer un ejercicio. Se lo enseñé a mi Guía, que lo miró y dijo: —Ah, sí, éste es una víctima del yoga. Un occidental que intentó un ejercicio y se dislocó un hueso. Es muy poco aconsejable, nada aconsejable, que los occidentales intenten el yoga, pues sus músculos y huesos no son lo bastante ágiles y sólo se debe hacer el yoga (¡si no puede uno evitarlo!) cuando se está entrenado desde muy pequeño. Para alguien que intente empezar a media edad, son unos ejercicios insensatos e indudablemente dañinos. Sin embargo, es ridículo decir que la práctica del yoga causa enfermedades. Nada hay de eso. Sólo se emplean unos pocos músculos y a veces una persona puede tener una dislocación o un músculo dañado pero entonces hace mal esa persona en practicarlos a su edad. —Se rió al cerrar la revista y dijo—: Los únicos yogas que he conocido eran medio locos que se creían los más listos del mundo, creían saberlo todo y estaban convencidos de que la práctica del yoga era la salvación del mundo. Pero sólo es un ejercicio como cuando vosotros los chicos os subís a un árbol o andáis sobre zancos y cuando corréis para que suba una corneta. El yoga no es más que un ejercicio físico, sólo eso y nada espiritual. Es posible que pueda ayudarle a uno mejorando su condición física de modo que luego se puede olvidar

del yoga y dedicarse a lo que verdaderamente importa, las cosas del espíritu. Después de todo, en pocos años todos abandonan el cuerpo, el cual no importa que haya estado lleno de huesos duros y músculos endurecidos; lo único importante es el estado del espíritu.

Volvió sobre el tema diciendo: —Ah, y debo advertirte esto: muchos de los que practican el yoga olvidan que se dedican a un culto de entrenamiento físico. En cambio, han adoptado algunas de nuestras prácticas ocultas de curación y dicen que éstas van adjuntas al yoga. Eso es completamente falso, pues cualquiera de las prácticas curativas puede hacerla una persona que ignore por completo el yoga, y con frecuencia mucho mejor. Así —y me señaló muy serio—, no te dejes llevar nunca por la publicidad del yoga, que puede desviarte de la Senda.

Se volvió y, levantándose, paseó por la habitación. Luego se volvió hacia mí y me dijo: —Aquí tengo algunas cartas que quiero claves en tus paredes. Es mejor que vengas a buscarlas. —Entonces se me acercó para levantarme y evitarme ese esfuerzo. Fui con él a su habitación y allí, en una mesa, había tres papeles enrollados. Levantó uno diciéndome—: este es un antiquísimo grabado chino que se hizo hace muchos centenares de años con madera. Está ahora en la ciudad de Pekín, pero quiero que estudies cuidadosamente en esta reproducción cómo imitaron los órganos del cuerpo unos monjes dedicados a tareas varias. —Calló unos momentos y me señaló algo en el dibujo—. Aquí —dijo— los monjes están ocupados mezclando alimento y fluido, y esto es el estómago. Los monjes preparan todo este alimento para que pase por varios tubos antes de que llegue a otros monjes. Si estudias esto tendrás una firme idea del funcionamiento básico del cuerpo humano.

Enrolló aquello, lo ató con gran cuidado mediante las pequeñas ataduras que llevaba ya fijas y después cogió otro rollo que me enseñó. —Aquí —continuó— tenemos

una representación de la espina dorsal. Verás en esto dónde están localizados los diferentes centros entre la base de la espina dorsal y lo alto de la cabeza. Debes tener esta lámina en tu cuarto frente a ti para que sea lo último que veas por la noche y lo primero por la mañana.

Cuidadosamente enrolló la lámina y la ató, pasando luego a la tercera. Soltó su cierre y la desenrolló. —Aquí tienes una representación del sistema nervioso con las cosas que has de estudiar, como el ganglio cervical, el nervio del vago, el plexo cardíaco, el plexo solar y el plexo pélvico. Todo eso lo tendrás que conocer porque es esencial para tu preparación como lama médico.

Miré aquello sintiéndome cada vez menos capacitado, pues me parecía que nunca llegaría a dominar todo eso del cuerpo humano, tantos nervios y vísceras. Pero pensé que me quedaba mucho tiempo; que me dejarían ir a mi propia velocidad y si no podía aprender tanto como ellos esperaban... en fin, no se podía hacer más de lo que uno daba de sí.

—Ahora te propongo que salgas a tomar un poco de aire. Pon esas láminas en tu habitación y puedes hacer lo que quieras durante el resto del día... ¡a no ser que quieras hacer algo malo! —dijo con una sonrisa. Me incliné respetuosamente ante él y, llevándome los tres rollos, volví a mi habitación, cerrando la puerta de comunicación. Durante algún tiempo me quedé en el centro del cuarto preguntándome cómo fijaría aquellos carteles y entonces noté que había ya unos salientes adecuados en la pared. Acerqué una mesa debajo de uno de los salientes; subiéndome en ella, lo que aumentó mi estatura, me las arreglé por fin para colgar el primer cartel en un saliente. Me retiré hasta el otro extremo de la habitación y miré con aprobación mi labor. No, no estaba derecho. Miré aquello con más detenimiento para ver sus defectos y volví a acercarme. Cuando por fin con-

seguí que estuviera bien nivelado, me dediqué a los otros dos. Por fin quedé satisfecho y me sacudí las manos complacido. Sonriendo, salí de mi habitación preguntándome adónde iría, pero cuando pasé ante la puerta de mi Guía vi al final del corredor al monje-sirviente. Me saludó muy amistoso y dijo: —Ésa es la salida más rápida. Es una puerta privada para los lamas, pero me han dicho que a ti te permiten utilizarla. —Hizo un movimiento hacia ella y le di las gracias. No tardé en salir al aire libre.

El final de la senda de la montaña estaba exactamente por debajo de mí. A la derecha había muchos monjes trabajando. Me pareció que estaban limpiando el camino pero no me detuve por temor a que me enviaran a hacer algo. En cambio, avancé directamente y me senté algún tiempo sobre una piedra mientras miraba a la ciudad, que no estaba muy lejos, por lo menos lo bastante cerca para que yo pudiera distinguir en el clarísimo aire del Tibet los trajes de los mercaderes, los monjes, y los lamas. Todos ellos a sus asuntos.

Pronto avancé unas cuantas yardas y me senté en otra roca junto a la cual había un agradable arbusto. Mi atención la atrajo el pantano que estaba hacia abajo. Por allí la hierba crecía mucho y era muy verde; pude distinguir burbujas donde los peces se movían en los profundos charcos. Mientras estaba sentado allí se produjo en torno a mí un súbito movimiento y una voz ronca dijo: «Hhrrah. ¡Memrau!». Entonces sentí un cariñoso golpe en la espalda al darme en ella una sólida y peluda cabeza. Me volví y acaricié al viejo gato y él me lamió con una lengua que era tan áspera como el suelo arenoso. Luego saltó hacia delante, se subió a mi regazo, volvió a bajar dando saltos y acabó marchándose hacia unos arbustos que estaban allí cerca, y no dejaba de mirarme conforme se iba. Parado por fin, con la cola erguida, las orejas tiesas y mirándome con sus ojos

azules relucientes, parecía la propia imagen de la investigación. No me moví y él avanzó de nuevo hacia mí diciéndome: «¡Mrrrau! ¡Mrrrau!». Como yo no me movía, tendió una de sus patas hacia mí y me clavó sus garras en la parte baja de mi manto tirando de él suavemente. —Gato, ¿pero qué es lo que te pasa? —le pregunté exasperado. Me levanté lentamente y miré en torno mío para ver qué agitaba al gato. Nada había que ver, pero el gato corrió hacia unas matas que había a cierta distancia y luego volvía hacia mí y me clavaba las pezuñas en mi manto. Me decidí a bajar la pendiente del monte y empecé un lento y cauto descenso mientras que el gato bailaba alrededor de mí con mucha excitación, daba saltos y se me acercaba muchas veces para darme con la cabeza.

Me agarraba a los matorrales al ir descendiendo y llegué al punto donde el gato se había vuelto hacia mí, pero allí no se veía nada. —¿Gato, eres idiota? —dije irritado—. Me has hecho venir hasta aquí sólo por jugar. « ¡Mmrrrau! ¡Mmrrrau! », dijo el gato agarrándose de nuevo a mi manto, dándome golpes por debajo de éste y mordisqueándome los dedos que me salían por las sandalias.

Con un suspiro resignado seguí avanzando un poco más, dejé atrás otro matorral y tuve que agarrarme a él pues estuve a punto de caerme por el borde. Me volví para decirle algunas cosas muy desagradables al amigo gato, que estaba cada vez más excitado. Lanzándose de pronto por el borde el gato desapareció. Pareció parárseme el corazón con la impresión, pues el viejo gato era buen amigo mío y creí ¡QUE SE HABÍA SUICIDADO! Con gran cautela me puse de rodillas y agarrándome a las matas miré hacia allá abajo. A unos doce pies por debajo estaba el cuerpo de un monje anciano. Mis horrorizados ojos vieron su cabeza manchada de sangre y que también tenía sangre su manto. Noté que su pierna derecha

estaba doblada en un ángulo muy raro. Palpitándome el corazón de terror, excitación y esfuerzo, miré en torno a mí y descubrí que poco más allá, a la izquierda, había un pequeño declive por el cual descendí y me encontré junto a la cabeza del viejo monje.

Con muchísimo miedo llegué a decidirme a tocarlo. Estaba vivo. Al tocarle, movió los ojos un poco y gimió. Se había caído dándose con la cabeza sobre una piedra. El gato estaba sentado allí cerca contemplándome con gran atención.

Di unos golpecitos suaves en la cabeza del monje palmeándole bajo las orejas, hacia el cuello y luego hacia el corazón. Después de algún tiempo abrió los ojos y miró en torno suyo como sin saber dónde estaba. Lentamente me fueron enfocando sus ojos. —No se preocupe —le dije para animarlo—. Subiré y buscaré ayuda para usted. No tardaré mucho. —El pobre viejo intentó sonreír y de nuevo cerró los ojos. Me volví, y apoyándome en las manos y en las rodillas, ya que éste era el procedimiento más seguro y más rápido, subí hasta el sendero que iba a la puerta secreta de los lamas. Cuando entré, casi me tropecé con el monje-sirviente. —¡Rápido! ¡Rápido! —dije—. Hay un monje herido en las rocas. —Mientras yo decía esto salió mi Guía de su habitación y me miró intrigado por mi emoción.

—¡Maestro! ¡Maestro! —exclamé—. He encontrado con la ayuda del Honorable Puss Puss, a un viejo monje que está herido. Tiene una herida en la cabeza y una pierna doblada de forma rara. Necesita ayuda urgentemente. —Mi Guía se apresuró a dar instrucciones al monje-sirviente y luego se dirigió a mí—: Ve tú delante, Lobhang. Ya te alcanzaré —dijo.

Salimos juntos de Chakpori y cruzamos el pequeño sendero. Le indiqué la pendiente por donde era preciso descender y noté consternado que la túnica azafrán se estaba manchando; la mía estaba ya tan sucia que poca dife-

rencia podían hacer unas señales más. Allí estaba el Honorable Puss Puss bailoteando por delante de nosotros en el sendero y parecía muy aliviado de ver que el lama Mingyar Dondup iba conmigo. Pronto llegamos al viejo monje, que aún tenía los ojos cerrados. Mi Guía se arrodilló junto a él y sacó varios paquetes, vendas y algo que llevaba en un pedazo de tela y que hizo oler al monje. Éste estornudó violentamente y nos miraba con unos ojos muy cansados y doloridos. Pareció aliviarse mucho al ver quién lo atendía. —No se preocupe, amigo, vienen ya a ayudarle —dijo mi Guía. Entonces el monje volvió a cerrar los ojos y suspiró aliviado.

Mi Guía levantó la túnica del monje y vimos unos pedazos de hueso que levantaban la piel de la pierna por debajo de la rodilla. Mi Guía dijo: —Tenle las manos, Lobsang, sujétalo con fuerza. Apoya tu peso sobre él para que no pueda moverse. Voy a ponerle bien la pierna. —Entonces agarró el tobillo del monje y, con un súbito movimiento, puso derecho ese miembro y vi que los huesos desaparecían bajo la piel. Fue tan rápido, tan cuidadosamente hecho, que el viejo ni siquiera tuvo tiempo de gemir.

Rápidamente tomó mi Guía dos ramas muy apropiadas de un arbusto bastante grande y las cortó con un cuchillo. Envolviéndolas con pedazos de su propia túnica entablilló con ellas la pierna herida. Entonces teníamos que sentarnos y esperar.

Pronto llegaron ruidos de personas que descendían. Eran un grupo de monjes dirigidos por un lama y que aparecieron bajando por el sendero. Les gritamos para dirigirles hasta el lugar donde estábamos. Rodearon al viejo monje, y uno joven, que no puso mucha atención, quiso demostrar lo seguro que pisaba y, tropezando en las piedras, resbaló por la pendiente. La parte inferior de su túnica se le enganchó en un matojo, se le subió aquella por encima de la cabeza como una piel de plátano y

apareció desnudo a la vista de los peregrinos que i pasaban por el Camino Circular abajo. Mi Guía lanzó una risita y les dio a otros dos monjes la orden de que lo rescatasen sin dilación. Cuando lo recogieron, parecía muy avergonzado y se había ruborizado mucho. Pensé que tendría que pasar varios días sin sentarse para que estuviera cómodo pues las piedras le habían hecho muchos arañazos.

Con muchas precauciones los monjes instalaron al lesionado en una fuerte lona y le prepararon una camilla conveniente. Formaron con la tela una especie de tubo y luego metieron dentro un grueso palo. Afortunadamente, el hombre estaba inconsciente y dos monjes, ayudados por los otros, levantaron el palo y emprendieron una lenta y cauta retirada por entre el matorral, subiendo por el sendero de la montaña hasta llegar a la seguridad de Chakpori.

Yo me quedé allí acariciando al Honorable Puss Puss y contándole a mi Guía el lama Mingyar Dondup cómo había ido a buscarme el gato para que socorriese al viejo. —El pobre hombre se hubiera muerto probablemente si no hubieras avisado, Honorable Puss Puss —le dijo mi Guía, acariciándole su peludo lomo. Luego se volvió hacia mí y me dijo—: Buen trabajo, Lobsang, has empezado bien. Sigue así.

Trabajosamente subimos juntos por el sendero montañoso, envidiando ambos al Honorable Puss Puss, que bailaba y jugueteaba por delante de nosotros. Mi Guía entró en Chakpori, pero yo me quedé sentado fuera jugando con el Honorable Puss Puss, acercándole un flexible pedazo de corteza que él fingía creer que era algún feroz enemigo. Saltaba, gruñía, hasta rugía y atacaba la corteza. Pasamos un rato de muy cordial amistad.

Capítulo trece

Era agradable hallarse otra vez en Chakpori entre los que ya me tenían por uno de los suyos. Allí los Maestros se hallaban intensamente dedicados a la preparación de los lamas médicos. Mi Guía había propuesto que yo asistiera a las clases de anatomía, hierbas y medicina, pues Chakpori era el centro de tales enseñanzas.

Con otros veinticinco (muchachitos como yo, muchos mayores y uno o dos jóvenes monjes de otras lamaserías) se senté en el suelo de una de nuestras aulas; el lama Maestro ponía gran interés en su trabajo, le gustaba mucho enseñarnos. —¡Agua! —dijo—. El agua es la llave para la buena salud. La gente no bebe lo bastante para el buen funcionamiento del cuerpo. Come uno y se forma una masa que no puede atravesar el largo camino por los intestinos. El resultado es un atasco, mala digestión y la incapacidad para tener la cabeza despejada en el estudio y la práctica de la metafísica. —Se interrumpió mirando a su alrededor como para desafiarlos a que pensáramos de otra manera. —¡Maestro! —dijo un joven monje de una de las lamaserías inferiores—, seguramente, si bebemos cuando comemos diluiremos nuestros jugos gástricos. Por lo menos, eso me han dicho. —El joven monje se calló bruscamente y miró en torno a él como confuso por su audacia.

—¡Buena duda! —exclamó el lama Maestro—. Por lo menos, mucha gente tiene esa impresión, ¡pero está EQUIVOCADA! El cuerpo es capaz de proporcionar un jugo digestivo altamente concentrado. ¡En verdad, tan concentrado que bajo ciertas condiciones los jugos digestivos pueden empezar a digerirse en el cuerpo! —Abrimos la boca asombrados y sentí gran temor al pensar que me estaba comiendo a sí mismo. El Maestro sonrió

y se dio cuenta de la conmoción que había causado. Durante unos momentos más siguió callado para que sus palabras nos causaran aún mayor impresión—. ¿Cómo se producen las úlceras 'gástricas, las irritaciones estomacales? —preguntó mirándonos de uno en uno con la esperanza de que alguno le respondiera.

—¡Maestro! —fue mi audaz intervención—. ¡Cuando un hombre se preocupa tiene úlceras de modo muy parecido a como podría padecer de dolor de cabeza! —El Maestro sonrió y respondió—: ¡Buena observación! Sí, cuando alguien se preocupa, los jugos gástricos de su estómago se hacen cada vez más concentrados hasta que por fin resulta atacada la parte más débil del estómago y cuando los ácidos que normalmente hacen digerir el alimento erosionan esa parte más débil de aquél, causar un agujero, retortijones que trastornan el estómago y llevan a una mayor concentración de los jugos. Por fin los ácidos pasan por el agujero que han hecho y se calan por entre las capas del estómago causando lo que llamamos úlceras gástricas. Una adecuada provisión de agua aliviaría en gran medida esta situación e incluso EVITARÍA las úlceras. ¡Con la moral (si estáis preocupados), y beber agua en cantidad, reduciréis el riesgo de tener úlceras!

—¡Maestro! —dijo un chico insensato—. Espero que la gente no haga demasiado caso de eso, pues soy uno de los que han de subir agua por la montaña... y es un trabajo muy pesado. —Mucha gente no presta suficiente atención a los problemas de un país como el Tibet. Teníamos agua abundante, ¡pero la mayor parte de ella en los sitios donde no se necesitaba! Para proveer a las necesidades de lamaserías como las del Potala y de Chakpori, equipos de monjes-aguadores y de chicos llevaban recipientes de cuero para agua por las sendas montañosas. Caballos y yaks cargados eran también utilizados para transportar el agua necesaria para nuestro sustento.

Interminables equipos de trabajadores se apañaban en tener llenos depósitos que eran colocados en posiciones accesibles. No nos bastaba con abrir un grifo para tener el agua, caliente o fría, que precisábamos y la nuestra había de ser sacada de un depósito. También se empleaba arena muy fina de las orillas de los ríos para limpiar los utensilios y fregar los suelos. El agua era ¡PRECIADÍSIMA! Se lavaba nuestra ropa a la orilla del río; llevábamos allí nuestras prendas en vez de hacer que el río subiera a la montaña.

El lama Maestro no hizo caso de lo que dijo aquel chico y prosiguió: —La peor enfermedad de la humanidad es —e hizo una pausa para causar un efecto dramático, pues nos hizo pensar en enfermedades contagiosas y en el cáncer— ¡el ESTREÑIMIENTO! El estreñimiento origina más enfermedades generales que cualquier otra causa. Es la base de enfermedades más graves. Le hace a uno perezoso, malhumorado y sentirse muy mal. ¡El estreñimiento puede ser CURADO! —Otra vez hizo una pausa y miró en torno suyo—. No se cura con dosis masivas de *cáscara sagrada* ni por mucho aceite de castor que se tome, sino sencillamente bebiendo bastante agua. Pensad Que comemos y que el alimento que tomamos ha de llegar hasta nuestro estómago y pasar por nuestros intestinos. En éstos, unos pelitos llamados «villi» (que son como tubos) absorben el poder digestivo del alimento que se va digiriendo y del que ya se ha digerido. Si el alimento es demasiado «sólido», no puede entrar en los villi. Se convierte en pegotes duros. Los intestinos se «retuercen», como podemos describir la acción peristáltica y ésta empuja la comida por el canal alimentador dejando sitio para más. Pero si la comida es SÓLIDA la peristalsis sólo produce dolor y no movimiento. Así, el agua es MUY necesaria para suavizar la masa.

Es lamentable que todos los estudiantes de medicina

crean tener todos los síntomas que estudian. Así, me apreté el abdomen, pues estaba SEGURO de que todo yo era una masa endurecida. Tengo que hacer algo para remediarlo, pensé. —¡Maestro —dije—. ¿Cómo actúa un laxante? —El lama que era nuestro Maestro se volvió hacia mí. Su mirada me sonreía.

—Una persona que debe tomar un laxante es ya alguien que carece de la suficiente provisión de agua en el cuerpo. Está estreñado por tener insuficiente fluido que suavice sus excrementos acumulados. Hay que obtener el agua y lo primero que proporciona un laxante al cuerpo es agua por los villi, de modo que la masa sea suavizada y soltada, y así se fortalece la necesidad peristáltica. Se siente dolor cuando los pegotes duros se adhieren a la superficie interna y el cuerpo queda deshidratado. Siempre hay que beber mucha agua después de tomar un laxante. —Sonrió al añadir—. Desde luego debo decirle a nuestro amigo el aguador que quienes padecen de estreñimiento deberían echarse a la orilla del río y beber mucho.

—¡Maestro! ¿Por qué los que padecen de estreñimiento tienen tan mal la piel y les salen tantos granos? —Un chico que tenía muy mal la piel había preguntado aquello y se sonrojó muchísimo cuando todos le miramos—. Tendríamos que librarnos de nuestros desechos como lo manda la Naturaleza —respondió nuestro Maestro—. Pero si el hombre obstruye ese método, entonces los desperdicios van a parar a la sangre, tapando los conductos vitales y el cuerpo procura librarse de esos desechos a través de los poros de la piel. Por supuesto no es algo lo bastante fluido para que pueda pasar por los finos tubos de los poros y de ahí resulta un atascamiento y los granos. Beber mucha agua y hacer suficiente ejercicio. Así no tendremos que pagar tanto por la *cáscara sagrada*, el jarabe de higos o el aceite de castor. —Se rió y dijo—: ¡Ahora terminaremos con esto para que

podáis ir en seguida a beber muchísima agua! —Agitó su mano en un gesto de despedida y se dirigió hacia la puerta, cuando entró corriendo un mensajero. — Honorable Maestro, ¿hay aquí un chico llamado Rampa? ¿Martes Lobsang Rampa, por favor? —El Maestro volvió la cabeza y me señaló—. ¿Qué has hecho esta vez, Lobsang? —me preguntó suavemente. Avancé de mala gana exagerando mi cojera patéticamente y preguntándome qué podía haber pasado esta vez. El mensajero le dijo al lama: —Este muchacho tiene que presentarse en seguida al Señor Abad. Tengo que llevarle conmigo, y no sé por qué.

Pensé: ¿Qué puede haber ocurrido AHORA? ¿Me habría visto alguien tirándoles trampa a los monjes? ¿Acaso me verían echar sal al té del Maestro de los acólitos? O quizá... y sombríamente fui repasando los varios «pecados» de los que yo sabía que era culpable. ¿Y si el Señor Abad conocía VARIAS de mis ofensas? El mensajero me llevó por los fríos y desnudos corredores de Chakpori. Allí no había lujo; nada de ornamentos drapados como en el Potala. Todo era funcional. Ante una puerta montaban guardia dos vigilantes y allí se detuvo el mensajero. Me murmuró antes de entrar: —¡Espera! — Me quedé allí muy quieto apoyándome en un pie y luego en otro mientras que los vigilantes me observaban fríamente como si yo fuera alguna forma inferior de vida humana. El mensajero reapareció. —¡Entra! — me mandó empujándome.

Contra mi voluntad crucé la puerta, que se cerró detrás de mí. Había entrado y me inmovilizó el asombro. ¡Allí no había austeridad! El Señor Abad, ataviado con riquísima vestidura en rojo y oro, estaba sentado sobre una plataforma levantada a unos tres pies del suelo. Cuatro lamas lo atendían. Recobrándome de mi impresión, me incliné con tanto fervor que me crujieron las rodillas, y mi escudilla y mi caja de los hechizos entrechocaron.

Detrás del Señor Abad un lama me hizo señas de que avanzara y levantó la mano cuando llegué al punto donde debía detenerme.

Silencioso, el Abad me miraba. Repasaba atentamente todo mi aspecto: mi ropa, mis sandalias, y probablemente se dio cuenta de que tenía muy bien afeitada la cabeza. Se volvió hacia uno de los lamas de servicio y dijo: —¿Conque éste es el muchacho, eh? —Sí, mi señor —contestó el lama a quien había dirigido la pregunta. — ¡Magnífico! ¿De modo, chico, que eres tú el que llevó ayuda al monje Tengli? —El lama que me había indicado antes que me acercase movió los labios y me señaló. Comprendí lo que me quería indicar. Así que hablé: — He tenido una gran suerte, Mi Señor Abad —respondí con la que supuse que era humildad suficiente.

Y otra vez aquella mirada inspeccionándome como si yo fuera una especie de bichito en una hoja. Por fin volvió a hablar: —¡Er, Ahh! Sí, has de ser muy felicitado por eso. ^HArramfff!! —Volvió su mirada hacia otra parte y el lama que se hallaba detrás de él me hizo señas para que hiciera la reverencia y me marchara. Así, me incliné por tres veces y me retiré hacia atrás cautamente, enviándole un telepático «Gracias» al lama que me había guiado con tan claras señales. La puerta dio contra mi trasero. Me volví para buscar el pestillo. Por fin, pude cerrarla y me apoyé en una pared lanzando un «¡Fiu!» de alivio. Mis ojos, al mirar hacia arriba, vieron a un gigantesco vigilante que me dijo: —,Bueno? ¿Acaso vas a los Campos Celestiales? ¡No te hagas el remolón ahí, chico! —me chilló junto a una oreja. Malhumorado, me recogí la larga túnica y fui por el corredor mientras los dos vigilantes me miraban con mala cara. En algún sitio crujió una puerta y una voz dijo: —¡QuIETo! —Vaya, por el Diente de Buda, ¿qué habré hecho ahora?, me pregunté desesperado al pararme y volverme para ver de qué se trataba. Un lama avanzaba hacia mí y —¡menos mal,

SONREÍA! - lo reconocí como el lama que me había estado haciendo indicaciones por detrás del Señor Abad. —Te has portado bien, Lobsang —murmuró contento—. Lo hiciste todo como debías. Aquí tienes un regalo para ti. ¡Al Señor Abad también le gustan! —Me puso en las manos un paquete muy agradablemente abultado, me dio una palmadita en el hombro y se alejó. Me quedé estupefacto toqueteando el paquete y tratando de adivinar cuál sería su contenido. Levanté la mirada y allí estaban los dos vigilantes mirándome benévolo, pues habían oído las palabras del lama. —¡Au! —exclamé, asustado, al mirarlos. La sonrisa de un vigilante era algo tan raro que me asusté. Y sin más me alejé con la mayor rapidez que me fue posible para salir de aquel corredor.

—¿Qué llevas ahí? —canturreó una vocecita. Volví la cara y vi a mi lado un niño recién ingresado. Con lengua estropajosa me dijo—: ¡Algo de comer, supongo! Dame un poco; tengo hambre. —Lo miré y efectivamente me pareció hambriento. Había un cuarto-almacén al lado y le llevé allí. Nos sentamos detrás de unos sacos de cebada. Abrí con gran cuidado el paquete y saqué lo que contenía: «Alimento indio». —¡Oh! —dijo el chiquillo—. ¡Nunca he comido algo como esto! —Le pasé uno de los pasteles, el que tenía algo blanco por encima. Lo mordió y los ojos se le ponían cada vez más redondos. De pronto recordé que yo también tenía uno de los pasteles en la mano izquierda. ¡Pero había DESAPARECIDO! Un ruido detrás de mí me hizo volverme. ¡Allí estaba uno de los gatos comiéndose mi PASTEL! ¡Y parecía gustarle mucho! Con un suspiro de resignación metí de nuevo la mano en el paquete y saqué otro pastel.

—«¿Rarrh?» —dijo una voz detrás de mí. Una pezuña me tocó el brazo. —«¿Rarrh? ¿Mrraw?» —dijo otra vez el gato, y cuando me volví a mirar ya me había quitado el segundo pastel y se lo estaba comiendo. —¡Oh! ¡HORROROSO ladrón! —grité enfadado y luego recordé lo bue-

nos que eran esos gatos, qué amigos míos eran y cuánto me consolaban—. Lo lamento, Honorable Gato Guardián —le dije contrito—. Trabajas para ganarte la vida y yo no. — Le dejé el pastel y levanté al gato en mis brazos. Ronroneaba, ronroneaba y ronroneaba. —¡Ah! —dijo el niño—. A mí no me dejan ni tocarlos. ¿Cómo te lo consienten a ti? —Tendió una mano y «accidentalmente» se llevó otro dulce. Como no hice comentario alguno, se tranquilizó y se instaló con más comodidad para comerse el pastel. El gato seguía ronroneando y me daba topetazos cariñosos con la cabeza. Le di otro medio pastel, pero ya había tenido suficiente; se limitó a ronronear aún más fuerte y frotó un lado de la cara contra el dulce, derramando el pegajoso jarabe sobre sus 1 patillas. Satisfecho de que yo hubiera entendido las gracias que me había dado, se marchó solemnemente, saltó el marco de la ventana y se quedó allí sentado lavándose al cálido sol. Cuando dejé de mirarlo observé que el chiquillo había cogido el pastel contra el que el gato se había frotado y se lo estaba comiendo. — ¿Crees en la religión? —me preguntó el niño «¿Creo yo en ella?», pensé. Es una pregunta muy curiosa. Esta-

~~nos adquirí separando los papos de las plegarias y~~ ¿Crees en la religión?». «Qué locura», pensé. QUÉ. LOCURA. Luego volví a preguntarme si de verdad creía yo en la religión y qué creía. —Yo no quería venir aquí —dijo el pequeño—. Pero me obligaron. He rezado a la Santa Madre Dolma; he rezado mucho para no venir, pero no he podido evitarlo. Recé para que mi madre no muriera, pero se murió y los que disponen de los Muertos vinieron y se llevaron su cuerpo y se lo dieron a los buitres. Nunca se me ha atendido una plegaria. ¿Y a TI, Lobsang? — Estábamos allí sentados en el cuarto-almacén, recostados sobre los sacos de cebada. En la ventana, el gato se lavaba sin cesar. Se mojaba una pezuña delantera, se la

pasaba por un lado de la cara, volvía a humedecer la pezuña, se la pasaba por la parte de arriba de la cabeza detrás de las orejas y otra vez volvía a lavarse un lado de la cara. Me producía un efecto casi hipnótico verlo sentado lamiéndose y limpiándose, lamiéndose y limpiándose y así continuamente...

¿Plegarias? Ahora que pensaba en ello, tampoco a mí me resultaban eficaces las plegarias. Entonces, si no servía rezar, ¿para qué había que hacerlo? —Quemé muchas barras de incienso —dijo el pequeño humildemente—. Las cogía de la caja especial donde las guardaba la Honorable Abuela, pero los rezos nunca me servían. Y ahora estoy aquí en Chakpori preparándome para algo que no deseo ser. ¿POR QUÉ? ¿Por qué tengo que ser monje si no me interesan estas cosas? —Apreté los labios, levanté las cejas y fruncí el entrecejo como lo había hecho recientemente el Señor Abad mirándome. Luego observé críticamente a aquel niño desde la cabeza a los pies. Por fin le dije: —Por ahora dejaremos ese asunto. Pensaré en ello y sabrás la respuesta a su debido tiempo. Mi Guía el lama Mingyar Dondup lo sabe todo y le pediré que me aconseje sobre eso.— Cuando me volví para ponerme difícilmente en pie vi el paquete de dulces indios que estaba ya casi agotado. Dejándome llevar por un impulso envolví bien lo que quedaba y se lo puse en las manos al chiquillo, el cual estaba asombrado. —Aquí tienes esto —le dije—. Te ayudará a meditar en cosas espirituales, cosas de las que importan. ¡Ahora debes irte porque tengo que pensar! —Sujetándole un codo le conduje hasta la puerta y le eché amablemente. Le encantaba poder irse pues temía que cambiase yo de idea y quisiera que me devolviese los dulces indios.

Libre ya de él, me concentré en asuntos más importantes... En uno de los sacos había visto un hermoso pedazo de cuerda. Me acerqué allí y lo saqué de la boca del saco. Luego me acerqué a la ventana y jugué con el

gato, persiguiendo él el extremo de la cuerda que yo hacía moverse. Saltaba sobre los sacos, se metía entre ellos y por lo general se divertía mucho. Por fin, tanto él como yo nos cansamos casi simultáneamente. Se me acercó, me dio unos golpecitos con la cabeza y se estuvo con la cola levantada en el aire diciendo: «fflrrau!». Por fin saltó al alféizar de la ventana y desapareció en uno de sus misteriosos viajes. Me guardé el pedazo de cuerda y salí al corredor, por el que seguí hasta llegar a mi habitación. Durante un rato estuve ante la lámina más importante. Era una figura masculina y se podía ver dentro de ella. Primero aparecía la tráquea y a la izquierda de ella un dibujo de dos monjes muy atareados soplando para introducir aire en los pulmones. A la derecha otros dos monjes introducían aire en el lado derecho de los pulmones y me fijé en que trabajaban mucho para ello. Luego, un grabado del corazón. De éste unos monjes sacaban sangre o más bien fluido, pues no se podía ver que fuese sangre. Más allá había una amplia cámara que era el estómago. Un monje, evidentemente uno de los mayores, estaba sentado detrás de una mesa y cinco monjes se hallaban muy atareados llevando paquetes de comida. El monje principal anotaba la cantidad de alimentos que llevaban.

Más allá un grupo de monjes sacaban bilis de la vesícula biliar para diluir los alimentos y ayudar así a la digestión. Otros monjes se hallaban ocupados en lo que evidentemente era una fábrica química —el hígado—; estaban rompiendo varias sustancias con ácidos y me causaba un efecto fascinante mirar aquel cuadro porque luego todo pasaba por vueltas y revueltas que representaban los intestinos. Los monjes metían varias sustancias en los intestinos. Más allá se encontraban los riñones, donde los monjes separaban diferentes fluidos y cuidaban de que éstos fueran enviados en la dirección adecuada. Pero

debajo de la vejiga aparecía lo más interesante de todo: dos monjes aparecían sentados en los lados opuestos de un tubo y sin duda controlaban la marcha de un fluido. Luego se fijó mi vista en el rostro de la figura y no me pareció raro que tuviese aquella expresión de mal humor con tanta gente en su interior que le pinchaban y daban golpes por dentro y le hacían cosas tan raras. Me estuve un rato en agradable contemplación y haciéndome fantasías sobre los hombrecillos que estaban allí dentro.

Por fin sonó una llamada leve en la puerta de comunicación y a los pocos momentos se abrió. Allí se hallaba mi Guía el lama Mingyar Dondup. Sonrió aprobatoriamente al verme contemplar las figuras. —Ésa es una imagen muy antigua; la hicieron en su forma original grandes artífices de China. La figura primitiva es de tamaño natural y fue hecha con diferentes clases de madera. Yo he visto ese original y verdaderamente parece tener vida. Tengo entendido que has causado una excelente impresión al Señor Abad, Lobsang. Me dijo poco después que creía que tú tienes notables facultades. —Y añadió con una voz un poco irónica—: ¡Pude asegurarle que el Recóndito era de la misma opinión!

Me zumbaba la cabeza de pensar en la religión, de modo que le dije humildemente: —Maestro, ¿me permite hacerle una pregunta sobre algo que me ha preocupado mucho? —Desde luego que sí. Si puedo ayudarte, lo haré con mucho gusto. ¿Qué te inquieta? Pero vamos a mi habitación, donde podemos sentarnos cómodamente y tomar el té.— Se volvió y se digió hacia su cuarto después de haber comprobado con una rápida mirada que mis provisiones disminuían rápidamente. Cuando estuvimos ambos en su cuarto envió a buscar un sirviente y pronto estuvo listo el té. Cuando terminamos de tomarlo me sonrió el lama y dijo: —Bueno, ¿qué te pasa ahora? Tómame todo el tiempo que quieras y cuéntamelo todo, pues no necesitas asistir al Servicio Vespertino.— Se

sentó en la posición del loto, con las manos unidas en su regazo. Me senté, o más bien me incliné de lado y procuré ordenar mis pensamientos para exponer lo más claramente posible el asunto sin «chapucear».

—Honorable Maestro —dije por fin—, me preocupa la religión; no veo para qué sirve. He rezado y otros también lo han hecho y nada hemos conseguido con nuestras plegarias. Parece como si hubiésemos estado rezándole a un desierto. Es como si los dioses no escuchasen las oraciones. Parece que como éste es el Mundo de la Ilusión también deben ser ilusiones las oraciones y la religión. También sé que muchos peregrinos buscan la ayuda de los lamas para que sus problemas sean resueltos, pero nunca he sabido que ninguno se haya arreglado. También mi padre (¡cuando yo tenía un padre!) empleaba a un sacerdote todo el tiempo, pero no parece habernos servido de mucho. Maestro, ¿puede usted decirme, quiere usted decirme para qué sirve la religión?

Mi Guía permaneció en silencio algún tiempo mirándose las manos juntas. Por fin suspiró y me miró fijamente. —Lobsang —dijo—, la religión es muy necesaria. Es absolutamente necesario, esencial, que haya religión que imponga una disciplina espiritual a sus creyentes. Sin religión sería la gente peor que los animales salvajes. Sin religión no habría voz de la conciencia. Te digo que no importa en absoluto si uno es hindú, budista, cristiano o judío; todos los hombres tienen la sangre roja y su fe es en lo esencial la misma.— Se interrumpió y me miró, tratando de saber si yo le podría seguir en lo que estaba hablando y en el significado que él pensaba. Moví la cabeza afirmativamente y él continuó:

—Aquí en la Tierra la mayoría de la gente se parece mucho a los niños de la escuela, niños que nunca ven al director y que nunca ven el mundo exterior a la escuela. Imagínate que el edificio de la escuela está totalmente rodeado por un alto muro; hay ciertos maestros

en ese centro docente, pero a los principales nunca los ven en la clase a que me refiero. Y los alumnos de esa escuela tendrán entonces una base para pensar que no hay director alguno si no tienen la capacidad suficiente para comprender que debe de haber alguien que esté por encima de los maestros corrientes. Cuando los niños son examinados y pueden pasar a una clase superior pueden entonces moverse fuera del muro que rodea la escuela y quizá lleguen a conocer al Director y vean el mundo en torno. Con demasiada frecuencia pide la gente pruebas, quieren tener la prueba de todo y la necesitan para creer que existe Dios, y el único modo de que tengan esa prueba es que sean capaces de viajar astralmente, capaces de clarividencia, pues cuando viaja uno más allá de los confines de esa clase que está amurallada, puede verse más allá la Verdad Mayor.— De nuevo se interrumpió y me miró inquieto para saber si iba yo siguiendo satisfactoriamente sus observaciones. La verdad es que lo comprendía muy bien y cuanto decía tenía para mí pleno sentido.

—Imaginemos que tenemos una clase y que creemos que nuestro Director se llama Tal y Cual. Pero hay cerca de nosotros otra clase y podemos conocer a esos estudiantes; discuten con nosotros y nos dicen que el Director se llama de otra manera a como creíamos. Pero una tercera clase, a la que también podemos conocer, interrumpe desconsideradamente y nos dice que todos somos idiotas porque no hay Director alguno, pues si lo hubiera lo habríamos tratado o visto. Por lo menos, no tendríamos duda alguna sobre su nombre. Ahora, Lobsang —dijo sonriendo mi Guía—, comprenderás que una de las clases estaba lleno de hindúes, que llaman a su Director de una manera; la otra puede estar llena de cristianos, que dan a su Director otro nombre. Pero cuando sacamos la esencia de cada religión nos encontramos con que todas ellas tienen características comunes y básicas. O sea

que para todas hay un Dios, un Ser Supremo. Podemos adorarle de muchas maneras diferentes, pero mientras lo adoremos con nuestra creencia eso es lo que importa. Se abrió la puerta y entró un monje-sirviente llevándonos más té. Mi Guía se alegró al servir más de éste pues tenía sed con tanto hablar y yo también me dije que estaba sediento de tanto escuchar y que necesitaba bebida. ¡Una excusa era tan buena como la otra! — Lobsang, supón que todos los acólitos, monjes y lamas de la lamasería de la Valla de la Rosa Silvestre no tuvieran a nadie responsable que estuviera encargado de la disciplina de ellos; hay siete mil habitantes en aquella lama-sería, nada menos que siete mil. Supongamos que no tuvieran allí disciplina ni esperanza de recompensa, ni castigos, y supongamos que todos pudieran hacer allí lo que quisieran sin que la conciencia les remordiera por nada. Pronto habría anarquía, incluso asesinatos, podría suceder cualquier cosa. Desde luego esos hombres son mantenidos en orden por la disciplina, tanto espiritual como física, pero es esencial para todos los pueblos del mundo tener una religión, pues se debe tener tanto disciplina espiritual como física, porque si sólo hay disciplina física entonces es un problema de fuerza y ganará el más fuerte, pero cuando hay disciplina espiritual se dirige mediante el amor. El mundo de hoy necesita volver a la religión, no a una determinada sino a cualquier religión, la más indicada para el temperamento de la persona a quien concierne.

Sentado allí meditaba en todo lo que había oído. Podía ver el sentido que tiene una disciplina, pero seguía preguntándome por qué nunca hallábamos una respuesta a nuestras plegarias. —Honorable Maestro —pregunté—. Todo eso está muy bien, pero si la religión es algo tan bueno para nosotros, ¿por qué no son atendidas nuestras oraciones? Yo estuve rezando para no tener que venir a un vaciadero... Bueno, quiero decir a una lama-

sería, pero a pesar de mis plegarias tuve que ir. Si la religión es tan buena, ¿por qué he tenido que venir, por qué no se han atendido mis ruegos en mis oraciones?

—Lobsang, ¿cómo puedes saber que tus oraciones no han sido atendidas? Tienes una idea equivocada de la oración. Mucha gente cree que les basta unir las manos y pedirle a un misterioso Dios que les conceda una ventaja sobre sus prójimos. Muchos rezan para tener dinero. A veces rezan algunos para que un enemigo les caiga en las manos. En la guerra, los bandos contrarios rezan para obtener la victoria y las dos partes aseguran que Dios está con ellas y que se halla dispuesto a aplastar al enemigo. No debemos considerar a Dios como a una Gran Figura sentada ante una mesa y recibiendo las peticiones que le llegan en forma de plegarias y concediendo todo lo que se le pide. —Se rió y continuó—: Imagínate que vas a ver al Señor Abad y que le dices que estás rezando para que te suelte de la lamasería o para que te dé una gran cantidad de dinero. ¿Acaso crees que contestaría a tu petición en el sentido que tú deseas? ¡Lo más probable sería que su respuesta fuese en el sentido contrario al deseado por ti! —Aquello me parecía sensato, pero tenía que pensar en la falta de sentido de seguir rezando si no había quien me respondiera o concediera las cosas que uno pedía.

—Tu idea de la oración, por lo que veo, es completamente egoísta. Lo que pides todo el tiempo es algo para ti. ¿Crees que puedes rezarle a un Dios para pedirle que te envíe una caja de almendras garrapiñadas? ¿Crees que puedes rezar para encontrarte en los brazos un gran paquete de dulces indios? La oración debe ser para beneficio de los demás. La oración ha de servir para dar gracias a Dios. La oración debe consistir en la afirmación de lo que deseas hacer en provecho de los demás, no de ti. Cuando rezas das cierto poder a tu

pensamiento y, si es posible o conveniente, debes rezar en alto, pues eso añade poder a los pensamientos. Pero debes asegurarte de que tus plegarias son altruistas y llegar a la convicción de que no contradicen a las leyes naturales. —Aunque movía la cabeza para expresar mi asentimiento, me parecía que las oraciones servían de poco.

Mi Guía me sonrió ante mi aparente falta de atención y prosiguió: —Sí, ya sé lo que piensas, crees que la oración es una pérdida de tiempo. Pero supongamos que una persona acaba de morir o supongamos que alguien lleva ya muerto algunos días y que supieras que puedes rezar una oración que obtenga respuesta positiva. Imaginemos que rezaras para que esa persona volviera a la vida. ¿Crees que sería conveniente resucitar a alguien que llevara muerto tanto tiempo? Algunos rezan para que Dios haga morir a alguien que acaba de disgustar a la persona que reza. ¿Crees que sería razonable esperar que Dios fuese por ahí matando gente porque alguna persona insensata hubiera rezado para ello?

—Pero, Honorable Maestro, los lamas rezan todos ellos al unísono en los templos, y todos ellos piden cosas diferentes. ¿Qué finalidad puede tener eso?

—En efecto, los lamas rezan al unísono en los templos pensando en diferentes cosas. Rezan (es decir, dirigen sus pensamientos) para que les permita ayudar a los desgraciados. Rezan para que los desvalidos puedan tener ayuda, lo cual es una asistencia telepática. Rezan para que quienes son ya fantasmas errantes perdidos en el desierto más allá de esta vida puedan ser guiados, para que si una persona muere sin saber nada del otro lado de la muerte, él o ella no se pierdan en una ciénaga de ignorancia. Por eso rezan los lamas (enviando pensamientos telepáticos), para que los que necesitan ayuda la reciban. Me miró con cierta seriedad y añadió—: Los lamas no rezan en beneficio propio, no rezan para ser

ascendidos. No se les ocurre hablar para que el lama Tal o Cual, que ha sido un poco difícil, se caiga de un tejado o tenga una desgracia semejante. Sólo rezan para ayudar a los demás.

Mis ideas se me iban desquiciando un poco, pues siempre había creído que un dios, o la Bendita Madre Dolma podría atender un ruego si se le hacía llegar con el suficiente fervor. Por ejemplo, yo no había querido ingresar en una lamasería y había rezado muchísimo para ello. Pero por mucho que rezara, no pude evitar ir a la lamasería. Según parecía, el rezo sólo era algo que quizá pudiera ayudar a otras personas.

—Sigo tus pensamientos claramente y no coincido con tus puntos de vista en este asunto —dijo mi Guía—. Si uno ha de ser espiritual debe hacer por los demás lo que desearía que le hicieran a él mismo. Debes rezar para tener la fuerza y la sabiduría que te permitan proporcionarles también a los demás sabiduría y fuerza. No debes rezar en provecho propio, pues eso es un ejercicio inútil, una pérdida de tiempo. —Entonces —pregunté—, ¿una religión es algo que tenemos que hacer por los demás?

—Nada de eso, Lobsang, una religión es algo que Vivimos. Son unas normas de conducta que nos imponemos voluntariamente a nosotros mismos para que se purifiquen y fortalezcan nuestros Superyoes. Al tener pensamientos puros, eliminamos los pensamientos impuros y fortalecemos aquello a lo que volvemos cuando abandonamos el cuerpo. Pero cuando domines más el viaje astral podrás ver la verdad. Por ahora (durante unas cuantas semanas más) debes creer lo que te digo. La religión es muy real, muy necesaria. Si rezas y tus rezos no son atendidos como crees, puede ser que en definitiva tu oración hubiera sido ya contestada, porque antes de venir a esta Tierra hacemos un plan concreto de las ventajas y desventajas que encontraremos en este mundo.

Planeamos nuestra vida en la Tierra (antes de venir aquí) lo mismo que un estudiante de un gran colegio planifica sus cursos y estudios para al final de ellos ser esto, lo otro, o lo de más allá, aquello para lo que se ha preparado.

—¿Cree usted, Honorable Maestro, que hay una religión superior a otra? —dije con bastante timidez. —Ninguna religión es mejor que el hombre que la profesa. Aquí tenemos nuestros monjes budistas. Algunos de ellos viven santamente, pero otros no tanto. Una religión es algo muy personal y cada persona tiene un modo diferente de abordar la religión, cada uno ve cosas diferentes en la suya. No importa que un hombre sea budista, hindú, judío o cristiano. Lo que realmente importa es que cada uno practique su religión lo mejor posible de acuerdo con su creencia.

—Maestro —volví a preguntar—. ¿Está bien que una persona cambie de religión y puede un budista convertirse en cristiano o un cristiano hacerse budista? —Mi opinión personal, Lobsang, es que, excepto en circunstancias insólitas, una persona no debe cambiar de religión. Si alguien ha nacido en la fe cristiana y vive en el mundo occidental, debe conservar su fe, pues uno absorbe las creencias religiosas lo mismo que los primeros sonidos de su lengua, y a veces ocurre que si una persona que es cristiana se convierte de pronto en hindú o en budista, ciertos factores hereditarios tienden a debilitar la aceptación de la nueva fe y, con demasiada frecuencia, para compensar lo que perdió, el nuevo hindú o budista se vuelca fanáticamente a favor de su nueva religión mientras que al mismo tiempo le quedan toda clase de dudas y conflictos sin resolver bajo la superficie. Pocas veces es satisfactorio el resultado. Soy partidario de que cada cual se mantenga fiel a la creencia religiosa que tiene desde el principio.

—¡Mmmm! —hice mientras meditaba—. Entonces pa-

rece ser que mis ideas religiosas han estado completamente equivocadas. Resulta que uno tiene que dar, y no pedir para uno. Sólo cabe la esperanza de que algún otro pida para uno en sus oraciones.

—Podemos aspirar a la comprensión, y uno puede rogar en sus oraciones ser capaz de ayudar a los demás porque ayudando a los otros aprende uno, enseñando a los demás aprendemos, y salvando a los otros se salva uno. Hay que dar antes que recibir, hay que dar de nosotros mismos, dar nuestra compasión, nuestra misericordia. Hasta que uno no sea capaz de darse, no podrá recibir de los demás. No es posible obtener misericordia sin haberla manifestado antes. No se puede obtener comprensión sin haber sido comprensivo antes con los problemas de los otros. La religión es algo muy grande, Lobsang, demasiado grande para ser tratada en una breve conversación como ésta. Pero piensa en ello. Piensa en lo que puedes hacer por los demás, en cómo puedes proporcionar placer y progreso espiritual a los otros. Permíteme preguntarte algo, Lobsang: tú contribuiste a salvar la vida de un pobre monje viejo que tuvo un accidente. Si piensas en ello sinceramente reconocerás que has tenido con ello placer y elevada satisfacción. ¿Es así o no?

Pensé en eso y sí, era muy cierto, me sentía muy satisfecho de haber ido allí tras el Honorable Puss Puss y haber contribuido a socorrer al viejo. —Sí, Honorable Maestro, lleva usted razón, me siento muy satisfecho —respondí por fin.

Caían las sombras de la tarde y el manto morado de la noche iba extendiéndose paulatinamente por nuestro Valle. En la lejana Lhasa las luces empezaban a oscilar y la gente se movía ya tras sus visillos encerados. Debajo de nuestra ventana uno de los gatos lanzó un quejoso grito que fue contestado por otro gato cercano. Mí Guía se levantó, estirándose. Parecía estar poco ágil y cuando

logré ponerme en pie casi me caí de frente porque había estado sentado hablando más tiempo del que creía, y sí, también yo estaba entumecido. Nos asomamos juntos a la ventana durante algunos momentos y entonces dijo mi Guía: —Será una buena idea descansar bien esta noche pues quién sabe si mañana temprano tendremos quehacer. Buenas noches, Lobsang, buenas noches.

—Honorable Maestro —dije—. Gracias por el tiempo que ha empleado y la molestia que se ha tomado enseñándome. Soy lento de entendederas y supongo que mi mente no es muy viva, pero ya voy empezando a entender más. Gracias. ¡Buenas noches!

Me incliné ante él, me volví y me dirigí hacia la puerta de comunicación. —Lobsang —me llamó mi Guía. Yo le atendí en seguida—. El Señor Abad estaba verdaderamente satisfecho de ti y eso deberá hacerse constar en tu expediente. El Señor Abad es un hombre austero y muy serio. Te has portado bien. Buenas noches.

—Buenas noches —repetí cuando entraba ya en mi habitación. Hice con rapidez mis sencillos preparativos para la noche y entonces me tendí, no para dormirme inmediatamente, sino para pensar en las cosas de que habíamos hablado y debía reconocer que, indudablemente, pertenecer como era debido a la religión que siempre fue la de uno podía proporcionar la disciplina espiritual más adecuada y excelente.

Capítulo catorce

«¡Au! ¡ ¡Aaagg!!» Fue muy molesto salir rodando y quedarme unos momentos preguntándome dónde estaba. Contra mi voluntad me desperté; bueno... casi. El cielo estaba hacia el Este algo colorado. Unos cristales de hielo suspendidos a gran altura en los picos de las montañas brillaban con prismáticos reflejos y matices de arco iris. Por encima de mí el cielo seguía estando intensamente púrpura y ese color se aclaraba cuando yo lo miraba. ¡Qué frío tenía! El suelo de piedra era como un bloque de hielo, y yo temblaba. Mi única y fina manta era una pobre protección para mi frío lecho. Bostezando, me froté los ojos con los nudillos, tratando de quitarme de encima el sueño y demorar por unos pocos minutos el esfuerzo de levantarme en tan fría mañana.

Irritado y aún medio dormido, moví mi «almohada» que era mi túnica. Atontado por los efectos de haber dormido tanto, intentaba descubrir cuál era la parte de arriba de mi túnica. Desesperado, pues no acababa de despertarme del todo debidamente, hice un nuevo intento y aún más enfadado conmigo mismo descubrí que me la había puesto al revés. Rezongando contra mí mismo la rasgué. Bien puedo decirlo, pues la vieja y podrida túnica se abrió por la espalda hasta abajo. Contemplé entristecido el daño, quedándome desnudo en el aire, que era tan frío que me salía el aliento como una nube blanca. Me había ganado un buen castigo. Pues, ¿qué iba a decir el Maestro de los Acólitos? Rompiendo propiedad lamástica por un caprichoso descuido y la estupidez de un chico. Bien sabía yo TODO lo que iba a decir pues me lo había dicho muchas veces.

No nos daban túnicas nuevas. Cuando a un muchacho se le quedaba corta su túnica, le daban la de otro com-

pañero que hubiera crecido más. Todas nuestras túnicas eran viejas; algunas de ellas se mantenían sin romperse más por la fe que por su resistencia. Ahora mi túnica se había TERMINADO, me dije, mientras miraba los tristes restos. Entre mis dedos el tejido era fino, vacío, privado de «vida». Apenado me senté y me cubrí con la manta. ¿QUÉ HARÍA? Por lo pronto hice a la prenda más desgarrones y luego, envuelto en mi manta como si fuera una túnica, fui en busca del Maestro de los Acólitos. Cuando llegué a su oficina estaba diciéndole cosas verdaderamente horribles a un niño que deseaba otro par de sandalias. —¡Los pies fueron hechos antes que las sandalias, pequeño, los pies fueron hechos antes que las sandalias! —repetía enfadado—. Si yo pudiera hacer mi voluntad iríais todos descalzos, pero aquí tienes otro par. Cuídalas. ¡Bueno! ¿Qué quieres Tú? —me preguntó al verme envuelto en mi liviana manta.

¡Cómo me miraba! ¡Con qué furia me taladraban sus ojos al pensar que otro acólito quería también algo de su preciado depósito! —Honorable Maestro —dije temblando—, se me ha roto la túnica pero es muy poco resistente y hace mucho tiempo que no me sirve.

¿¿¿Con que no TE SIRVE??? —vociferó—. Soy yo quien dice si una cosa deja de servir, no tú, miserable chico. Ahora vete a hacer tus cosas envuelto en andrajos por castigo a tu audacia—. Un monje-sirviente se inclinó y murmuró algo. El Maestro de los Acólitos chilló y tronó—: ¿Cómo? ¿Qué? ¡Habla si es que sabes, HABLA! El monje-sirviente correspondió a los chillidos gritando:

He dicho que este muchacho fue hace poco ante el Recóndito. También le llamó mi Señor Abad y es el chela del Honorable Maestro el lama Mingyar Dondup. —¡Alp! ¡Arragg! —se asombró el Maestro de los Acólitos—. ¿Por qué, en nombre del Diente de Buda, no me has dicho quién eras? ¡Eres un necio, un imbécil, el peor de todos los acólitos! —y el Maestro de los Acó-

litos se volvió hacia mí con una forzada sonrisa en sus agudas facciones y pude ver que le era violento tener que hacerse el simpático. Dijo: —Déjame ver la túnica, muchacho.— En silencio se la pasé con la parte de atrás hacia arriba de modo que los desgarrones fue lo primero que vio. Tomó en sus manos la destrozada túnica y tiró de ella sin fuerza. Para satisfacción mía se rompió aún más y un tirón final la dejó partida en dos. El Maestro de los Acólitos me miró asombrado y abriendo la boca dijo: —Sí, se ha roto con toda facilidad, ¿verdad? Ven conmigo, que te daré una nueva túnica.— Me puso una mano en un codo y al hacerlo tocó mi manta—. ¡Hmm! Esto es muy poca cosa, has tenido tanta desgracia con tu manta como con la túnica. Tendré que darte también una nueva. Era un local muy amplio y había colgadas en clavos en la pared túnicas de todas clases, desde las de los lamas principales hasta las pobres túnicas para trabajadores legos. Llevándome con su mano en mi brazo mientras tenía los labios fruncidos, me hacía avanzar deteniéndose muchas veces para tocar una u otra prenda; era como si a todas ellas las quisiera mucho.

Llegamos a la parte donde había túnicas para los acólitos. Nos detuvimos y él se tocó la barbilla y luego se frotó los lóbulos de sus orejas. —¿De modo que tú eres el chico que primero fue impulsado hasta abajo de la montaña y luego elevado al Tejado Dorado? ¡Hmmm! Y eres el chico que fue a ver al Recóndito por orden especial suya, ¿eh? ¡Hmmm! Y el que habló personalmente con el Señor Abad de esta lamasería. ¡Hmmm! Y tú (eso sí que es extraordinario) te has ganado el favor del propio Señor Abad. ¡Hmmm! —frunció las cejas y parecía estar mirando a gran distancia. Me figuré que procuraba adivinar si yo tendría que ver otra vez al Recóndito o al Señor Abad y (¿quién sabe?) incluso un chiquillo puede ser utilizado para favorecer los fines de un hombre ambicioso.

—Voy a hacer algo insólito. Voy a darte una túnica completamente nueva, una que terminaron la semana pasada. Si el Recóndito te ha favorecido, y el Señor Abad también, y el Gran Lama Mingyar Dondup te prefiere, he de ocuparme de que vayas bien vestido para que cuando te presentes a ellos no me avergüences. ¡Hmmm! —se volvió y fue a otra habitación, un anexo del gran almacén. Allí había túnicas nuevas que acababan de ser confeccionadas por monjes que trabajaban bajo la dirección de lamas. Manejó una pila de túnicas que aún no habían sido colgadas en las perchas y tomando una dijo—: Póntela; tienes que probártela.— Rápido me quité la manta y cuidé de doblarla bien. Luego me probé aquella flamante túnica. Como yo sabía muy bien, tener una completamente nueva era señal, para los otros acólitos y también para los monjes, de que uno disfrutaba de un «tirón» en alguna parte y era por tanto una persona de cierta importancia. Así que me alegré de tener una nueva túnica, porque mientras que una de vieja se consideraba a veces como prueba de que uno llevaba siendo acólito mucho tiempo, una nueva del todo era señal de que uno era importante.

La nueva túnica me sentaba bien. Era mucho más gruesa e incluso en los pocos momentos que la había tenido puesta me había calentado el cuerpo, que tiritaba de frío. Ésta me sienta perfectamente, Maestro —dije con cierta satisfacción—. ¡Hmmm! Creo que podemos encontrar algo mejor que eso. Espera un momento.— Anduvo revolviendo en la pila, farfullando y musitando y de vez en cuando tocando una tela con sus dedos. Por último pasó a otra pila y sacó una prenda de mucha mejor calidad. Suspirando, gruñó : —Ésta es una de un lote especial que hicieron accidentalmente de una tela superior. Ahora pruébate ésta. Creo que les impresionará a nuestros superiores.

Sí, no cabía duda. Era una hermosa túnica. Me sentaba

bien, aunque quizá me estuviese un poco larga pues me caía sobre los pies, pero eso significaba que me seguiría sirviendo cuando creciera. Me serviría mucho tiempo. De todos modos, cuando una prenda era demasiado grande podía ser acortada poniéndole una «bolsa» mayor en la parte delantera y allí podría llevar más cosas conmigo. Di vueltas y el Maestro de los Acólitos me miró atentamente afirmando, por fin, con la cabeza y se pellizcó el labio inferior antes de decir como con pena: —Ya que hemos ido tan lejos, aún podemos hacer un poco más. Tendrás esa túnica, chiquillo, y te daré otra, pues ya me doy cuenta de que no eres de los que tienen una de repuesto.— Me era difícil entender lo que decía porque susurraba mientras tenía la espalda vuelta a mí y hundía las manos en la pila de túnicas. Por fin sacó otra y me dijo—: Ahora pruébate ésta para ver si también te sienta bien. Sé que eres el que le han dado una habitación especial donde viven los ламas, de modo que no hay el peligro de que algún muchacho mayor que tú te quite la túnica.

Yo estaba encantado. Tenía dos túnicas largas, una para las grandes ocasiones y otra para uso diario. El Maestro de los Acólitos miró mi manta como con asco y observó: —Sí, sí, vamos a darte una nueva manta. Ven conmigo y traéte ésa.— Me precedía con prisa, hasta la principal habitación de almacenaje y llamó a un monje que llevaba una escalera de mano. Con gran rapidez subió el monje por la escalera y sacó de uno de los estantes una manta. Ésta contrastaba demasiado con mi túnica, de modo que, quejándose angustiado, el Maestro de los Acólitos fue a la habitación de al lado y volvió al cabo de pocos momentos con los ojos semicerrados y con una manta de calidad superior—. Toma ésta, chico, toma ésta —dijo con voz temblona—. Ésa es una de nuestras mejores mantas. La hicieron casualmente de un material superior. Tómala y recuerda, cuando veas al Señor

Abad o al Recóndito, que te he tratado bien y te he equipado a lo grande.— Con toda seriedad os digo que el Maestro de los Acólitos se puso las manos en copa sobre los ojos mientras gruñía al pensar que se separaba de sus géneros de mejor calidad.

—Le debo mucho, Honorable Maestro —fue mi respuesta—, y estoy seguro (¡aquí entró en juego mi diplomacia!) de que mi Maestro, el lama Mingyar Dondup, comprenderá la bondad de usted al darme estas prendas. ¡Gracias! —Una vez cumplido así mi deber, me volví y salí del almacén. Cuando salía, uno de los monjes-sirvientes que estaban fuera me guiñó un ojo solemnemente y tuve que contenerme para no reír en alto.

Volví por el corredor hasta donde vivían los lamas. Me apresuraba llevando una túnica y la manta en los brazos y casi me tropecé con mi Guía. —¡Oh, Honorable Maestro! —exclamé—. Lo lamento pero no podía verle.

Mi Guía se rió de mí y me dijo: —Pareces un vendedor ambulante, Lobsang, como si acabaras de llegar de la India por las montañas. ¿No te habrás dedicado, por casualidad, a mercader? —Le conté mi desgracia diciéndole cómo se me había rasgado toda mi túnica. También le conté que el Maestro de los Acólitos le había estado diciendo a un chico que haría ir descalzos a todos los pequeños. Mi Guía fue por delante hasta su habitación y, llegado yo también allí, nos sentamos. Inmediatamente mi interior dio noticias de que no había comido y afortunadamente para mí oyó mi Guía esa advertencia y sonrió al decir: —¿Así que tampoco tú has roto tu ayuno? Entonces, comamos juntos.— Al decir esto, tendió la mano y agitó su campanilla de plata.

Con la tsampa ante nosotros no hicimos más comentarios hasta que terminamos la comida. Después, cuando el monje se hubo llevado los platos, me dijo mi Guía: — ¿De modo que has impresionado al Maestro de los Acólitos? Debes de haberle causado una gran impresión

para sacarle dos buenas túnicas y una manta nueva.

¡Tendré que ver si puedo emularte!

—Maestro, siento mucha curiosidad sobre la vestimenta pues si el Maestro de los Acólitos dice que deberíamos ir todos sin sandalias, ¿por qué entonces no podemos ir sin vestido? —Mi Guía se rió y comentó—: Desde luego, hace muchos años la gente no llevaba ropa y al no utilizarla no sentían la falta de ella, pues en aquellos tiempos la gente era capaz de hacer que sus cuerpos se adaptaran a temperaturas mucho más diversas. Ahora, en cambio, al abusar de la vestimenta nos hemos ido debilitando y hemos estropeado nuestros mecanismos que regulan el calor. —Se calló, meditando sobre el problema. Luego se rió y continuó—: Pero ¿puedes figurarte algunos de los monjes viejos y gordos de aquí yendo sin ropa? ¡Sería un espectáculo! Pero la historia del vestido es muy interesante, puesto que al principio la gente no llevaba ropa alguna y así no había trampa porque cada uno podía ver el aura de los otros. Pero por fin los jefes de las tribus de aquellos días decidieron que necesitaban algo que los distinguiera como jefes, de modo que usaron unas plumas estratégicamente colocadas o unas cuantas capas de pintura. Pero entonces intervinieron las damas. Querían estar decoradas también y utilizaron atados de hojas colocadas aún más estratégicamente.— Mi Guía se rió al pensar en toda esa gente y yo también me las imaginaba bastante bien.

Prosiguió: —Cuando el hombre y la mujer principales de cada tribu se habían decorado ya, también tenía que decorarse el que lo sucedería y así no se podía distinguir del hombre y la mujer principales, de modo que éstos tuvieron que añadir aún más adornos y el asunto siguió mucho tiempo de esta manera, añadiendo cada jefe más atavíos. Las mujeres llevaron ropa muy sugestiva, con la que se proponían medio revelar lo que no debería esconderse, pues (y no me interpretes mal) cuando la

gente podía ver el aura no era posible la traición ni las guerras, ni los engaños. Fue sólo al empezarse a llevar ropa cuando dejó de poderse ver el aura y no fueron ya las personas clarividentes y telepáticas.— Me miró fijamente y dijo—: Ahora préstame atención, pues lo que voy a decir tiene mucha relación con la tarea que te corresponderá realizar más adelante.— Moví la cabeza afirmativamente para que viese que le prestaba atención.

Mi Guía continuó: —Un clarividente que puede ver el astral de otro ha de poder ver el cuerpo desnudo para dar una relación verdaderamente exacta de cualquier enfermedad, y cuando la gente lleva ropa su aura se contamina.— Hice un gesto de asombro, pues no comprendía cómo podía la ropa contaminar a un aura, y así lo dije. Mi Guía me replicó pronto: —Cuando una persona está desnuda, su aura sólo puede ser la suya y no la de otra persona alguna. Ahora bien, si cubres con una prenda de lana de yak a esa persona la dotas de la influencia áurica del yak, de la persona que esquiló al yak, de la que peinó y cardó la lana y de quien tejió el material. Así, si atiendes al aura tal como se ve a través de la ropa, puedes contar la historia íntima del yak y de su familia, que no es precisamente lo que deseas.

—Pero, Maestro —fue mi inquieta pregunta—, ¿cómo contamina la ropa a un aura? —Bueno, ya te lo he dicho; todo lo que existe tiene su propio campo de influencia, su propio campo magnético, y si miras por esa ventana puedes ver la brillante luz del día, pero si echas nuestras aceitadas cortinas ves la reluciente luz diurna modificada ya por la influencia de las cortinas aceitadas de seda. En otras palabras, lo que ves efectivamente es un tinte azulado de la luz y eso no te ayuda en absoluto para describir cómo es la luz del sol.

Me sonrió con cierta astucia y añadió: —En verdad, es bastante notable que la gente se resista tanto a prescindir

de su ropa. Siempre he sostenido la teoría de que la gente cree, por la memoria racial, que sin ropa se les vería el aura y la leerían los otros. Por eso muchos tienen hoy pensamientos tan culpables que no se atreven a que nadie sepa, aparte de ellos, qué hay en sus mentes y por eso siguen vistiendo su cuerpo, lo que es un culpable enmascaramiento con la disculpa de la pureza y la inocencia. —Reflexionó durante unos momentos y luego comentó—: Muchas religiones dicen que el hombre está hecho a imagen de Dios, lo que parece implicar que al avergonzarse de su cuerpo, se avergüenza de la imagen de Dios. Todo esto es muy intrigante. Ya verás que en Occidente suelen mostrar sorprendentes espacios de carne pero cubren otras partes sobre las que automáticamente llaman la atención. En otras palabras, Lobsang, muchas mujeres visten de modo completamente sugestivo; llevan rellenos, conocidos también como «alegres engaños» cuando yo estaba en Occidente. Todos esos rellenos se proponen hacer que el hombre piense que una mujer tiene lo que le falta, lo mismo que hace pocos años los hombres occidentales llevaban unas cosas dentro de los pantalones a las que llamaban pedazos de bacalao. Es decir, había almohadillas cuyo objetivo era dar la impresión de que un hombre estaba dotado generosamente y que por tanto sería un compañero muy viril. ¡Desgraciadamente, los que llevaban más almohadillas eran los menos viriles! Pero otra gran dificultad del vestir es que impide el paso del aire al cuerpo. Si la gente llevase menos ropa y por tanto se ventilara más el cuerpo, se beneficiaría mucho su salud; habría menos cáncer y mucha menos tuberculosis, pues cuando alguien se cubre mucho no puede circular el aire y se multiplican los gérmenes.

Pensé en aquello y no comprendía cómo podían multiplicarse los gérmenes porque una persona fuera vestida. Así lo dije, y mi Guía me respondió: —¡Lobsang! Si miras al suelo quizá no veas en él insectos, pero si levantas

un madero podrido o mueves una piedra encontrarás toda clase de cosas debajo: insectos, gusanos y cantidad de bichitos que sólo se crían y viven en la oscuridad, en sitios muy ocultos. Asimismo, el cuerpo está cubierto de bacterias y de gérmenes. La acción de la luz impide que éstos y aquéllas se multipliquen y gracias a ella se mantiene saludable el cuerpo. Pero cuando deja uno que se inmovilicen bolsas de aire en la oscuridad bajo gruesa ropa, se multiplican toda clase de bacterias.— Me miró con gran seriedad y dijo—: Más adelante, cuando seas un médico que visite pacientes, ya verás que cuando se deja una prenda mucho tiempo sin cuidar se forman cresas bajo ella, lo mismo que cuando se deja en el suelo una piedra se acumulan debajo los insectos. Pero ya lo comprobarás en el futuro.

Se levantó, estiróse y dijo: —Ahora tenemos que marcharnos. Te dejaré cinco minutos para que te prepares y luego bajaremos a las cuadras porque tenemos que salir de viaje.— Entonces me indicó que me llevase mi túnica de reserva y mi manta a mi cuarto. Me incliné ante él, recogí aquello y fui hacia la puerta de comunicación. Tardé unos momentos preparándome en mi habitación y luego me dirigí hacia la cuadra, como se me había indicado.

Cuando salí al patio me inmovilicé asombrado; se estaba reuniendo allí toda una cabalgata. Me apoyé en una de las paredes y luego avancé pasito a pasito sin dejar de preguntarme qué sería todo aquello. Por un momento creí que uno de los Abades se mudaba, pero entonces apareció mi Guía, el lama Mingyar Dondup, y miró rápidamente a su alrededor. Al verme, me hizo señas. Me impresionó darme cuenta de que toda aquella conmoción era por nosotros.

Había un caballo para mi Guía y otro más pequeño para mí. Además estaban allí cuatro monjes-sirvientes montado cada uno en un caballo y también había otros

cuatro caballos cargados con líos y paquetes, pero de tal modo que hubiera sitio libre y no llevaran demasiado peso. Así podrían montar en ellos los más gruesos, cuando se cansaran los caballos en los que primero montarían. Muchos relinchos, pataleos, agitadas respiraciones, movimiento de colas... Entre las cabalgaduras pasaba yo teniendo cuidado de no ponerme detrás de un caballo, pues ya una vez uno juguetón me había dado con un casco en pleno pecho, con fuerza considerable, derribándome. Desde entonces había aprendido a tener cuidado.

—Bueno, vamos a las montañas, Lobsang, por tres o cuatro días, ¡y tú vienes de ayudante mío! —Guiñó un ojo al decirme que aquello era en realidad otra etapa de mi entrenamiento. Nos acercamos juntos a nuestros caballos y el que me correspondió volvió la cabeza para mirarme y bien puede decirse que se estremeció al reconocerme: movió los ojos mucho y relinchó como dolida protesta. Contaba con toda mi simpatía aunque no le tenía yo más aprecio que él a mí, pero un monje-mozo de caballos puso las manos en forma de copa para que apoyara yo en ellas un pie y me ayudó a subir. Mi Guía se había montado ya y esperaba. El monje murmuró: —;Éste es un caballo tranquilo, no tendrás dificultades con él, ni siquiera tú!

Mi Guía miró en torno suyo para comprobar que yo estaba ya montado, que los cuatro monjes-sirvientes se hallaban también donde debían estar, y que los cuatro caballos cargados estaban sujetos con largas bridas. Luego levantó una mano y empezó a descender por la montaña. Los caballos que me tocaba montar parecían tener algo en común: cada vez que había una mala pendiente, cada uno de aquellos condenados animales agachaba la cabeza y debía sujetarme muy bien si no quería salir despedido resbalando por su cuello. ¡Esta vez apreté los pies tras las orejas del caballo que me había correspondido y eso no le gustaba más que a mí su cabeza agachada! La carre-

tera con terrazas era muy irregular y había en ella mucho tráfico. Yo tenía que concentrar toda mi habilidad en no salir despedido por mi montura. Pero me las arreglé para levantar la vista y ver más allá de los parques donde estaba lo que había sido mi hogar y que no volvería a serlo.

Seguimos descendiendo y doblamos a la izquierda por la carretera de Linghor. Pasamos por el puente sobre el río y cuando vimos la Misión china habíamos vuelto a la derecha por el camino que conducía al Kashya Linga y me pregunté para qué iría semejante comitiva sólo a aquel pequeño parque. Mi Guía no me había dado indicación alguna de adónde íbamos, a no ser vagamente a «las montañas» y como había montañas encerrándonos en Lhasa en una especie de bol, nada podía indicarme nuestro punto de destino.

De pronto di un brinco de alegría tan súbito que mi caballo se asustó creyendo que lo quería atacar o algo así. Sin embargo, logré sostenerme y le tiré tanto de las riendas que hubo de echar hacia atrás la cabeza. Aquello le tranquilizó pronto y también había yo aprendido una lección: que basta llevar cortas las riendas para ir seguro. ¡Por lo menos, esperaba que así sería! Seguimos a buena marcha y pronto llegamos a un ensanchamiento del camino donde había varios mercaderes que acababan de desembarcar de los transbordadores. Mi Guía descalbó y también lo hizo su monje-ayudante de más edad y se dirigió al hombre de la barca transbordadora. Hablaron unos momentos y el monje volvió hasta nosotros diciendo: —Todo está arreglado, Honorable Lama, podemos ya seguir.— Inmediatamente hubo mucho movimiento y confusión. Los monjes-ayudantes se apearon y todos ellos se reunieron en torno a los caballos que iban cargados de bultos. Les quitaron de encima las cargas y las llevaron a la barca transbordadora. Luego, todos los caballos fueron atados juntos con las largas riendas, pero

dos monjes-ayudantes montaron cada uno en uno de los caballos y los hicieron entrar en el río. Les estuve mirando. Los monjes se recogían las túnicas hasta la cintura y los caballos se metieron valientemente en el agua y nadaron hasta la otra orilla. Vi con cierto asombro que mi Guía estaba ya en la barca y me hacía señas para que yo subiera también a ella. Así, por primera vez en mi vida subía a una embarcación. Me siguieron los otros dos ayudantes. Pidiéndole algo en voz baja a su ayudante, el barquero puso en movimiento su barca. Al principio sentí un poco de mareo porque la barca describió primero un círculo.

La embarcación estaba hecha con pieles de yaks cuidadosamente cosidas e impermeabilizadas. Luego aquello se infló con aire. La gente se había instalado con sus equipajes y el barquero remaba lentamente por el río. Cuando se levantaba viento, la barca iba con gran lentitud pero el barquero se desquitaría al regreso, pues entonces llevaría el viento a favor.

Yo estaba demasiado emocionado para sacar mucho provecho de mi primera «travesía». Sé que me agarraba a los lados de la lancha de piel y había cierto peligro de que mis dedos, con tan afiladas uñas, penetraran en ella. Temía moverme porque cada vez que intentaba hacerlo algo parecía hundirse debajo de mí. Era como si fuésemos apoyados en la nada y era muy distinto que pisar un sólido suelo de piedra ya que estos no vacilaban. Además, el agua estaba un poco revuelta y llegué a la conclusión de que había comido demasiado, pues tenía curiosas bascas y sentía el temor de devolver ante todos aquellos hombres. Sin embargo, me resultó muy eficaz contener el aliento a intervalos sensatamente regulares y logré salvar mi honor. En cuanto la barca rozó un fondo de guijarros saltamos a la orilla.

Nuestra cabalgata se rehízo, mi Guía delante y yo siguiéndole a una distancia de sólo medio caballo. Luego

los cuatro monjes-ayudantes, dos en cada caballo y detrás de ellos las cabalgaduras de carga: Mi Guía se cercioró de que todo iba bien y luego su caballo emprendió la marcha hacia la mañana.

Durante todo el tiempo cabalgamos de cara al Oeste, la dirección en que se había ido la mañana, pues solemos decir que el sol sale por el Este y viaja hacia el Oeste llevándose a la mañana con él. Pronto nos alcanzó el sol y desapareció por encima de nosotros. No había nubes y los rayos del sol nos habían estado quemando, pero cuando entrarnos en la sombra de las grandes rocas el frío era muy grande, pues a la altitud a que habíamos llegado no había aire suficiente para equilibrar los rayos ardientes del sol ni, luego, la frialdad de las sombras. Cabalgamos quizá durante otra hora más y luego mi Guía llegó a un sitio donde por lo visto él solía detenerse. Sin haber mediado señales que yo pudiera percibir, los monjes se apearon inmediatamente, pusieron a hervir agua utilizando como combustible el que solíamos usar: boñiga seca de yak y el agua la tomaban de un cercano arroyo de la montaña. A la media hora aproximadamente estábamos sentados tomando nuestra tsampa y desde luego la necesitábamos. También fueron alimentados los caballos y luego los llevaron al arroyo para que bebieran.

Me senté con la espalda apoyada en un saliente que parecía casi tan grande como los edificios del Templo de Chakpori. Desde nuestra elevada posición extendí la vista por el valle de Lhasa; el aire estaba absolutamente claro; no había neblina ni polvo y podíamos verlo todo con nitidez. Podíamos divisar peregrinos que pasaban por la Puerta Occidental y veíamos a los mercaderes y, allá abajo, el camino y el barquero que se disponía a transbordar otra carga de pasajeros a la otra orilla del Río Feliz.

Pronto fue ya hora de reemprender la marcha, así que

los caballos fueron de nuevo cargados y todos montamos. Luego fuimos por el sendero montañoso, penetrando cada vez más en las estribaciones del Himalaya. Al poco tiempo salimos del camino que conducía a la India y volvimos hacia la izquierda, donde ya la ruta no era más que una senda —cada vez más empinada— y donde sólo podíamos avanzar con mucha más lentitud. Por encima de nosotros, colgada en un saliente, podíamos ver una pequeña lamasería. La miré con gran interés, pues me fascinaba porque era una lamasería de una Orden un poco diferente a la nuestra, una Orden en la que los monjes y los lamas estaban todos ellos casados y vivían en el edificio con sus familias.

Seguimos hora tras hora y pronto estuvimos al nivel de esa lamasería de una Orden distinta. Podíamos ver pasear juntos a los monjes y a las monjas y me sorprendió mucho ver que ellas tenían también afeitada la cabeza. Sus rostros eran muy oscuros y brillantes y mi Guía me dijo en voz baja: —Aquí hay muchas tormentas de arena de modo que todos llevan una gruesa máscara con grasa para protegerse la piel. Más adelante, también nosotros tendremos que ponernos esas máscaras de cuero. Fue afortunado que mi caballo tuviera mucha seguridad y supiera más que yo de senderos montañosos, pues mi atención estaba completamente fija en aquella pequeña lamasería. Pude ver unos niños jugando y me intrigó que hubiese unos monjes que guardaban el celibato mientras que otros se casaban, y me parecía raro que hubiese esa diferencia entre dos ramas de la misma religión. Los monjes y las monjas levantaban la cabeza cuando pasábamos y luego no se fijaron más en nosotros. Nos prestaron menos atención que si hubiéramos sido mercaderes.

Continuamos subiendo y por encima de nosotros vimos un edificio blanco y ocre sobre una roca que me parecía completamente inaccesible. Mi Guía me indicó: —Allí

es donde vamos, Lobsang, a aquella ermita. Tenemos que llegar allí mañana por la mañana. El camino es muy peligroso y esta noche tenemos que dormir aquí entre las rocas.

Avanzamos aún quizás otra milla y luego nos detuvimos entre un conjunto de rocas de gran tamaño que formaban como un platillo. Hicimos entrar a los caballos por entre las rocas y luego nos apeamos todos. Comieron los caballos, nosotros tomamos nuestra tsampa, y entonces cayó la noche sobre nosotros como si corriesen una cortina. Me envolví en mi manta y miré entre dos rocas. Puede ver resplandor de luces de Chakpori y del Potala. La luna brillaba mucho y el Río Feliz podía haberse llamado el Río de Plata, pues relucía como la plata más pura. La noche estaba completamente en calma, no había viento ni movimiento alguno, ni siquiera la llamada de un pájaro nocturno. Las estrellas brillaban, con sus muchísimos matices, por encima de nosotros. Al momento me quedé dormido.

Dormí muy bien toda la noche sin interrupciones para los servicios del Templo ni para nada, pero por la mañana, cuando me desperté, descubrí que me había pisoteado una manada de yaks. Me dolían todos los huesos y no podía sentarme cómodamente. Entonces recordé aquel maldito caballo y esperé que él también estuviera dolorido, aunque lo dudaba mucho. Pronto estuvo nuestro pequeño campamento muy animado con los monjes-sirvientes que preparaban la tsampa. Me alejé mientras ellos se ocupaban de eso y me quedé contemplando el Valle de Lhasa. Luego me volví y miré a la ermita, que estaba a un cuarto de milla por encima. Parecía un extraño lugar y me recordó a uno de esos nidos de pájaros pegados al muro de una casa y que siempre se espera verlos caer y hacerse trizas. No podía ver ninguna senda que subiera hasta la ermita.

Volví para tomarme la tsampa y escuché lo que decían

los hombres. Al poco tiempo, en cuanto terminamos el desayuno, dijo mi Guía: —Bueno, tendremos que ponernos en camino otra vez, Lobsang. Los caballos y tres de los monjes-ayudantes se quedarán aquí mientras nosotros y uno de los ayudantes nos marcharemos. —Me quedé muy mal impresionado al oír eso, pues ¿cómo iba yo a caminar hacia arriba por la falda de la montaña? Estaba seguro de que si los caballos no podían hacer ese recorrido tampoco podría yo. Sin embargo, cogimos cuerdas que llevaba uno de los caballos y se envolvió con ellas un monje-ayudante. Luego tomé una bolsa de no sé qué y mi Guía llevó otra, mientras que el monje, el cual era bastante grueso, cogió la tercera. Los tres monjes que dejamos allí parecían muy felices de poder pasar algún tiempo sin que los supervisaran ni tener nada más que hacer que cuidar de los caballos. Partimos abriéndonos paso por entre las rocas y apoyando los pies donde podíamos. Pronto empeoró el camino y el monje, que iba el primero arrojando una cuerda con dos piedras atadas al extremo, la tiraba, hacía un rápido movimiento y las piedras daban vueltas hasta sujetar la cuerda y quedar ésta tirante, de modo que mi Guía y yo podíamos emprender nuestra lenta y peligrosa ascensión. Este procedimiento se repitió muchas veces.

De vez en cuando, después de un esfuerzo muy arduo, llegábamos a una plataforma de rocas, que quizá no estuviese a más de treinta pies de altura y que indudablemente había sido abierta por alguna antiquísima avalancha. Cuando afortunadamente llegué allí y pasé por encima del borde, primero de rodillas y luego poniéndome en pie, volví la mirada hacia la derecha y muy cerca estaba la ermita.

Nos quedamos allí, jadeantes, unos momentos, mientras recuperábamos el aliento. Era una vista magnífica: hacia abajo aparecía el Tejado Dorado del Potala y también se podían ver los patios del Chakpori. Evidentemente

acababa de llegar una nueva carga de hierbas, pues aquel lugar era como una colmena revuelta. Los monjes corrían en todas direcciones. También había mucho tráfico por la Puerta Occidental. Pero, suspirando, pensé que aquello no era para mí sino que tenía que seguir subiendo tontamente montañas y conociendo gente en las ermitas; pero ¿quién que no fuera un idiota podía vivir encerrado en una ermita?

Hubo más señales de actividad porque tres hombres de allí se acercaron. Uno era viejísimo y lo sostenían dos hombres más jóvenes. Mientras ellos venían hacia nosotros, recogimos de nuevo nuestro equipaje y avanzamos hacia la ermita.

Capítulo quince

El viejo estaba ciego, completamente ciego. Le miré a los ojos asombrado y eran PECULIARES. Durante algún tiempo no había podido saber por qué me parecían tan extraños y luego supe que lo habían cegado...

En el Tibet los ermitaños quedan encerrados en celdas muy dentro de la ermita. Las celdas carecen de luz por completo y al cabo de tres o siete años, si alguien quiere salir, si piensa que su retiro autoimpuesto debe terminar, se tarda mucho en soltarlo. Primero hay que hacer un agujerito en el tejado de modo que entre un diminuto rayito de luz. A los pocos días se hace un poco mayor el agujero y quizás al cabo de un mes el hombre encerrado puede ver de nuevo porque durante su encarcelamiento voluntario las pupilas se abren del todo y si entrase luz de pronto ese hombre quedaría ciego al instante. Aquel viejo había permanecido en una celda, uno de cuyos lados había sido derribado por una roca desprendida. En aquel momento el ermitaño estaba sentado en la celda donde llevaba encerrado unos veinte años; se produjo un gran choque con derribo y aquel lado de la ermita quedó derruido. El viejo miró directamente el rostro del ardiente sol. Quedó ciego inmediatamente.

Escuché lo que decía el viejo a mi Guía: —Así que, de acuerdo con la costumbre, le pusimos comida el primer día, y el segundo, y el tercero, pero la comida quedó sin tocar y como nuestro hermano no responde creemos que su alma ha volado de la cáscara vacía de su cuerpo.— Mi Guía tomó del brazo al viejo y le dijo—: Tranquilízate, hermano mío, pues nos ocuparemos de este asunto. ¿Quieres llevarnos a la celda?

Los otros se volvieron y nos condujeron a través de su

pequeño patio. A la izquierda había una serie de celditas. Cinco, según me fijé, muy desnudas, sin ninguna comodidad, pues no eran más que celdas de piedra abiertas en la falda rocosa de la montaña. Nada de mesas, de tankas ni de nada; sólo un suelo de piedra sobre el cual podía sentarse o tenderse a dormir un monje. Las dejamos atrás y entramos en una amplia habitación oscura colgada precariamente sobre un saliente rocoso de la montaña. Me parecía en una situación muy poco segura, pero por lo visto llevaba ya unos doscientos años resistiendo.

En el centro de aquella amplia habitación sombría había otra. Cuando entramos en ella aumentó la oscuridad. Llevaron unas lámparas de manteca, penetramos por un pequeño corredor que estaba oscurísimo y a los diez pasos llegamos a una pared. Las lámparas daban una luz muy débil que parecía acentuar la oscuridad. Mi Guía tomó en una mano una de las lámparas y la llevó levantada al nivel de su pecho, y entonces vi que había allí lo que parecía una alacena empotrada en la pared. Mi Guía dijo: —Esto es una caja, Lobsang, que tiene dos puertas, ésta y una interior. El ocupante de la celda espera hasta cierto tiempo y entonces abre su puerta, tantea un poco hasta encontrar la comida y el agua que le colocan ahí. Nunca ve luz y nunca habla con nadie ya que se lo impide su voto de silencio. Ahora tenemos el problema de que ha pasado sin comida varios días y no sabemos si está vivo o muerto.

Miró a la abertura y luego a mí. Volviendo a observar aquélla la midió con la mano y con el brazo y luego me midió a mí, después de lo cual me dijo: —Me parece que si te quitas la túnica podrías pasar por este hueco y forzar la puerta del otro lado. Entonces verías si el monje necesita nuestros cuidados. —¡Au, Maestro! —exclamé asustadísimo—. ¿Qué pasará si entro y no puedo salir?

Mi Guía siguió con sus pensamientos y dijo: —Primero te sujetaremos y luego con una piedra puedes desfondar la entrada. Cuando la abras, te empujaremos y llevarás la lámpara, que cogerás con las manos extendidas. Así tendrás bastante luz para ver si ese hombre necesita ayuda.

Mi Guía pasó a la otra habitación y cogió tres lámparas quitándoles los pabilos a dos de ellas y poniéndolos juntos los tres en la que había llenado de manteca. Entretanto, uno de los monjes había salido y volvió trayendo una gran piedra. Me la entregó y la sostuve en las manos para darme peso y equilibrio. —Maestro, ¿por qué no puede el monje contestar a una pregunta? —pregunté. —Porque está bajo juramento, su voto de silencio le obliga a no hablar en absoluto durante cierto tiempo —fue la respuesta.

De mala gana me quité la túnica y me quedé temblando con el frío aire montañoso que llegaba hasta allí. Chakponi era muy frío, pero allí reinaba una temperatura glacial. Me dejé puestas las sandalias porque el suelo era como un bloque de hielo.

Mientras tanto un monje había cogido la piedra y la lanzó contra la portezuela, que saltó de su marco con gran ruido, pero los otros, aunque se esforzaron, no pudieron ver nada en el interior. Así que mi Guía me sostuvo horizontalmente y yo extendí las manos como si fuera a bucear. Uno de los monjes encendió los tres pabilos que ahora estaban en la lámpara de manteca y la puso cuidadosamente en mis manos. Entonces me empujaron hacia delante. Encontré el marco del maldito armario o pasadizo muy basto, y con muchas exclamaciones y gruñidos me empujaron hasta el otro lado. Por fin, mis brazos y mi cabeza asomaron por la otra parte después de haberme retorcido y zarandeado. Inmediatamente me invadió una sensación de mal olor mareante. Era una peste horrible a carne podrida, un

olor a lo que se pudre. Se olía algo muy parecido cuando se encontraba un yak o un caballo que llevaba mucho tiempo muerto; ¡era una peste que me hacía pensar en que todos los recursos sanitarios del mundo se hubieran estropeado al mismo tiempo! La peste me estaba enfermando, pero logré contenerme lo bastante para tener derecha la luz y en sus reflejos sobre las paredes de piedra pude ver al viejo monje. Me miraba con ojos brillantes, di un brinco de susto, y me arañé y se me arrancó un pedazo de piel de la espalda. Le miré yo también y vi que si la luz le hacía brillar los ojos, no los movía en absoluto. Agité los pies como señal de que quería salir con toda rapidez. Tiraron de mí hacia atrás, me sentí muy mareado y devolví.

—¡No podemos dejarlo ahí —dijo mi Guía—. Tendremos que echar la pared abajo para sacarlo. —Me repuse de las náuseas y volví a vestirme la túnica. Los otros cogieron unas herramientas: un pesado martillo y dos barras de hierro con los extremos aplastados. Después aplicaron las barras a unos nichos situados en un extremo del muro y martillaron. Poco a poco fueron cavando pedazos de la pared. La peste era terrible. Por fin la abertura era lo bastante grande para que entrase un hombre y uno de los monjes penetró llevando dos lámparas de manteca. Pronto regresó con la cara palidísima y repitió el espectáculo que había dado yo, lo que me alegró observar.

—Tendremos que atarlo con una cuerda y sacarlo tirando de ella —dijo aquel monje—, pues se está desahaciendo. Se halla en un estado muy avanzado de descomposición. Silenciosamente salió un monje de la habitación y al poco tiempo volvió llevando una cuerda muy larga. Al entrar por el boquete abierto en la pared (donde había estado en un principio la puerta que habían tapiado) le oímos moverse y luego regresó. —Ya está listo, podéis tirar —dijo—. Dos monjes tomaron deli-

cadamente la cuerda en sus manos y tiraron de ella. Pronto apareció la cabeza del viejo y luego vimos sus brazos; se hallaba en un terrible estado. Los monjes tiraron de él con todo cuidado y luego levantaron el cuerpo cariñosamente y lo llevaron fuera. Del extremo de esa habitación salía un pequeño camino que subía por la montaña. Los dos monjes, con su carga, ascendieron por el sendero y desaparecieron de nuestra vista. Ya sabía yo que llevarían el cadáver a una superficie llana donde los buitres no tardarían en devorarlo, porque no había posibilidad de enterrar cadáveres en la dura roca montañosa y era preciso utilizar el «entierro aéreo». Mientras los otros hacían eso, el monje que había ido con nosotros hizo un agujerito en el extremo de la pared y por allí entró un poco de luz. Luego cogió unos cubos y echó su contenido de agua sobre el suelo de la celda, limpiándola de la suciedad que había dejado su último ocupante. Pronto, muy pronto, habría algún otro que ocupara esa celda y viviera allí diez, veinte, o cuántos años? Más tarde, en aquel mismo día, estábamos todos sentados y el viejo ciego dijo: —Siento que aquí tenemos uno que está destinado a viajar mucho y a ver muchas cosas. He recibido información sobre él cuando le toqué la cabeza con mis manos. Muchacho, siéntate delante de mí.

De mala gana me adelanté y me senté frente al ciego. Levantó las manos (que estaban tan frías como hielo) y las colocó sobre mi afeitado cráneo. Sus dedos trazaron delicadamente el perfil de mi cabeza y se pararon en varios bultos que yo tenía. Luego dijo: —Vas a tener una vida muy difícil—. Lancé un gemido para mí mismo. Todos me decían que mi vida sería muy dura y ya me hartaba ese asunto. —Después de haber pasado por muchas dificultades, procesos y tribulaciones que pocos padecerán, lograrás buen éxito, justo antes del final. Por fin harás aquello para lo que has venido a este mundo.

Todo eso lo había oído yo antes. Había estado con adivinos, astrólogos y claravidentes y todos me habían dicho cosas muy parecidas. Después de haberme dicho aquello movió las manos de modo que me levanté y me alejé de él lo más que pude, lo cual le hizo cacarear muy divertido.

Mi Guía y los demás se hallaban empeñados en una larga discusión de asuntos muy serios. Aquello no lo entendía yo bien, pues hablaban de profecías, de cosas que iban a suceder en el Tibet. Hablaban de la mejor manera de conservar el Sagrado Conocimiento y de cómo estaban tomando ya medidas para llevar varios libros y diversos objetos a lo más alto de las montañas donde pudieran esconderlos en cuevas. Decían también que las cosas falsificadas se quedarían en los templos para que las antiquísimas y genuinas no cayeran en manos del invasor de los años posteriores.

Salí del recinto y me senté sobre una roca mirando hacia donde, allá abajo, la ciudad de Lhasa estaba oculta por la oscuridad de la noche, que llegaba rápida. Solamente los más altos picos de Chakpori y del Potala se hallaban aún envueltos en la luz del crepúsculo. Parecían ser como dos islas flotando en un mar de la púrpura más intensa. Estando yo allí sentado, las islas parecieron sumergirse gradualmente en la invasora oscuridad. Luego, mientras seguía yo sentado, un brillante rayo de luz lunar, que daba sobre el borde de la montaña, tocó el tejado del Potala, que se iluminó con resplandores dorados. Me volví y entré en el recinto donde me quité mi túnica, me envolví en mi manta y me dormí.